

LA ESPAÑA MODERNA

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS
INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

AÑO 17.

NÚM. 195.

LA
ESPAÑA MODERNA

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
ATENEU BARCELONÉS

Director: JOSÉ DE LÁZARO

MARZO 1905

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle del Tutor, núm. 22.—Teléfono 2.000.

10.291

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

MADRID EN 1833

(RECUERDOS DEL PASADO)

Al mediar del mes de Diciembre del pasado año de 1904, el anuncio de que iba á ser «España» objeto de especial conferencia por parte de uno de los Profesores de la Facultad de Letras en aquella tan docta como célebre Universidad de Lieja, al Salón para tales actos destinado en la misma, llevaba público distinguido y numeroso, en el cual figuraba la gran mayoría, ya que no la totalidad, de los españoles que en ciudad tan famosa hacen sus estudios particulares.

El Conferenciante, no sólo iba á desarrollar el cuadro de nuestra pobre España contemporánea en el concepto social, económico, industrial, artístico y literario, amén del científico, hablando así á la inteligencia de su auditorio, sino que, ayudado por el aparato proyector, desplegaría á la vista del concurso el espectáculo que en la actualidad ofrecen nuestras principales poblaciones. No hay para qué decir cómo la curiosidad se despertaría en aquella parte del público para quien España es aún desconocida, y cuál no sería el entusiasmo de la colonia española, tanto por la honra discernida á su patria con la anunciada conferencia, como por contemplar alguna porción de ella en país extranjero, evocando en nuestros compatriotas recuerdos muy queridos y jamás por ellos olvidados: que lleva siempre el hijo, en los pliegues más recónditos del corazón y de la memoria, la amorosa y preferida de la madre, á quien debió la existencia.

Llegado el momento, el Conferenciante—que debía, sin

duda, conocer personalmente y á fondo España,—en medio del más profundo y respetuoso silencio, dió principio á su tarea con la indispensable descripción geográfica del país, aunque por extremo elemental y breve; y, una vez terminada con toda sobriedad la reseña, el aparato proyector desplegó á la vista del concurso, en rápida revista, poblaciones como San Sebastián, Burgos, Segovia, Madrid, Toledo, Valencia, Tarragona y Barcelona, representadas por algunos de sus monumentos. A cada proyección acompañaba el Conferenciante datos y noticias ilustrativos, y con esto dió fin la conferencia. Quizás el público belga que á ella asistió ganoso de conocer nuestra España, creería conseguido su objeto; pero los españoles que habían ido á escuchar las doctas lucubraciones y los juicios del Profesor de la Universidad de Lieja, y á contemplar á tal distancia la patria, abandonaron descorazonados y silenciosos el Salón, llevando muy tristes impresiones.

De ellas se hacía eco uno de sus compatriotas, quien, con fecha 14 del citado mes de Diciembre, enviaba al periódico *La Meuse*, de Lieja, el siguiente artículo, inserto en el número correspondiente al 18 del referido mes; artículo que firmaba *Un Español* y que reproduzco íntegro, porque da idea exacta de la conferencia á que vengo aludiendo y de la manera como es todavía España conocida hoy en el extranjero:

«Une conférence donnée ces jours derniers à la Salle Académique de l'Université, avait pour sujet *l'Espagne*.—Ce sujet a été traité d'une façon très particulière. L'impression que m'a laissée le conférencier est: 1. Qu'il n'a jamais visité l'Espagne; 2. Qu'il n'a jamais rien lu de bien sérieux concernant ce pays. Je me propose de le démontrer.

»M. le conférencier, après une sommaire description géographique du pays, passe en revue, à l'aide de projections, plusieurs villes de l'Espagne: St-Sébastien, Burgos, Ségovie, Madrid, Tolède, Valence, Tarragone et Barcelone. Partout des clichés très anciens, archaïques même, et mal choisis; partout des inexactitudes dans les renseignements, très sobres

d'ailleurs, qu'il a bien voulu donner. Ainsi Saint-Sébastien, ville très importante du Nord de l'Espagne au point de vue de la beauté de sa situation, de son industrie, de son caractère de ville de plaisance, rivale incontestée de Biarritz et d'Ostende, et qui compte, l'hiver, 40.000 âmes, est, de l'avis du conférencier, une ville à peu près insignifiante de 20 mille habitants.

»Burgos, Ségovie, Tolède, n'ont pour lui rien de notable que leur Cathédrale, l'Aqueduc romaine, et une Porte mauresque.

»Après Ségovie nous voilà à Madrid. Le premier cliché nous montre la Banque d'Espagne, que M. le conférencier prend pour le Palais Royal. Quel honneur pour cet excellent établissement de crédit! Ensuite l'appareil de projections joue et éclair un cliché, vieux d'une cinquantaine d'années, montrant une petite partie de la Puerta del Sol. Une troisième vue comprend l'église de San José située rue d'Alcalá. Et c'est tout. Je dis mal: M. le conférencier fait quelques réflexions très originales et très inexacts aussi, sur le vie madrilène.

»A Valence, l'orateur se rappelle que c'est le pays des oranges, et il fait un court aperçu de la fécondité de sa *huerta*. Passons Tarragona, dont les murailles romaines avec quatre mendiants en première ligne nous éffraie.

»Barcelone, la belle cité catalane de 600.000 habitants, qui avec Gênes et Marseille constitue le trio des grands ports méditerranéens, ne mérite non plus que quelques paroles de la part du conférencier. Des trois vues de cette ville présentées au public, il y en a une qu'il a intitulée *Hôtel International dans la Rambla de Canaletas*. C'est un hôtel bâti en 1888, à l'époque de l'Exposition Universelle de Barcelone, et qui a été démoli l'année suivante. C'était un superbe bâtiment construit en *cinquante-trois jours*, et il était situé non à la Rambla de Canaletas, mais bien au *Paseo de Colon*, devant le port.

»M. le conférencier s'est préoccupé fort peu de l'industrie, du commerce, de la littérature, de l'art... Pourtant, il n'igno-

re certainement pas que l'Espagne a un mouvement commercial international de quatorze cent millions de piécettes par année, que le Musée du Prado, à Madrid, l'Armería Royale, la Bibliothèque Nationale, les Musées Archéologique et de Sciences naturelles, etc., etc., etc., ne sont pas à dédaigner, non plus que l'Escorial et la Cathédrale de Tolède, et tant d'autres merveilles artistiques et historiques dont l'Espagne est fière. Un simple Bottin ou le Baedeker auraient pu mieux préparer le conférencier à découvrir ce pays.

»L'Espagne est loin d'être aussi inconnue que le Pôle Nord. Ces conférences semblables constituent, à mon humble avis, un abus de la crédulité du public. Si, à une distance de 36 ou 40 heures de Madrid on entend encore juger l'Espagne et les Espagnols comme l'a fait M. le conférencier, qué croire de ce qu'on nous raconte souvent du Japon, de la Chine, etc.?»

Tristes, bien tristes, han de ser, con efecto, las consideraciones que habrán de hacer conmigo cuantos españoles, dentro y fuera de España, lean las líneas precedentes, y vean en qué forma somos juzgados en Europa, á tan corta distancia de la Península, y cuando, con nosotros, franceses, ingleses y alemanes, especialmente, y con más ó menos exactitud y fundamento de juicio, han procurado dar á conocer nuestro país, sobre todo en la parte monumental y artística. Lejanos están ya aquellos tiempos en que el autor del famoso *Voyage pittoresque d'Espagne*, M. De Laborde, reputaba á España como región inexplorada todavía, y en que el insigne Alejandro Dumas (padre) sabía, con la excelencia incomparable y la inagotable fecundidad de su poderoso ingenio, sacar partido de nuestras costumbres para presentarnos en la escena europea en condiciones poco ventajosas; y aunque no seamos del todo conocidos y apreciados, aunque subsistan aún en el vulgo extranjero las preocupaciones y los errores que difundieron quienes nos descubrieron en el pasado siglo XIX, hay derecho para esperar que, por lo menos, personas que ejercen en Universidades como la de Lieja el sagrado sacerdocio del magisterio,

y bañan su espíritu investigador en los manantiales puros de la ciencia, que es toda verdad, no nos desconozcan tan en absoluto, ni nos presenten á los ojos del público tal y como nos han presentado en la conferencia de la cual protesta cortésmente el artículo copiado y publicado en *La Meuse*.

País de holgazanes, de mendigos, de bravucones y rufianes, de frailes y de ladrones, España, por lo que parece, es todavía aquella misma que pintaron los noveladores del tiempo de la casa de Austria; la que aparece en el *Lazarillo del Tormes*, la del *Pícaro Guzmán de Alfarache*, la de *Rinconete y Cortadillo*, la que Lesage retrata en su *Gil Blas*, y copiaron María de Zayas y otros muchos que no debo enumerar, porque son harto conocidos. Aquí todo mendigo es un fijodalgo que se envuelve en los jirones de su raída y agujereada capa con la majestad y el empaque del Cid Campeador, ó de cualquiera de las grandes figuras de nuestra historia; aquí, como todos somos de sangre azul, y todos descendemos de reyes y de héroes, tenemos horror al trabajo, y preferimos tomar el sol, ahitos de necesidad, á ensuciarnos las manos pecadoras en cualquier ramo de la industria; aquí, donde las trotaconventos y las Celestinas imperan, no hay virtud segura, ni dama que realmente lo sea, ni galán que no escale los conventos, ni caballero que no sea rufián, y pase la vida á lo Tenorio en tabernas y chirlatas y mancebías, y enredos de toda clase y naturaleza.

Aún tiene el fraile, en el concepto de tales gentes, entrada franca y libre lo mismo en la casa del encopetado aristócrata, que en la del endiosado y poderoso *financiero*; en la del desventurado individuo de la calumniada clase media; que en la del menestral y el menestero, y el fraile sigue siendo por medio de la mujer el dueño soberano de España, viviendo á costa de todos, burlándose de todos, y acumulando bienes y riquezas sin medida. Y si bien es verdad, y forzoso es con rubor confesarlo, que la reacción operada á la sombra de la libertad ha vuelto á España legión innúmera de frailes, de otras partes arrojada, ha-

ciendo estériles así los esfuerzos de José Napoleón Bonaparte en 1808 y los de los liberales en 1834; y es cierto que en las clases superiores imperan y mandan, decidiendo de la suerte del país y arrastrándole á soluciones extremas,—no lo es menos que ni la clase media, ni los menestrales, ni los obreros, ni ninguno, en fin, de los que dan vida á España con su trabajo y su substancia propia, les consienten ni les toleran las libertades de otros tiempos, ni hallan aquéllos franco el paso hasta lo más recóndito de la morada de estas clases sociales, no siendo ya lícito afirmar como antaño, por consiguiente, que dentro de cada español hay siempre un fraile.

Hoy que los ferrocarriles, el telégrafo, el teléfono, la fotografía, el cinematógrafo y otra porción de medios de aproximación, casi puede asegurarse han borrado las distancias, y en mucha parte desvanecido las fronteras, no es permitido difundir errores tan crasos como los que por imperdonable desconocimiento del asunto ha propalado en Lieja el Profesor conferenciante de aquella Universidad, según la protesta reproducida. Hartos son, por desventura, nuestros defectos, más ó menos peculiares á la raza, para que por inconsciencia los acreciente y agigante la incalificable ligereza de quien se permite hablar de un país que notoriamente no ha visitado, y respecto del cual no se ha preocupado siquiera en adquirir en los libros las noticias indispensables. ¡Cuántos de los compatriotas del docto Profesor, de los que á España vienen, con España viven, en España comercian, y empresas fundan y acometen de todo género—pues para ellos es España país explotable y explotado—se habrán reído de las explicaciones y juicios del conferenciante, si les ha movido el espíritu de la justicia!

Si San Sebastián, *la parvenue*, como con desdeñosa altanería apellidan á esta población los que se sienten molestados en algún modo por lo rápido de su engrandecimiento, derecho tiene en la actualidad por tantos títulos á mayores consideraciones que las que se la han tributado en la conferencia á que

aludo,—Burgos, la *Caput Castellae*, Segovia, la antigua corte, y la imperial Toledo, nada han perdido de su grandeza monumental y artística, familiar por cierto entre los extranjeros que con tanta frecuencia acuden á España para conocer personalmente cuanto de las edades fenecidas conserva, porque no hayan en ellas merecido del conferenciante recuerdo alguno más que la hermosa Catedral de la primera, el famoso *Acueducto romano* de la segunda, y una *puerta morisca* (mudejar) de la tercera.

No es Madrid, la Villa denominada del Oso y del Madroño, población, cual es sabido, que atesore riquezas de esta índole monumental, dado que su importancia fué debida, principalmente, al capricho de Felipe II, al trasladar á ella la corte, aunque en su Alcázar hicieran con frecuencia morada de tiempos muy anteriores los monarcas de Castilla. Xerif Al-Edrisí decía en el siglo XII que era población pequeña, situada al pie de los montes del Clima de la Sierra á que pertenecía, y castillo fuerte bien poblado, la cual en los días del Islam tenía una *Mezquita-Aljama* ó mayor, en la que se hacía siempre la *jotba* ú oración por el califa (1). La historia de Madrid es conocida, y han sido sus escasos monumentos ponderados con más ó menos justicia en distintas obras, no habiendo quien dentro y fuera de España los desconozca, sobre todo los modernos, entre los cuales ha merecido siempre, y no sin motivo, particular mención el *Palacio Real*, obra de los Borbones, cuyo emplazamiento, con corta diferencia, fué el del antiguo Alcázar, reconstruído por Enrique IV, reformado en tantas ocasiones antes y después principalmente de Felipe II, y destruído por horroroso incendio finalmente la Nochebuena del año 1734.

Por esta causa, por ser expresión característica de una época determinada y fruto de un estilo especial, sorprende y extraña sobremodo que el Profesor de Lieja en su conferencia

(1) *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, publicada por Dozy y De Goeje, página 188 del texto arábigo, 229 de la traducción francesa.

haya presentado el *Palacio del Banco de España* en la calle de Alcalá, como el *Palacio* de nuestros reyes, con el cual no tiene semejanza remota, cual maravilla que, aun con no haber logrado Madrid todavía condiciones en su totalidad para poder ser comparada con otras capitales de Europa, se crea que en nada ha variado material y moralmente desde el primer tercio del pasado siglo XIX.

Según el censo de policía del año 1833, Madrid, en fines de 1831, tenía 211.127 habitantes, con 49.400 vecinos, repartiéndose la población en esta forma:

Varones.....	122.549
Hembras.....	88.578
TOTAL.....	211.127

VARONES

Menores de diez y seis años.....	51.324
Solteros mayores de edad.....	29.364
Casados.....	34.052
Viudos.....	5.808
Eclesiásticos seculares.....	692
Regulares.....	1.309
TOTAL.....	122.549

HEMBRAS

Solteras menores de edad.....	33.006
Idem mayores de edad.....	4.370
Casadas.....	33.467
Viudas que no son cabeza de familia.....	10.458
Idem que lo son.....	6.524
Religiosas.....	753
TOTAL.....	88.578

Medía la circunferencia ó casco de la villa 15.553 varas castellanas, equivalentes á $2\frac{1}{4}$ leguas de 20 al grado, y cerrada toda ella de tapias,—en los que abrían nueve *Puertas* y seis *Portillos*,—la cerca iba desde el *de San Bernardo*, situado al NO., en lo que es hoy *calle de la Princesa*, y poco más ó menos á la altura del *Café* del Barrio de Pozas, al *Portillo del Conde Duque*, en el N., el cual *Portillo* se hallaba al extremo

del cuartel del propio nombre, con salida á la *Cuesta de Areneros*, que estaba franjeada de árboles. De allí, la cerca proseguía á la *Puerta de Fuencarral*, colocada á la altura de la *calle del Divino Pastor*, en el extremo superior de la *Ancha de San Bernardo*, y llegaba á la denominada por el titular del *Hospicio Puerta de San Fernando*, en la *calle de Fuencarral*, entre los *Pozos de la Nieve* y, aproximadamente, la antigua *calle Peninsular*, hoy de *Malasaña*, para continuar su marcha á la *Puerta de Santa Bárbara*, dejando fuera la *Real Fábrica de Tapices*, encaramada en modesta altura, desaparecida, y bajando á la monumental *Puerta de Recoletos*, emplazada, con no grande diferencia, donde el *Monumento á Colón* de Arturo Mérida.

Por lo que es actualmente *Casa de la Moneda*, que trazó Jareño, y quedando á la derecha la *Plaza de Toros*, la cerca llegaba así á la *Puerta de Alcalá*, erigida por Carlos III el año 1778 en reemplazo de la antigua, que estuvo situada casi donde el moderno *Palacio de Portugalete*; allí formaba una curva, y cerrando el *Real Sitio del Buen Retiro*, seguía por la carretera de Alcalá, á dar vuelta al hoy *Parque de Madrid*, doblándose cerca de lo que se dijo en él el *Campo Grande*, para correr por detrás de la *Basilica de Atocha*, pasar próxima á ella con el *Portillo de la Campanilla*, y en línea recta intestar en la *Puerta de Atocha*, la cual se tendía con aspecto monumental á lo ancho del *boulevard* recientemente y con discreto acuerdo allí hoy establecido. Interrumpida en tal paraje por el edificio del *Hospital General*, continuaba la indicada cerca por la *Ronda de Valencia*, donde, en pos del *Portillo* de este nombre, se abría el *de Embajadores*, demolido hacia 1868, confundiéndose ya con los tapias del *Casino de la Reina*, en el que está al presente la *Escuela de Veterinaria*, como estuvo desde 1867 á 1893 el *Museo Arqueológico Nacional*, para subir hasta la *Puerta de Toledo*, aún subsistente, y que, comenzada á labrar en 1813, fué en 1827 terminada, más abajo de la antigua.

Torcía en este punto al O. la cerca, que fué bien humilde siempre, hasta el *Portillo de Gil Imón*; y con una pequeña interrupción y el *Portillo de las Vistillas*, llegaba á la *Puerta de Segovia ó de la Vega*, donde bajaba por la *Tela*, rodeando el *Campo del Moro*, y en línea recta seguía á la *Puerta de San Vicente*, oblicuando desde allí en torno de la *Montaña del Príncipe Pío*, para doblarse luego dos veces y morir en el *Portillo de San Bernardino*, donde tenía origen.

Poco es lo que de tal cerca subsiste en nuestros días, pues por una parte la resolución del Ayuntamiento en los primeros momentos de la revolución de 1868, y por otra el natural crecimiento de la Villa, la han hecho desaparecer casi por completo, así como muchas de las entradas que abrían en ella. De estas entradas, cinco sólo eran llamadas *Puertas Reales*, lo cual indica su superior categoría; y en este concepto figuraban la *de Alcalá*, la *de Atocha*, la *de Toledo*, la *de Segovia* y la *de San Fernando ó de los Pozos*, quedando reducidas á la condición de simples *Portillos* las restantes, aunque algunas tenían aspiraciones monumentales, según fué arriba insinuado. Únicamente subsisten de ellas las *Puertas de Alcalá y de Toledo*; la primera al E., gallardeando en el centro de la ancha plaza que sirve como de enlace al Madrid moderno con el antiguo, y la segunda al S., en el extremo inferior de la *calle de Toledo*, pidiendo con mucha necesidad y con mucha urgencia, por decoro de la población, y sin que nadie le haga caso, ejecuten con ella algo parecido á lo que se ha hecho con la anterior, por más que no sean una y otra iguales en méritos artísticos.

Aún habrá, seguramente, muchas personas que recuerden la *Puerta de Recoletos*, desmontada y perdida, y gran parte de cuyos materiales fueron repartidos como asientos por las calles de los paseos de Recoletos y la Castellana. Cerraba el extremo superior del *Prado de Recoletos*, que era estrecha calle, formada á un lado por las altas y polvorientas tapias de la extendida huerta propia de las *Salesas Reales*, y á otro por el edificio mísero en que se hallaba la *Escuela de Veterinaria*

establecida, y en cuyo emplazamiento, con corta diferencia, se levanta hoy el pretencioso *Palacio de Bibliotecas y Museos*. Erigida en 1756 por Fernando VI como complemento del real monasterio Salesiano de la Visitación, fundado por el indicado príncipe y su esposa la reina doña Bárbara de Braganza,— la *Puerta*, cuya mole de granito recuerdo vagamente, era del propio gusto que el monasterio, y en ella procuraba el pseudo-clasicismo de la época atemperarse á los patrones indispensables.

Constaba de tres huecos: el central, que correspondía al paseo de carruajes, era alto, de medio punto, flanqueado en una y otra fachada por apareadas y recias columnas dóricas que sostenían el entablamento, sobre el cual se alzaba triangular frontón con las armas reales y militares trofeos, y dos figuras alegóricas de la Abundancia reclinadas; los huecos laterales, más bajos, adintelados y con balaustres, correspondían á los paseos de peatones, y en las tarjetas cuadradas que las puertas llevaban encima del dintel por uno y otro lado, tenía otras tantas inscripciones latinas, á cual más ridículas, según la expresión de Mesonero Romanos, diciendo por la parte que miraba al campo, ó sea á la Castellana:

D. O. M.—Ferdinando VI regnante. Ad umbram continuæ Salesianæ molis, Regis imperio porta hæc constructa, anno D. MDCCLVI.

Por el lado opuesto se leía:

D. O. M.—Ferdinando VI regnante, viæ et aquaeductus ampliati et in pulchriorem et commodiorem formam redacti.

Completaban la decoración epigráfica de la *Puerta* por uno y otro lado dos leyendas más, que promovieron la burla de los madrileños, tan propensos á ella, y que fueron sin duda las que al grave Mesonero Romanos inclinaron á tildar de ridículas en común las inscripciones. Por el lado del campo, decían: *Munit, ornat, miratur, delectat.*—Por el interior: *Pulchrè, munificè, stratum erectum.*

De fábrica de ladrillo, y levantada en 1748, la *Puerta de*

Atocha, que yo ya no he conocido, estaba al S. en la terminación de la pendiente calle de aquel nombre, mirando por su parte interior al *Prado* y por la exterior al *Paseo de las Delicias*. Constaba de tres arcos iguales, y de su estilo originario, de mal gusto, no podía formarse entero concepto, pues había sido sucesivamente reformada en 1828 y 1829. En 1833 decía de ella el autor de las *Escenas Matritenses* que presentaba «una perspectiva más lisonjera, tanto por haberla descargado de sus ridículos adornos, cuanto por haberla pintado del color de piedra berroqueña y del Colmenar, coronando el final de su ático por la parte del campo un escudo de armas reales, sostenido por dos genios y acompañados de trofeos de guerra, y en el lado que mira al *Prado* el escudo de armas de la Villa con genios y varios atributos». En los extremos del sotabanco se adornaba también con trofeos y grupos escultóricos, que eran de D. José Tomás, autor, juntamente con D. José de Agreda, de la restante decoración reformadora.

Humilde, y de dos huecos de medio punto, era la *Puerta de Segovia*; construída de fábrica de ladrillo como la anterior, cuando á principios del siglo xvii fué abierta la calle que se dijo *nueva de Segovia*, cuyo principio estaba en la *Costanilla de San Andrés*,—la puerta carecía de importancia en el sentido artístico, miraba á Ocaso, y por ella se salía al camino real de Castilla y Galicia, siendo su aspecto por extremo deplorable.

Desmontada y perdida como la de *Recoletos*, recordada será por muchos la *Puerta de San Vicente*, en la terminación de la *Cuesta* de este mismo nombre, pues hasta no hace muchos años se ha conservado. Apoyada en los tapiales del *Campo del Moro* y de la *Montaña del Príncipe Pío* por Mediodía y Norte respectivamente, tendíase mirando á Ocaso, y labrada en piedra berroqueña y de Colmenar, reemplazó por orden de Carlos III, en 1775, á la entrada que allí existía. Aunque diseñada y dirigida por Sabatini, el autor del *Arco triunfal* dedicado al propio Carlos III tres años adelante,—el cual *Arco* es cono-

cido de todos con el nombre de *Puerta de Alcalá*, pues de tal ha venido sirviendo efectivamente,—distaba mucho del del *Arco* referido el mérito de la *Puerta de San Vicente*, aunque ésta no carecía de pretensiones, dentro del estilo pseudo-clásico á que correspondía. Con arreglo á las prescripciones de éste, que inspiraron las otras Puertas más ó menos monumentales de la Villa, formábase la presente de tres distintos cuerpos, de mucha menor altura los laterales, cuyos adintelados huecos servían para los peatones, y daban á los paseos de los extremos de la *Cuesta*, inmediatos á las tapias; adornábanse con sendos y sencillos pilastrones en los ángulos, corrido entablamento, y labradas piñas y trofeos guerreros por remate, mientras el cuerpo central sobresalía sólido, con su arco de medio punto almohadillado, su dóricas columnas que le flanqueaban soportando el entablamento ornado de triglifos y castillos en las metopas ó espacios intermedios, y su triangular frontón descansando en el cornisamento, con guerrero trofeo por remate. En la parte central del entablamento figuraba una lápida que declaraba:

«*Carolus III aperta via, porta structa, commoditati ac ornamiento publico consultum volvit, anno MDCCLXXV*».

De estructura y forma asemejables era, también labrada en piedra, bien que con menos pretensiones, la *Puerta de San Fernando*, que daba por la *calle de Fuencarral* salida á la carretera de Francia. Tenía tres huecos, dos de ellos más pequeños y adintelados, que flanqueaban el central, como siempre, de medio punto, y fué erigida en 1767, no mereciendo en realidad los honores de esforzar la memoria para evocar la de la *Puerta de Santa Bárbara*, adosada al *Saladero*, y la de la *Puerta de Fuencarral* ó de *Santo Domingo*, pues eran «poca cosa en forma y en materia». Mucho mayor era la importancia artística del denominado *Portillo de Embajadores*, que todos hemos conocido, y que, erigido en 1782, ha seguido la suerte de las demás entradas de la Villa, desapareciendo con ocasión del ensanche y saneamiento de Madrid, población tan necesitada

de reformas, que debían ser acometidas con energía y ejecutadas con tesón y sin desfallecimientos.

Dentro de este circuito, que como férrea cintura la oprimía, desarrollábase la urbe en forma tan irregular y caprichosa, de tal modo desordenada y falta de condiciones, que en realidad no se concibe hoy, ya en el siglo xx, cómo no se acuerda y acomete la empresa de convertir la Capital de España en población europea, siguiendo el ejemplo que ofrecen Londres, París, Berlín y Bruselas, ciudades que han logrado regenerarse con arreglo á las necesidades de la vida moderna, y que han sabido prescindir y vencer enérgicamente cuantos obstáculos se oponían á la realización de un plan beneficioso en todos conceptos, bastando recordar, por lo que á Madrid se refiere, que hasta el año de 1865 han imperado en la Villa las ordenanzas dictadas para ella á principios del siglo xvii, lo cual arguye no ya sólo desidia por parte del Municipio, sino por la de las autoridades obligadas á residir en la Corte por su categoría.

Estrechas, sin dirección, tortuosas, con rasantes diferentes y caserío tan humilde como heterogéneo,—á manera de urdimbre quebrantada y rota, las calles discurrían sin verdadero concierto dentro de aquel recinto, pareciendo creadas más por la casualidad y el capricho que por las necesidades de la vida. Contaba entonces Madrid con 492 vías de todas clases, 4 plazas y 79 plazuelas; y aunque á la transformación de la Corte aspirase José I con la demolición de edificios religiosos cuyos solares quedaron convertidos por su mayor parte en plazuelas,—lo cual dió ocasión á que con burlona frase fuera apellidado el hermano de Napoleón I el *Rey Plazuelas*,—nada hubo de lograrse, cuando todo podía acometerse, siendo como era la Villa población realmente nueva, en la que los grandes prestigios monumentales no embarazaban por modo alguno para trazar con propósito y fin deliberados el plan á que su urbanización definitiva debía de someterse.

No serán, para fortuna suya, pocos los que recuerden como

yo aquellos edificios que se decían *construidos á la malicia*, con estrecho, lóbrego zaguán, nauseabundo, provisto á un lado de urinario recipiente que parecía vedar el ingreso, y al fondo, de escalones altos, desiguales y muchas veces carcomidos, sin luz ni ambiente, de muros negros y lustrosos en que á veces se sujetaba á guisa de pasamanos desfilachada cuerda, la escalera, de caja también angosta y maderos sin color, alumbrada de piso en piso por pequeño hueco provisto de verdes, polvorientos y brumosos vidrios, que apenas dejaban penetrar tibias ráfagas de claridad dudosa, suficientes sólo para distinguirla, según lo consentía el húmedo patinillo á que se hallaba abierto el hueco.

Pudo el Madrid de entonces, cuyas costumbres hubo de reproducir nuestro Mesonero Romanos con exactitud escrupulosa en sus *Escenas Matritenses*, merecer las diatribas y las censuras que se le dirigieran, y ser acaso con corta diferencia la población de que en Lieja hablaba á su auditorio, á fines de 1904, el Profesor de aquella Universidad en la curiosa conferencia de que dejo hecho mérito; pero desde entonces acá, si bien no ha obtenido nunca expresión cierta de amoroso afecto por parte de los madrileños, que son hijos suyos de ocasión en su mayoría, y ha concitado en cambio contra sí la enconada odiosidad de las provincias, algo ha cambiado el aspecto de la antigua Villa, más por las necesidades crecientes del comercio y de la industria que por el noble generoso anhelo de levantarla á la altura que su capitalidad exige, y que demandan de consuno la higiene y la conveniencia de asegurar la vida siempre amenazada de sus allegadizos habitantes.

Centro de la Monarquía, residencia del príncipe y de los ministros, bien á las claras demuestra aún su irregular perímetro, cómo ha ido formándose la coronada Villa desde que Felipe II se resuelve á establecerse en ella y Felipe III abandona á Valladolid, hasta los tiempos democráticos actuales, en que á la pasión política, en otros tiempos omnipotente, han reemplazado las ideas universalmente trastornadoras, expre-

sivas de la aspiración suprema que para lograr el advenimiento y la emancipación del que llaman todavía cuarto estado, profesan ciertas clases sociales. Como en los tiempos medievales, al amparo de los resistentes muros de enhiesta fortaleza encaramada sobre ríscosa altura surgían pequeños poblados, origen de ciudades notables muchas veces,—así, á espaldas de aquel Alcázar erigido sobre el valle del Manzanares, reedificado por Enrique IV en el siglo xv y modificado por Luis de Vega en el xvi de orden del hijo de Carlos de Gante, la lisonjera solicitud de afanosos cortesanos, mirando como centro y eje de la vida la casa del monarca, hubo de agrupar sin plan preconcebido el caserío, contribuyendo á la condensación con aquellos edificios, de que aún queda rastro en el valle de la calle de Segovia, no escaso número de fábricas religiosas de todo orden y categoría.

Trajo consigo el establecimiento de la Corte en la Villa multitud de pobladores de las lejanas provincias, que hizo necesario el ensanche de la ciudad, con vías todas ellas encaminadas como á su norte hacia el palacio del Monarca; y conforme fueron acrecentándose las inmigraciones, arenales, egidos, huertas y jardines desaparecían para ser reemplazados por el caserío, siempre sin plan, y no con otro propósito que el de facilitar hospedaje á los que entonces recibían nombre de *andantes en corte*: sin que nadie se preocupase de otra cosa que de su interés personal, ni á lo porvenir dirigiese una mirada. Sólo cuando el triunfo de las ideas liberales despojó de sus facultades absolutas á la corona; sólo cuando dejó ésta de ser manantial de gracias y de mercedes, y comprendió la masa popular que todo debía esperarlo de su propio personal esfuerzo, fué cuando, rompiendo cuanto la oprimía, buscó expansión la Villa coronada, y surgieron barrios y se levantaron edificios que, dignificándolos, contribuyen al engrandecimiento de la Corte.

Por eso, si en 1833 tenía Madrid 492 calles, 4 plazas y 79 plazuelas, según dejé notado, medio siglo después contaba con

846 calles, esto es, 354 más, 6 glorietas, 24 paseos y 73 plazas y plazuelas; si su población era de 211.127 habitantes, en el mismo período de tiempo había subido á 472.228 de hecho y 473.815 de derecho, es decir, 261.101 ó 262.688 más en un concepto ú otro; si su circunferencia era de 15.553 varas castellanas, poco más de 13 kilómetros, llegó á cerca de 24; si el número de agrupaciones ó manzanas de edificios era el de 540, con el de 1495 aparece en el período marcado, no debiendo perder de vista que desde 1887, fecha á que son en su mayoría referibles estos últimos datos, ha aumentado considerablemente Madrid en todos estos conceptos, bastando no obstante cuanto consignado queda, para demostrar por superabundante modo lo progresivo, aunque lento, de la transformación que viene experimentando desde el año 1833, señalado como punto de partida. Para que resalte mejor el desarrollo en poco más de medio siglo alcanzado por la Villa, puede la comparación ser resumida en el siguiente cuadro, que es bien expresivo:

	1833	1887	DIFERENCIAS
	Kilómetros.	Kilómetros.	Kilómetros.
Superficie total de la Villa.....	13	24	11
Número de calles.....	492	846	354
Idem de plazas, plazuelas, glorietas, etc.....	83	103	20
Idem de manzanas.....	540	1.495	955
Población.....	211.127	473.815	262.688

En el orden eclesiástico, estaba Madrid dividido en 17 Parroquias, dentro de la cerca comprendidas, y 2 extramuros, figurando á la cabeza la *Parroquia de Santa María*, que se levantaba en la calle Mayor, frente al edificio llamado *Los Consejos*, construído á principios del siglo xvii, para morada suya, por los duques de Uceda. Fué demolida dicha Parroquia en 1869, y su primacía sobre todas las de Madrid tenía por fundamento la antigüedad remota que le era atribuída, asegurándose fué en tiempos de los musulmanes mez-

quita, acaso—si la afirmación es tan cierta como verosímil—la mayor ó *Aljama* de que hablaba en el siglo XII Al-Edrisí, la cual se dice purificada y consagrada por Alfonso VI á la Virgen María. El edificio, aunque restaurado por Ventura Rodríguez, quien hizo todo lo posible por darle aspecto artístico, acomodado al gusto de la época, resultaba, no obstante, mezquino y pobre, recordándose como lo más notable en la Parroquia la *Capilla de los Bozmedianos*, construída en el siglo XVI, y á la cual debe pertenecer, si no estoy equivocado, la interesante reja que, procedente de aquella iglesia, figura por donación del Ayuntamiento en el *Museo Arqueológico Nacional* al presente (1).

En categoría, en antigüedad y en importancia, seguía por ello á la anterior la *Parroquia de San Martín*, cuya feligresía era tan extensa, que en 1833 comprendía no menos de 105 calles y 2.300 casas. Correspondía al monasterio de Benitos que, con el título citado, fué fundado, cual se asegura, al tiempo de la Reconquista en el *Arrabal* del mismo nombre, y ocupaba entera la manzana que en la actualidad circunscriben la *Plazuela de San Martín* al N., la calle de la propia denominación al E., la *del Arenal* al S. y la *de las Hileras* á Poniente. El templo avanzaba hacia la estrecha calle que aún es apellidada *Postigo de San Martín*, y parte de su solar, que he conocido abandonado, lo ocupan hoy el jardincillo en que se alza la estatua de Pontejos labrada por Alcoverro, y el edificio del *Monte de Piedad*, proyectado por los arquitectos D. José María Aguilar y Vela y D. Fernando Arbós y Tremanti.

Dicho templo había sido todo él trastornado ó reconstruído, á lo que parece, en los principios del siglo XVII, reinando Felipe III, y era notable en él la *Capilla de Nuestra Señora de Valvanera*, donde en soberbios sarcófagos yacían Alonso

(1) Con ella remitió el Municipio una pequeña caja de plomo que estaba en el interior de la bola de la torre, y que contenía, con varias oraciones impresas, medallones de cera con distintas imágenes en relieve, todo ello descompuesto por el óxido de plomo.

Gutiérrez, Contador mayor del emperador Carlos V, su Tesorero general y de su Consejo, y la mujer del dicho Contador, doña María de Pisa. Los bultos yacentes de ambos personajes fueron, según Quintana, labrados por Berruguete, lo cual, ya que no sea cierto, resulta verosímil, á juzgar por lo que de ambas esculturas, aunque por extremo deformado, después de muchas vicisitudes subsiste, pues los restos á que aludo figuran en el *Museo Arqueológico Nacional*, adonde fueron trasladados desde los sótanos del antiguo y demolido Ministerio de Fomento. Asegúrase que en esta Parroquia estaban, además, los enterramientos del P. Sarmiento y los del famoso marino Jorge Juan, y que cuando en 1809 los franceses hicieron derribar el templo, exhumaron las reliquias del célebre general de la Armada, trasladándolos, con todos los honores de Ordenanza, al Ayuntamiento, donde se han perdido (1).

El amplio edificio del Convento fué sucesivamente destinado, después de la exclaustación de 1834, á Gobierno Civil, Diputación Provincial, Bolsa y Tribunal de Comercio, Junta de Sanidad y Cuartel de la Guardia Civil por último, que es como yo le he conocido. La Parroquia tenía por auxiliares y anejos, dada la extensión de su feligresía, las iglesias de *San Ildefonso* y *San Marcos*.

San Ginés, en la calle del Arenal, inmediata á la anterior, era la tercera en categoría y daba ó dió, mejor dicho, nombre á otro de los arrabales de la antigua Villa. Supónese fué Parroquia muzárabe, si bien nada hay que lo pruebe ni lo contradiga, y sólo de cierto se sabe que existía en tiempo del rey don Pedro. No debía ser su fábrica de grande solidez ni de mayor importancia, cuando amenazaba en los días de Felipe IV inminente ruina, por lo cual, ó acaso también por el afán inmoderado de renovaciones, que tanto daño ha hecho en los monumentos y que tan singular desarrollo tuvo por entonces, fué demolido el templo y reconstruido en 1645 de

(1) Mesonero Romanos, el *Antiguo Madrid*, pág. 100, nota.

nueva planta. El año de 1824, voraz incendio hubo de quebrantarle, y no hace muchos ha sido renovado todo su exterior al gusto plateresco por medio de yesones, que dan al edificio cierto aspecto artístico, pero que falsean su historia, pues en la época del desvanecido Felipe IV no imperaba ya estilo semejante. Como todas las de Madrid, es pequeña la iglesia, incapaz é impropia de la dignidad del pueblo al cual ha sido impuesta la capitalidad de España.

No otras eran con verdad las condiciones con que hasta 1842 vino, á fuerza de estériles reparos, subsistiendo en la *calle Mayor*, frente á la denominada *Plaza de la Villa*, la antiquísima *Parroquia del Salvador*, que había dado nombre á la referida *Plaza*, siendo una de las primitivas de Madrid, y en cuya sala capitular, colocada sobre el pórtico y harto menguada, había celebrado el Concejo de la Villa sus sesiones. Hacíanla notable no sólo esta principal circunstancia, merced á la cual adquiriría no dudoso interés su incolora fábrica, sino la de que en ella fué sepultado el insigne don Pedro Calderón de la Barca, como lo estuvo el Conde de Campomanes. La torre, de bastante elevación, recibía título de *la atalaya de la Villa*, por servir sin duda al Concejo, de quien era propiedad, así como las campanas y el reloj que la adornaban; pero á pesar de todo, su parroquialidad se hallaba en 1833 tan reducida, que fué preciso acrecentarla con la de *San Nicolás*, allí inmediata, y que mísera y pobre de edificio, desdichadamente restaurado en el siglo XVIII, continúa en la calle á que ha dado nombre, siendo, sin embargo, digna de respeto por haber sido en ella bautizado don Alonso de Ercilla, y haber recibido sepultura en ella los restos del célebre arquitecto Juan de Herrera. La *Parroquia del Salvador* al fin, por lo ruinoso de su estado, fué demolida en 1842, y su solar ha sido edificado.

Avanzando hacia los soportales de la pequeña plaza irregular á que dió nombre, y cerrando casi el extremo superior de la empinada *calle de Esparteros*—hasta los comienzos de la revolución de 1868, en que fué derribada, levantábase volvien-

do en línea oblicua á la *Plaza de la Leña* la *Parroquia de Santa Cruz*, vulgar, aunque no exenta de pretensiones en su fábrica, la cual, por otra parte, no ofrecía interior ni exteriormente sino la poco agradable monotonía arquitectural de los templos erigidos durante la xvii.^a y la xviii.^a centurias. Devorada por las llamas de terrible incendio en 1620, la iglesia antigua fué reconstruída á toda prisa; pero destruída también de igual manera la nueva construcción de 1763, volvía á ser reedificado el templo en 1767, conforme al gusto de la época. Su torre—que era ponderada entre los madrileños por lo inusitado de su altura, y tomada siempre como supremo tipo de comparación, lindante con lo hiperbólico — cuadrada y sin mérito artístico, medía, con efecto, no menos de 144 pies, cerca de 40 metros de elevación, y así como la de la *Parroquia del Salvador* fué llamada, cual dejo dicho, *Atalaya de la Villa*, esta de *Santa Cruz*, colocada en una eminencia, fué denominada *Atalaya de la Corte*, recordando todavía, como muchas personas, el regocijado efecto que producía el toque de sus campanas en los días de Navidad, y cuando, entonces como ahora, se agrupaban en la *Plaza* los alegres puestos de figuras de barro, nacimientos, rabeles y panderas y tambores, encanto de aquellos niños que hoy nos gobiernan y dirigen.

Respetable por su antigüedad — en las pendientes rápidas que buscan como cauce común á que por una parte y otra afluyen, el que constituye la *calle de Segovia*, — cual témpano milagrosamente detenido, perdura allí el templo mísero de la *Parroquia de San Pedro*, que alguien ha supuesto fué mezquita, que se dice trasladada por Alfonso XI de una casa fronteriza llamada *San Pedro el Viejo* (1), y que era en 1833, según lo es hoy, testimonio vivo en Madrid del olvido y del abandono en que caen las reliquias del pasado por doquiera. De exiguas

(1) Dicha casa era no obstante un beaterio, llamado de *San Pedro el Viejo*, fundado en 1448 por Marina Mejía, mujer de Francisco de Ávila, alcaide y vecino de Madrid.

dimensiones, tal cual las exigencias de la población entonces demandaban, labrada era con arreglo á las prescripciones tradicionales de aquel estilo genuinamente nacional, que tantas obras estimables ha vinculado en la Península, y que da carácter y color á la mayoría de los templos erigidos en la imperial é incomparable Toledo.

Pobre y mísera, repito, no hicieron en ella de seguro alardes vanos ni el *estilo mudejar* en el exterior, ni el ojival en el interior del templo; pero sí la dotaron, á semejanza de las que surgen esbeltas entre el apiñado caserío de la ciudad del Tajo, de erguida cuadrada Torre de ladrillo, perforada por estrecha mira convertida en elegante arquillo exteriormente (1), y coronado el conjunto en cada frente por dos anchos elegantes ventanales de herradura en que volteaban las campanas. Es aquella Torre el último ejemplar vivo que del *estilo mudejar* en Madrid se conserva; pero sobre que nadie ha cuidado de impedir su deformación en tiempo alguno, recientemente, al ser la pobre iglesia blanqueada, pintada y adecentada al gusto de oratorio casero, ó de iglesia de lugar humilde, pero limpio, no sólo se ha falseado la construcción, fingiendo ser el paramento de sillería, sino que la torre, inicuamente repintada para simular *fábrica de ladrillo*, cuando de ladrillo está labrada, ha perdido su fisonomía y su carácter, viendo deformados los huecos superiores y estropeado el ajimecillo ornamental de que antes hablo. Llamé acerca de esto la atención de mis compañeros en la Academia de Bellas Artes; pero nada se ha hecho para despertar el interés del Prelado, quien, á sospechar el valor relativo de la Torre, no habría consentido ciertamente que fuese profanada como con la mejor intención lo ha sido.

De la *Parroquia de San Andrés*, cuyo edificio subsiste, na-

(1) Mientras para el insigne Mesonero Romanos no existía nada de notable en esta torre, sino la campana de *tocar á nublado*, Fernández de los Ríos, quien también cita la campana, dice que en esta torre «se conserva un estrecho ventanillo de forma *arábigo-bizantina*», que no sé qué cosa sea, pues á lo que alude es al arquillo mudejar decorativo mencionado.

da habré de decir, así como tampoco del de la de *San Justo*, erigido en las postrimerías del siglo XVIII por el cardenal de Borbón, en el emplazamiento de la antigua iglesia; á esta última Parroquia estaba agregada la de *San Miguel*, situada en la plazuela que aún conserva el nombre, y demolida en tiempo de los franceses, siguiendo en pos la *Parroquia de San Sebastián* en la calle de Atocha, cuya fachada es motejada de ridícula, tanto que el diligente Fernández de los Ríos, cuyos proyectos respecto de Madrid es muy de sentir no hayan sido llevados todos á la práctica, recordaba aquel ocurrente diálogo que fingía el poeta, diciendo:

—Santo de tanto valor,
¿Qué hacéis en tal frontispicio?

A lo que contestaba el santo:

—Os aseguro en rigor
Que á no estar en el Hospicio,
No pudiera estar peor.

Tampoco he de decir nada en orden á la *Parroquia de Santiago*, demolida en la reforma ideada por José Bonaparte para facilitar las avenidas del Palacio Real, y reedificada en 1811; pero á su feligresía fué agregada la de la antigua *Parroquia de San Juan*, también entonces derribada, y una de las más antiguas, en la que fué sepultado el inmortal Velázquez. Estaba en la desembocadura de las calles de *Santiago* y de *la Cruzada*, y en balde han sido cuantas investigaciones se han hecho en ocasiones diferentes para encontrar los restos del autor del cuadro de *las Meninas*. *San Luis*, que fué anejo primeramente de *San Ginés*, se conserva en la *calle de la Montera* tal como fué edificada en 1689, según, con certa diferencia, acontece con la iglesia parroquial de *San Lorenzo*, construída en 1662, y con la de *San José*, fundada en 1745 por el duque de Frías. Las dos últimas Parroquias con que en 1833 contaba Madrid, fuera de la de Palacio y el *Retiro*, eran la de *San Millán*, de fábrica poco interesante, en la *Plaza de la Cebada*, y

Nuestra Señora del Buen Suceso situada en la *Puerta del Sol*, formando el frente entre la *calle de Alcalá* y la *Carrera de San Jerónimo*. Tampoco ofrecía nada de particular en su edificio, siendo sólo digno de ser recordado que en el patio de esta iglesia fueron fusilados no pocos madrileños el glorioso día 2 de Mayo de 1808, según lo conmemoraba la inscripción colocada en el crucero al lado de la Epístola, y que en el presbiterio, al mismo lado de la Epístola, como los de varón venerable, la pasión política depositó dentro de una urna los restos mortales del célebre *Cura de Tamajón*, D. Matías Vinuesa, muerto por las turbas dentro de la Cárcel de la Corona, el 4 de Mayo de 1821.

En la actualidad son treinta las Parroquias, cuyo orden procesional abre, como es consiguiente, la de *Nuestra Señora del Buen Consejo* en la iglesia Catedral de San Isidro, siguiendo la de *Santa María* en el hermoso templo del Convento de Bernardas del *Sacramento*, fundado en 1615 por el duque de Uceda y terminado en 1744; la de *San Martín*, en la iglesia de *Porta Coeli*, cuya fábrica es de 1725; la de *San Ginés*; la del *Salvador* y *San Nicolás*, en la iglesia de *San Juan de Dios*, situada en la *Plaza de Antón Martín*; la de *Santa Cruz*, en el nuevo templo erigido sobre el solar de *Santo Tomás*; la de *San Pedro*, en la *calle de la Paloma*; la de *San Andrés*; la de *Santos Justo y Pastor*, en las *Maravillas*, calle de la Palma; la de *San Sebastián*; la de *Santiago y San Juan* las de *San Luis*, *San José* y *San Lorenzo*, erigida ésta en 1662; la de *San Millán*, en la iglesia de *San Cayetano*, dirigida á principios del siglo XVIII por Churriguera y Rivera, y situada en la *calle de Embajadores*; la de *San Ildefonso*, que fué anejo de *San Martín*, y cuyo templo, destruido por los franceses, fué reedificado en 1827; la de *San Marcos*, anejo también en 1833 de *San Martín*, construída en la *calle de San Leonardo* el año 1753 por Ventura Rodríguez; la de *Santa Teresa* y *Santa Isabel*, en la iglesia de Chamberí; la del *Purísimo Corazón de María*, en la *Plaza de las Peñuelas*; la de *Nuestra Señora de las Angustias*, en la *calle del General*

Lacy (paseo de las Delicias); la de *San Antonio de Padua* ó de *la Florida*, templo enriquecido por los famosos frescos de Goya, que ahora va á ser declarado Monumento Nacional; la de *San Jerónimo*, en la iglesia del antiguo *Convento de San Jerónimo del Paso*, en el Retiro; la de *Nuestra Señora de la Concepción*, en el Barrio de Salamanca; la de *Nuestra Señora de los Dolores*; la de *Nuestra Señora del Carmen*, en la calle de este nombre; la de *Nuestra Señora del Pilar*, en la Guindalera; la de *Nuestra Señora de Covadonga*, en la iglesia del deruido *Convento de San Plácido*, en la *calle de San Roque*; la de *Nuestra Señora de los Angeles*, en Bellas Vistas; la de *San Miguel*, y por último, la de *Santa Bárbara*, templo erigido por Fernando VI para el *Convento de las Salesas reales*, en la calle de *Doña Bárbara de Braganza*.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

LA CONCORDANCIA GRAMATICAL EN EL "QUIJOTE,"

Famosa fué entre griegos y romanos la divergencia de principios gramaticales que dividió á las escuelas de Alejandría y Pérgamo, y luego á los gramáticos romanos. La primera optaba por la *analogía*, la segunda por la *anomalía*. Después tomó otro giro la controversia, y los unos, continuadores de los analogistas, ponían por principio supremo *las reglas*; los otros, sucesores de los anomalistas, anteponían el *uso*, conforme al dicho de Horacio: *penes quem est ius et norma loquendi*. Estas dos tendencias han continuado en todo tiempo, aunque los rígidos legisladores hayan tenido que ceder generalmente, y más hoy día, cuando toda la ciencia del lenguaje se funda en el hecho averiguado é incontestable de que los idiomas son producto del pueblo, no sistema que haya salido del cerebro de un sabio, y que por consiguiente no hay leyes que valgan, si no son el resultado de los hechos reales. El habla hay que tomarla tal cual es, sin mixtificaciones de escuelas ni de teorías de los que las estudian para formular su gramática. ¿Hay que decir así, ó hay que decir asá? Todas las reglas huelgan, y la misma pregunta contiene resabios añejos. ¿Cómo se dice entre el pueblo? Tal es la verdadera pregunta, cuya respuesta le toca dar al pueblo, al uso. Y llamo pueblo á los que escriben y á los que no escriben, con tal de que los que escriben lo hagan conforme al uso de los que hablan. De aquí la autoridad de los más afamados escritores, cuyos escritos nos muestran el uso de un idioma en una época determinada. Su valor como autoridades en materia de lenguaje se funda en que

todos convengan en aceptar su manera de escribir como castiza y conforme al genio del idioma. Si alguno, Cervantes es tenido con razón por maestro de lengua castellana.

Pero suele suceder que el reglamentarismo transforma los fenómenos gramaticales en algunas cabezas por maneras tan subjetivas que, al darnos una gramática como conjunto sistemático de dichos fenómenos reales, aparecen no pocas veces coloreados por ciertas teorías apriorísticas del gramático, de modo que en vez de ser una gramática de tal idioma tenemos una gramática del idioma fantaseado por Fulano de Tal. En semejantes casos urge contrastar las doctrinas en esa gramática asentadas con los hechos verdaderos, y acudimos á los escritores de mayor autoridad si el uso no nos despeja enteramente la incógnita.

*
* *

La concordancia es uno de los asuntos que más se han resentido en las gramáticas del subjetivismo teórico de sus autores. Se parte del principio general de que han de concordar las formas en la oración; y cuando no se halla en los hechos esa concordancia, no porque no exista, sino porque no aparece en la sobrehoz, se condenan temerariamente los hechos, sacrificándolos torpemente á la ignorancia revestida de sabia. Clemencin reprueba como viciosa esta concordancia de Cervantes: «Lo mismo *confirmó* Cardenio, don Fernando y sus camaradas».

Confirmaron debió decirse, puesto que el sujeto del verbo está en plural. La regla de concordancia reza que sujeto plural exige verbo plural.

Muy bien; pero ¿cuál es el sujeto de *confirmó*? Sin vacilar se dirá: un plural, es decir, *Cardenio, don Fernando y sus camaradas*. Pues permítame Clemencin que le diga de nones; el sujeto es singular, y usted no lo ve.

Viene Salvá, y efectivamente le corrige. Si el verbo *precede* á varios sujetos singulares ligados por la conjunción y,

puede ponerse en plural ó concertar con el primero: «(*Causaron* ó) *causó* á todos admiración la hora, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba» (CERV.). «*Crecía* el número de los enemigos y la fatiga de los españoles» (SOLÍS). «Crecieron al mismo tiempo el cultivo, el ganado errante y la población rústica» (JOVELLANOS).

Salvá cayó en la cuenta de que nuestros autores no se atenían á la regla supuesta por Clemencin, y le dió mayores ensanches. Viene Bello, y dice: «Observando con atención el uso, se encontrará tal vez que estas dos autoridades son conciliables aplicadas á diferentes casos: que si se habla de cosas rige la regla de Salvá, y si de personas la de Clemencin: «*Acaudillaba* la conjuración Bruto y Casio», «*Llegó* el gobernador y el alcalde», son frases que incurrirían, cuando menos, en la nota de inelegantes y desaliñadas».

Todo esto por partir de una regla teórica y querer ajustar á ella los hechos, en vez de partir de los hechos, deduciendo de ellos la regla verdadera. ¿Qué es *inelegancia* y qué es *desaliño*? Negro se vería Bello para contestar á esta pregunta. El ideal de la elegancia y del aliño se pone en la regla teórica de la concordancia á lo Clemencin: no hay otra razón. Y ¿por qué ha de ser ese el ideal? El ideal del idioma, ¿lo hemos de forjar nosotros á fuerza de combinar reglas, escuadras y compases en nuestra fantasía, ó lo lleva consigo el mismo idioma?

*
* *

Ni la regla de Clemencin, ni la de Salvá, ni la de Bello, se encuentra observada en nuestros clásicos. Cervantes pone el verbo en singular ó en plural, ya precedan, ya sigan varios nombres; véanse estos ejemplos: El buen passo, el regalo y el reposo, allá *se inuento* para los blandos cortesanos (I, 13, 41) (1).

(1) El primer número es el del capítulo, el segundo del folio de las ediciones de Cuesta de 1608 y 1615.

El lenguaje no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro cauallero *acrecentaua* en ellas la risa, y en el el enojo (I, 2, 5). *Ordenó*, pues, la suerte, y el diablo, que no todas veces duerme (I, 15, 52). Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro cauallero traía... le *truxo* a la imaginacion una de las estrañas locuras que (I, 16, 58). Y ya se â que *sabe* el vizcocho, y el corbacho (I, 22, 92). A los que Dios y naturaleza *hizo* libres (I, 22, 92). El calor, y el dia que alli llegaron, *era* de los del mes de Agosto (I, 27, 121). La hora, el tiempo, la soledad, la voz, la destreza del que cantaua, *causô* admiracion, y contento en los dos oyentes (I, 27, 122). Orden, y mandato *fue* este, que me *puso* (I, 27, 125). No me *dio* lugar mi suspension y arrobamiento (I, 27, 127). Pero a todo esto *se opone* mi honestidad y los consejos continuos, que mis padres me dauan (I, 28, 134). Mas la honesta presencia de Camila, la grauedad de su rostro, la compostura de su persona, *era tanta*, que *ponia* freno a la lengua de Lotario (I, 38, 171). Es (Camila) archiuo donde assiste la honestidad y *viue* el comedimiento, y el recato, y todas las virtudes (I, 34, 172). Porque en el *se desengaño* el mundo, y todas las naciones, del error en que *estauan* (I, 39, 203). De lo qual *quedô* Camacho y sus valedores tan *corridos* (II, 21, 80). Con las quales *quedo* Camacho y los de su parcialidad *pacificos* y *sossegados* (II, 21, 81). *Consolado* pues y *pacifico* Camacho y los de su mesnada (ídem). La *esplendida* comida y fiestas de Camacho (ídem). Y el con otro *auian* entrado en el monasterio (I, 36, 193). Otro, y otro le *sucede* (I, 38, 200). Yo me auendre con *quantas* espias, y matadores, y encantadores vinieren (II, 47, 176). Y aunque la hambre, y desnudez *puquiera* fatigarnos a vezes (I, 40, 208). *Auia* el, y todos nosotros de tener libertad (I, 40, 210). Y que podria ser, que el poco animo que aquel tuno en el tormento, la falta de dineros deste, el poco fauor del otro, y finalmente el torcido juyzio del juez, *huuiesse* sido causa de vuestra perdicion (I, 22, 92). Las donzellas, y la honestidad *andauan*... por donde quiera, *sola* y *señera*, sin te-

mer que la agena desemboltura y lasciuo intento *la* menoscassen (I, 11, 34).

*
* *

Este último ejemplo, y los demás en que el adjetivo parece chocar, prueban manifiestamente que tales concordancias nacen de tener solamente presente el vocablo más cercano, prescindiendo de los demás. No pueden atribuirse á erratas de imprenta los casos en que se falta á las leyes de los dichos gramáticos, porque son innumerables. Hay que confesar que Cervantes, siguiendo en esto al habla vulgar, no tenía por descuido, sino por ley, el concordar el verbo y el adjetivo con el sustantivo más cercano, en singular, prescindiendo de que precedieran ó siguieran otros sustantivos. Así en: «de lo qual *quedô Camacho* y sus *valedores* tan *corridos*», el verbo va en singular y el adjetivo en plural; ejemplo bien instructivo y fehaciente.

Son descuidos de Cervantes, se dirá. Pero es que en todos los clásicos se encuentra lo mismo.

Nuestros clásicos eran muy descuidados.

Entonces ¿para qué sirve la autoridad de los clásicos? ¿Para aceptar lo que nos guste y desechar lo que nos disguste? En ese caso no son ellos los que forman autoridad, sino nosotros, nuestro gusto, nuestras reglas *á priori*. Será más correcto lo contrario á nuestros clásicos. Pero ¿á qué se da el nombre de corrección? ¿A lo que pueden legislar algunos gramáticos atendiendo á una lógica que ellos *á priori* se han forjado? Lo correcto en el habla es lo que se usa por brotar del genio del idioma. ¿Y por qué hemos de creer que es lógico lo que *á priori* se fantasea, y hemos de tener por poco lógico lo que el habla da de sí? Tan lógico es que la mente atienda tan sólo al sustantivo más cercano, para concordar con él el verbo ó el adjetivo, como que atienda á la suma total de sustantivos de la oración. El verbo ó el adjetivo se refiere en el primer caso tan sólo al sustantivo inmediato, y *se suple* el verbo ó el adjetivo de los demás sustantivos; en el segundo caso todos

los sustantivos forman un todo lógico plural, con el cual concuerda el verbo ó el adjetivo. Esto es lo que no han considerado los gramáticos aludidos. Los hechos son muy respetables, harto más respetables que todas nuestras filosofías, que si en ellos no se fundan, se reducen á burbujas fantasmagóricas, á entes de razón. Esos entes de razón los creen sus autores de carne y hueso, los niños los aprenden á conocer por sus nombres en los bancos de la escuela, se familiarizan con ellos y, llegados á mayores, les parece oír una necedad de chiflados si alguien les dice que no hay tal. Esa necedad es la que acabo yo de decir. Yo mismo, como todos los demás, he creído por largo tiempo en tales patrañas, condecoradas con el rimbombante calificativo de *reglas gramaticales*. Cercioréme al cabo de su falsedad, busqué el origen que les dió la existencia, y no lo hallé. ¿Quién ha inventado leyes de concordancia tan acatadas? Del castellano no han salido. ¿Vendrán acaso del francés? El francés dicen que es muy lógico y muy claro. De la lógica ya he hablado. Esa claridad del francés se me antoja á mí como la del agua; pero... mejor es el vino que el agua, como dice el dicho vulgar. La claridad, cuando proviene de pobreza de elementos y de rigidez de movimientos, no es cosa muy de alabar. Eso es como el hombre libre que envidia al encarcelado porque todo lo tiene conforme á ordenanza de antemano. Prefiero la libertad castellana, que es tan lógica como el libre pensamiento.

*
* *

No faltará alguno que crea que esas reglas de concordancia no son exclusivas de nuestros gramáticos, sino naturales, necesarias en toda lengua culta, y aun quién sabe si se llegará á sospechar que existían en latín. No estará, pues, de más advertir que en latín no existen semejantes trabas. Dice Cicerón (*Ad famil.*, 9, 18, 2): «*Pompeius, Lentulus tuus, Scipio, Afranius foede perierunt*»; pero también escribe (*De offic.*, 1, 13,

81): «quom tempus necessitasque *postulat*». Terencio (*Andr.*, 54): «aetas, metus, magister *prohibebant*»; pero también (*Ad.*, 340): «tua fama et gnatae vita in dubium *veniet*». Lo mismo precediendo el predicado: «in omnibus rebus *difficilis* optimi perfectio atque absolutio» (Cic., *Brut.*, 36, 137); «*dixit* hoc apud vos Zossipus et Ismenias, homines *nobilissimi*» (*Verr.*, 3, 42, 91).

Y no hay autor latino que no tenga idéntico criterio. César (*De bello gal.*, 2, 19, 1): «ratio ordoque agminis aliter *se habebat*». Salustio (*Cat.*, 52, 6): libertas et anima nostra in dubio *est*. Livio (10, 20, 10): «caedes ac tumultus *erat* in castris». Tácito (*Hist.*, 475): «urbem atque Italiam interno bello *consumptam* (esse)».

¿De dónde, pues, se ha sacado tan tradicional y consagrado principio de concordancia? No es fácil averiguar quién fuese el primero que dió en él, porque todos los gramáticos, salvo raras excepciones, parece que han llevado unas mismas antiparras. De dónde se haya sacado ya es más fácil decidirlo: del espíritu apocado y atado de los del oficio.

*
* *

Vamos á poner ahora de manifiesto la necedad de esa estrecha regla, para hacer ver que no sólo el uso, sino también la *lógica del castellano* va contra ella. Porque cada lengua tiene su lógica, que es la del pensamiento del pueblo que la habla; sinó la gramática de todas las lenguas sería idéntica. Hay una lógica universal del pensamiento *humano*; pero dentro de ella existen tantas lógicas particulares como lenguas, y dentro de cada lengua tantas como individuos. Mi lógica no es la de Clemencin, Salvá y Bello, por lo menos en el punto de que tratamos y en otros varios. No se trata aquí de examinar cuál es la mejor; veamos la lógica castellana respecto de la concordancia, que es lo que hace al caso.

En castellano *el verbo* de la proposición principal, que tie-

ne por sujetos subordinados dos ó más proposiciones, va necesariamente en *singular*: aora me *falta* rasgar las vestiduras, *esparzir* las armas y *darme* de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez, que te han de admirar (I, 25, 111). Aquí hallamos la misma ley que acabamos de ver en los ejemplos de Cervantes, donde los gramáticos sólo hallan un descuido intolerable. Sujetos de *falta* son esos tres infinitivos, como lo son *partida* y *locura* del verbo *va* en este otro ejemplo: Y en verdad señor cauallero de la triste Figura, que si es que mi *partida*, y su *locura* de v. m., *va* de veras, que será bien tornar a ensillar a Rozinante, para que supla la falta del ruzio (I, 25, 110). Puédese decir «*faltan* la escopeta y los perdigones», ó «*falta* la escopeta y los perdigones», por lo menos tal es la concordancia cervantina. Qué extraño se diga: «falta rasgar... esparcir... y dar». Y á la verdad, tan nombre es el infinitivo como otro cualquiera, sobre todo como el abstracto *locura* y el de acción *partida*, que equivale á *partir*.

Pero aun fuera de los infinitivos, la ley es general: *lo más acertado será...*, *que cortes* algunas retamas..., y las *vayas* poniendo de trecho en trecho (I, 25, 115). Ten memoria: y no se te *passee* della, *como* te recibe, *si* muda las colores el tiempo, que la estuieres dando mi embaxada, *si* se desasossiega, y turba, oyendo mi nombre, *sino* cabe en la almohada... (II, 10, 32). El verbo singular con varias subordinadas que hacen de sujeto.

Sólo va el verbo en plural cuando los sujetos, por indicarse reciprocidad, deben separarse en la mente como distintos, ó cuando hay sustantivo predicativo plural: «Holgazanear y aprender *son incompatibles*», «Sentir y moverse *son cualidades características del animal*».

Otro caso. El verbo puede ir en singular ó en plural cuando varios sujetos, ya le precedan, ya le sigan, van unidos con la conjunción *ni*; pero si con el primero va *no*, y con los demás *ni*, el verbo sigue al *no*, concertando con el primer sujeto, y *subentendiéndose*, al modo antes dicho, con los demás. Y era

tanta la ceguedad del pobre hidalgo que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas... *no le desengañauan* (I, 16, 58). Hombre, ni gigante, ni cauallero de quantos v. m. dice, *parece* por todo esto, á lo menos yo *no los veo* (I, 18, 68). *No te yqualó* en ligereça el Hipogrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino (I, 25, 110).

El verbo puede ir en singular ó en plural cuando varios sujetos, ya le precedan, ya le sigan, van unidos con la conjunción ó: qual *avia sido* mejor cauallero, Palmerin de Inglaterra, ó Amadis de Gaula (I, 1, 2). Alguna fuente, o arroyo, que estas yeruas *humedece* (I, 20, 75). El tiempo, ó la muerte *ha de acabar* el enojo de sus padres (I, 21, 88).

Está visto que en todos estos casos puede ir el verbo en singular, *subentendiéndose* con los demás sujetos. Tal es la razón de permitirse el singular en Cervantes, aun cuando los varios sujetos estén unidos con *y* ó no lleven conjunción alguna. Y esa razón general no es otra más que el concordar el verbo con un solo sujeto, el más próximo, supliéndose con los demás.

Preguntábamos al principio: ¿cuál es el sujeto en esos casos? Sólo el próximo al verbo; los demás lo son de los verbos que se omiten.

* * *

Y es que la elipsis juega un gran papel en el habla, y más en castellano. La ley de la economía rige en el habla lo mismo que en los demás fenómenos del universo.

Cualquier parte de la oración se omita una vez empleada con el primer sustantivo, ya precedan, ya sigan, los demás, á no ser que se pretenda hacer resaltar, que entonces se repite cuanto se quiera. Mudar *esse* seruicio y montazgo (I, 22, 94); en vez de: *esos* seruicio y montazgo; ó de: *ese* seruicio y *ese* montazgo. *El* llagado y falto de sueño (I, 26, 119); en vez de: *el* llagado y *el* falto de sueño, que precisamente indicaría ser dos distintos. Falto de *todo* buen sentido, y conocimiento

(I, 27, 123); en vez de: falto de *todos* buen sentido y conocimiento, ó de *todo* buen sentido y de *todo* conocimiento. Començô su lastimada historia, casi por *las mismas* palabras, y passos que (I, 27, 124); en vez de: con *las mismas* palabras y *los mismos* pasos, ó con *los mismos* palabras y pasos. No porque no tuuiese bien *conocida* la calidad, bondad, virtud y hermosura de Lusinda (I, 27, 124); en vez de: *conocidas*, ó *conocida* la calidad, *conocida* la bondad, etc. *Dava* el harriero a Sancho, Sancho a la moça, la moça a el, el ventero a la moça (I, 16, 59); en vez de: *daban* el harriero á Sancho, Sancho á..., ó *daba* el harriero á Sancho, *daba* Sancho á, etc.

Pueden, sin embargo, ir en plural *los mismos*, *los dichos*, *los referidos*, etc., ante varios nombres propios ó apelativos de persona. «*Los mismos* Antonio Pérez y hermanos», «*Las referidas* madre é hija», «*Los magnánimos* Isabel y Fernando». Pero es porque en la mente se toman como un todo compuesto de varios, y, por consiguiente, como un todo plural.

*
* *

La tendencia entre literatos hoy día es á emplear en plural el verbo ó el adjetivo que se refiere á varios sujetos. Esta tendencia existía también en tiempo de Cervantes, ó mejor dicho, entonces había libertad en el empleo del singular ó del plural. La tendencia moderna se debe á los gramáticos que han enseñado esa regla del plural. Esa no es razón para tener lo contrario en Cervantes, por descuido. Esos gramáticos han atado la construcción castellana. ¡Gran servicio, por cierto! Y esa atadura la tienen por más lógica, digo mal, por únicamente lógica. Lo será, como he dicho, en la lógica de tales gramáticos, no en la lógica castellana, que de suyo es libérrima, y nos la están trabando en muchas cosas que es una compasión. Pero campee la verdad, ante todo. Cervantes no puede ser tachado de descuido por esa libertad, como ni por otras parecidas. Ni esa regla debe constar en las gramáticas como

regla del castellano, sino como *tendencia moderna*, y como tendencia debida al artificio literario y nacida en la hueca mollera de dómines sandios y cortos de vista.

Eso de llamar *descuidos* á lo que no se ajusta con nuestras reglas, aun en el caso de que éstas fueran reflejo de la realidad de los hechos, indica, por lo menos, aviesa manera de concebir el lenguaje.

El lenguaje vive en continua evolución, y lo que hoy nos parece mal ó descuido, estaba bien en otra época. César fué un descuidado, un tío Calzorras, pues nunca usó medias á pesar de que Suetonio le tilde de extremadamente esmerado en su manera de vestir. Eso se dice, cuando se tacha de descuidado á Cervantes en cosas que eran del habla de su tiempo y que no lo son del habla actual. Porque, cuando se trata de puntos como el que acabo de exponer, lo que hay que decir es que nuestros mayores no iban á aprender el castellano á París para que les pusiesen trabas, tenidas por muy lógicas, en su hablar; y que nuestros gramáticos y escritores, desentendiéndose del habla del pueblo, que es el habla castellana, se han ido fuera de casa á traer modas que no ajustan á nuestro talle.

JULIO CEJADOR

LOS ÉMULOS DE MORATÍN

En la representación de las tres últimas obras dramáticas de Moratín, desde *La comedia nueva ó el café* (1792), *El Barón* (1803) y *La mojigata* (1804), hasta el aspecto de la clase social del público del teatro había cambiado. La buena sociedad, retraída de los coliseos por el chabacanismo del arte y la ineptitud y extravagancias de los autores, volvió á hacerse presente en palcos y lunetas. En la representación de *El sí de las niñas* (1806) quedó bosquejado el teatro social del porvenir. Aquello no fué una representación, sino un verdadero besamanos de veintinueve días continuados. Pero ¿estaban ya vencidos los émulos de Moratín? Los cimientos de la reforma del teatro urbano nacional estaban echados; con todo, los enemigos de *Inarco Celenio* estaban en pie y no eran todos los que podían señalarse con la mano.

Más de un año había transcurrido desde la representación de *El sí de las niñas* y de su impresión en las prensas de Villalpando, cuando el 14 de Marzo de 1807 presentóse una instancia al protector de Moratín, el Príncipe de la Paz, y al solapado enemigo de éste y de los protegidos todos del gran ministro, el marqués Caballero, que desempeñaba la secretaría universal de Gracia y Justicia, en queja contra el juez de imprentas D. Juan Antonio Melon, por no haber concedido licencia al testafarro D. Bernardo García para publicar un papel en que, con la firma anónima de *Un vecino de Guadalajara*, se criticaba juntamente *El sí de las niñas*, de INARCO

CELENIO, y las *Odas* de D. MANUEL JOSÉ QUINTANA y de D. JUAN BAUTISTA ARRIAZA al *Combate de Trafalgar*. Al golpe conoció Godoy de dónde venía y á dónde paraba el tiro; pero cuando se le presentó su instancia al despacho del mismo día, al margen decretó, como tenía de costumbre: «No hay inconveniente». Con todo, este decreto no se comunicó por escrito al interesado.

Pasados otros diez días, el bueno de D. Bernardo recurrió de nuevo á Caballero, y esta vez con dos papeles, uno público y otro particular y privado. En el primero repetía su solicitud; pero en el segundo había ciertas confidencias á manera de denuncias, á que García sabía que el ministro de Gracia y Justicia había de prestar benigno oído. El primero de estos memoriales expresaba que, «deseando imprimir la *Censura* de las obras referidas, de que acompañaba nueva copia, como crítica lícita de la comedia de Moratín y de las odas de Arriaza y Quintana sobre el combate del cabo de Trafalgar el 21 de Octubre de 1805, la había presentado al juez de imprentas, que la pasó para su examen á uno de los autores; que éste había sido de dictamen que no debía permitirse la impresión por no contener nada instructivo, útil ni deleitable, pero explicándose con expresiones generales, sin más pruebas ni autoridad que su opinión, la cual descubría una notoria parcialidad en favor de los tres autores criticados; pero en el nuevo papel se contestaban estos argumentos y se manifestaban más puntualmente las muchas equivocaciones de la censura, y los defectos poéticos de las tres piezas»; á pesar de lo que, la licencia impetrada se volvió á denegar absolutamente al cabo de cincuenta y cuatro días en que se había detenido esta contestación.

Entrando con intención capciosa en otro género de argumentos, la nueva solicitud decía:

«El crédito que logran en el público los tres autores criticados, en especialidad Moratín y Quintana, exigía desde luego el mayor pulso y cuidado en la censura de sus obras, para no chocar contra el torrente de la opinión pública por la mul-

titud de apasionados y entusiastas de su mérito poético; y por lo mismo, era preciso que los defectos que se expusieran al público, de estas tres piezas, fueran muchos, sustanciales, claros, hasta tocar en el punto de la evidencia, contrarios á las principales reglas de la poesía de que tratan todos los autores más clásicos en ella, y que se manifestasen con sencillez y moderación hacia sus personas. Todas estas circunstancias se han tenido muy presentes en esta crítica, y todas se hallan en ella, habiendo rebatido con la mayor fuerza las débiles razones del censor y probado geoméricamente sus equivocaciones con las mejores y más corrientes doctrinas en esta materia, y los muchísimos defectos de estas tres piezas; y por lo mismo parece que el prohibirse esta impresión es una parcialidad conocida hacia los tres autores expresados, que no puede permitir la notoria justificación de V. E., ni sus grandes conocimientos en la literatura, por los perjuicios que resultarían á los progresos de ella, de que así se inutilicen las críticas moderadas que tanto han contribuído á aumentarlos, como así se observa en otras naciones».

Todavía la astucia de los que se escondían tras la ignorante irresponsabilidad de García, tocaba en este memorial otro punto de la mayor habilidad: el que se refería á la intermediación del Príncipe de la Paz en este asunto, sabiéndose como se sabían las hondas predilecciones que éste tenía por Moratín. La solicitud á continuación hería esta dificultad de la manera siguiente:—«Como la comedia *El sí de las niñas* está dedicada al serenísimo señor Príncipe de la Paz, me pareció sería en algún modo faltar al respeto que se merece su persona tratar de publicar la crítica de una obra dedicada á S. A. S. sin ponerlo antes en su noticia y tomar su venia; y á este fin he dirigido á dicho serenísimo señor una representación en 14 de éste, en que le expuse se dignase declarar su voluntad de si tenía algún reparo en que se diese al público la crítica de esta comedia. S. A. S. puso al margen de esta representación el decreto de *No hay inconveniente*, lo que, sin duda, de orden de S. A. me

hizo saber *de palabra* en esta corte, la noche del día 16 de éste, su secretario D. Manuel Carrasco, manifestándome dicho decreto».

La carta reservada era de mayor curiosidad:—«Aunque en la representación adjunta, decía en ella á Caballero, doy alguna idea de los motivos que han impedido la publicación de la *Carta crítica* contra la comedia de Moratín *El sí de las niñas* y las dos *Odas* de Quintana y Arriaza, hay otros más poderosos, que de intento he omitido en el recurso de oficio, por no ser justo nombrar en él á nadie, y que voy á manifestar á V. E. en esta carta reservada, para su debido conocimiento. Moratín y Quintana, dos de los autores criticados, son unos de los censores de que se vale el Juzgado de Imprentas para las obras de poesía y demás ramos de literatura de su conocimiento, y además, el primero tiene una amistad tan íntima con el juez de imprentas, D. Juan Antonio Melon, que para todo cuenta con él como persona adicta enteramente á sus opiniones y dictámenes: de forma que, cuantás obras de estas materias se presentan, tantas pasan bajo su inspección y voto, sepultándose en olvido las que sean contra sus principios ó contra alguno de los *de esta trunca de eruditos*, que tiene también formado su sistema en este ramo literario, á semejanza de los médicos del día, que, asidos obstinadamente á sus remedios estimulantes, narcóticos y eméticos, van acabando bien apriesa con el género humano. Los dichos censores acabarán igualmente dentro de poco con la afición á las ciencias, con el gusto de escribir y con los talentos, queriendo sujetar los trabajos á su nuevo sistema destructor y á que ellos solos sean los que arreglen y publiquen sus obras.

»En comprobación de este concepto, que es general en Madrid, se escandalizó el oficial de la secretaría del Juzgado de Imprentas cuando se presentó la *Carta crítica* en cuestión y supo que era contra Moratín y su comedia *El sí de las niñas*, explicándose á su modo con estos términos:—*¡Jesús, hombre! ¿Qué trae usted aquí? ¿Contra un Moratín se atreve usted á es-*

cribir? ¡Vaya, vaya! ¡No le arriendo á usted la ganancia!—Las propias ó mayores exclamaciones hizo el impresor á quien tanteé para ver á cuánto podía subir la impresión, aunque se explicó por otro estilo; pues este juicioso y hábil artista me desengañó desde luego que no se le daría el pase á esta *Crítica* por ser contra Moratín, uña y carne, según él dijo, de Melon; pues apoderados aquél, Quintana y otros ingenios del ánimo del juez, tenían perdido el arte de la imprenta, sepultadas muchas obras de mérito, sólo porque no eran de los de *su trinca* ni de su modo de pensar, y que apenas tenían que trabajar los impresores con estos partidos y sistemas. Todo esto nace, proseguía, del amor propio de estos autores, y la violencia que cuesta á uno descender del alto puesto y concepto en que el público le ha colocado ó él se ha sabido poner con maña. En efecto, á un Moratín que realmente sobresale entre los autores dramáticos de nuestros días, los Comellas, los Zavalas y otros miserables autores y traductores de piecitas francesas, que han corrompido el teatro y que han recibido del público los más altos elogios por sus comedias, y que en cafés, tertulias y teatros acoge y defiende con furor su mérito, no puede serle indiferente en que al público, ciego adorador de sus producciones, se le desengañe, manifestándole los errores de sus comedias; y por esto, si tiene poder y facultad para sepultar estas críticas, como se la proporciona su amistad con Melon, es consiguiente que lo haga, si son justas y arregladas, y que no las permita si son disparatadas, porque así como las unas deprimirán el mérito, las otras lo realzarán. La comedia *El sí de las niñas* está llena de faltas de inverosimilitud y carácter en todos los personajes de ella, contándose más de veinte de estos defectos. La moral también es de malísimo ejemplo: ridiculiza sin necesidad las monjas y los conventos de éstas, destinados para educación de las niñas, señalando y nombrando el que hay á este fin en Guadalajara. Las casas religiosas, como asilos de piedad y de virtud, no son á propósito para sacarlas al teatro, y menos para ridiculizar á sus individuos, atribuyén-

doles descuidos voluntarios y poco fundados en unas casas religiosas que por su instituto deben excitar el respeto y veneración de los católicos. ¿Y es justo que haya un católico que le advierta al público el veneno que envuelve en sí esta sátira, para que se vaya con tiento en celebrarla y se persuada que no es lícito ni aun á los ingenios de primer orden excederse en sus escritos con estas bufonadas indecentes é irreligiosas, llenas por otro lado de defectos capitales contra las principales reglas de la poesía? Esto es lo que se hace ver con toda consideración en los papeles que no se me han permitido publicar, y por lo mismo espero que enviándolos V. E., bien sea al Seminario de Nobles, donde hay excelentes sujetos, ó á los Estudios de San Isidro, Escuela Pía, Universidad de Alcalá ó cualquiera Cuerpo, para que le informen del mérito de ellos, atajará todos estos inconvenientes y dejará libertad para que cada uno manifieste al público sus ideas».

No era preciso ser muy lince para adivinar qué manos y qué sentimientos impulsaban estas querellas valiéndose del testafarro de Bernardo García; de modo que puede decirse que en agua de rosas se bañó las manos el marqués Caballero para decretar, apoyado en las razones que *reservadamente* le daba el suplicante, que el asunto pasase «al Inquisidor General para que informase por lo perteneciente á la religión y buenas costumbres» (14 de Abril de 1807). De los odios que contra sí Moratín concitaba, nada hay que hablar que no se sepa; si los que le levantó la revelación en el primor de la caricatura humana con los personajes de *El Café* estaban lejanos, no lo estaban los de las rivalidades que despierta siempre todo reformador, y sobre todo los nuevos que le había creado desde 1793 su plan tan discutido para la reforma de los teatros, enfrente del cual se opuso el que formó D. Santos Díez González, cuyas intrigas alcanzaron que el suyo fuera preferido al de Moratín, pero no que éste dejase de ser nombrado *Director de los Teatros*, ofensa que no se le perdonó ni aun después de haber renunciado este cargo tan pronto como le fué dado conocimien-

to oficial de él (25 de Noviembre de 1799). Respecto á Quintana, las animosidades de los que no estaban *en la trinca* de Melon se fundaban en su reciente nombramiento para el cargo de censor de teatros (24 de Mayo de 1806), que estaba vacante por el fallecimiento de D. Casiano Pellicer, que lo había desempeñado, y para cuyo puesto se cruzaron las pretensiones del catedrático de Sintaxis de los Reales Estudios de San Isidoro, D. Joaquín Ezquerro; D. Demetrio Ortiz, del gremio de la Universidad de Salamanca; D. Jacinto Manrique, catedrático de Latinidad de la Real Casa de los Caballeros Pajes; D. Carlos Bosch y Mata, oficial de la Real Biblioteca; D. Antonio Salas, catedrático de Humanidades del Real Seminario de Nobles; D. Juan Antonio Pellicer y D. Domingo Dueñas, todos pertenecientes á alguno de los establecimientos literarios, adonde D. Bernardo García solicitaba que se enviasen á censurar los papeles que había escrito ó que con su nombre presentaba con pretensión de imprimirlos contra Moratín, Quintana y Arriaza. Contra este último, en realidad, no existían las mismas pasiones hostiles que contra Moratín y Quintana, pero su nombre se hizo jugar con el de éstos para disimular mejor los sentimientos enconados contra éstos.

D. Manuel Silvela, en la *Biografía de Moratín*, dice que la tempestad que trató de formarse al hacer intervenir á la Inquisición en estas denuncias «se desvaneció con la presencia del Príncipe de la Paz». En realidad, contra él, más que contra sus hechuras, iba el tiro. La mano alevosa que se escondía tras el arriesgado testaferro D. Bernardo no iba esta vez á herir á Moratín por Moratín, ni á Quintana por Quintana, el cual, desempeñando la secretaría de la Real y Suprema Junta de Comercio y Moneda, en la que Melon era ministro, y casi *fac-totum*, también, había tenido ocasión de revelar sus varias y grandes aptitudes para todo, con la que aquella *trinca*, ávida de hombres de verdadero talento con que sustituir las corrompidas ineptitudes del favor y de la rutina, le habían dispensado aquella protección, que es más un reconocimiento de

facultades que se desean fecundar, que una designación de la arbitrariedad ó del capricho. Quintana ya había venido desempeñando en la Imprenta Real el encargo que se le dió de corregir y adicionar las obras de Humanidades que se imprimieran por cuenta del establecimiento, había publicado y adicionado, en virtud de este encargo, el *Salustio hispano-latino*, del serenísimo señor infante D. Gabriel, y los seis tomos de la *Colección de poetas castellanos*, corregido el *Quijote* y aumentándolo con la vida de su autor, y compuesto más de treinta sumarios de las vidas de *Varones ilustres españoles*, que se imprimieron con sus retratos. Tenía títulos suficientes para la *Censura de teatros*, que se le dió, y en realidad su elección no debía suscitar las rivalidades que se escondían tras los papeles de D. Bernardo García. Mas siendo hechura de Melon, se le conceptuaba hechura del Príncipe de la Paz, como lo era Moratín y aun Arriaza; y aunque en las denuncias hechas para que fueran las obras de los tres á las manos del Tribunal terrible no había *chorizos* ni *polacos*, contienda de ingenios ni cuentas de contaduría, público de lunetas ni declamadores de patio, el blanco para aquel asalto se buscaba por choques de reflexión, pues lo que se quería poner á prueba era el prestigio de Godoy. En la complicidad del hecho entraban ministros y palaciegos, generales y prelados, primogénitos de grandes y monseñores; y el ojo de Melon acusó en sus apuntes, como intermediarios entre el centro donde se fraguó esta trama y el honrado y religioso testafarro que la llevaba adelante, á los hijos del conde del Campo de Alange, al primogénito D. Manuel María Negrete y Adorno, y á su hermano monseñor Agustín María, protonotario apostólico y arcediano de Mora, en connivencia con otros hijos de grandes, de los que para galantear las damas de los teatros se hacían compinches de los ingenios que los explotaban, y á otras personas de mayor suposición, entre las que se contaba el siempre desleal ministro marqués de Caballero.

El decreto de éste se expidió el 14 de Abril, y el inquisi-

dor general no evacuó su informe hasta el 4 de Junio, en Aranjuez. Su contexto era el siguiente:

«En cumplimiento de la Real orden que V. E. me dirigió en 14 de Abril próximo pasado, para informar lo que se me ofreciese y pareciese sobre la solicitud que ha hecho á S. M. D. Bernardo García, para que se le permita imprimir la *Carta crítica* anónima que escribió *Un vecino de Guadalajara* sobre la comedia *El sí de las niñas*, publicada por INARCO CELENIO, y otras dos *Odas* que con motivo del combate naval de Trafalgar dieron á luz D. Manuel José Quintana y D. Juan Bautista Arriaza, cuya licencia de impresión se había negado en el Juzgado de Imprentas al expresado García, sin embargo de la contestación que se dió á la censura presentada en el mismo, he mandado examinar la mencionada comedia *El sí de las niñas* á cinco calificadores, á saber: dos curas párrocos de Madrid y tres maestros de distintas órdenes religiosas, los cuales convienen unánimes en que la expresada comedia no contiene proposición ni cláusula alguna digna de censura teológica y, por consiguiente, que sea contraria á la religión y buenas costumbres, y que esto mismo sucede en las *Odas* compuestas por Quintana y Arriaza. No puede negarse que la publicación del papel presentado por García ofrecería, como él mismo expone, dos utilidades de bastante consideración si se diese á la prensa. La una, el hacer más cautos á los autores cómicos en sus composiciones teatrales, para que se abstuvieran de mezclar con ellas asuntos equívocos é inconsiderados que coinciden en algo con los puntos religiosos, y que, aunque en sí no sean malos, atendida la calidad del teatro, de los farsantes y de los espectadores, pueden dar motivo á profanaciones y á interpretaciones malignas. La otra utilidad que propone García es la de fomentar los adelantamientos de la bella literatura y del buen gusto, que con la crítica y contestaciones mutuas adquieren su mayor rectificación y firmeza. Mas, á pesar de estas utilidades, debe tenerse presente en el caso del día que el espíritu de partido, el acaloramiento y la animosidad

que sugieren la *Carta crítica*, la contestación del anónimo y el recurso hecho por D. Bernardo García contra el juez de imprentas, contra los censores de su Juzgado y contra la comedia publicada con las licencias necesarias y autorizada con la respetable dedicatoria que la exorna, presentan un cúmulo de inconvenientes tan abultados que hacen perder de vista, si no las expresadas utilidades, á lo menos la proporción de los medios con que se aspira á conseguirlas. Por todo lo cual me parece que será lo más prudente el negar á García el permiso que solicita para imprimir los manuscritos que ha presentado con los impresos, que devuelvo, dejando correr éstos libremente, y que se sobresea en estas contiendas literarias, para no dar motivo á que se enciendan más los ánimos de los escritores, con perjuicio de unos y de otros y con ninguna edificación y ventajas del público. Y para evitar en lo sucesivo el perjuicio que podía seguirse á la religión y al Estado en la impresión de los escritos de este género y de las comedias, que deben ser dirigidas á la reforma de las costumbres por medio de una diversión instructiva é inocente, sin enseñar otras máximas perjudiciales á la tranquilidad y al orden público, como las que se leen en la comedia, recientemente mandada recoger por S. M., *El falso Nuncio de Portugal*, y otras semejantes, entiendo que sería muy conveniente se expidiese Real orden al juez de imprentas para que no permita la impresión de piezas teatrales ni cualesquiera otras obras que se hallen intempestivamente exornadas con asuntos eclesiásticos ú otros equívocos é inconsiderados que por las circunstancias de los tiempos, del teatro, de los farsantes y de los espectadores, puedan dar margen á profanaciones irreligiosas, á interpretaciones malignas y á sugerencias eversivas del orden público, de la armonía entre el Altar y el Trono ó entre la educación cristiana y las diversiones autorizadas por el Gobierno».

No hay que decir que después de este informe era indispensable esperar la Real orden que se expidió en Aranjuez el 15 de Junio siguiente, la cual abrazó dos puntos cardinales: la

negación absoluta á las pretensiones de García y el mandato al Juzgado de Imprentas y de Teatros para que en lo sucesivo no se concedieran licencias ni para imprimir ni para representar obras teatrales que «intempestivamente se hallen exornadas con asuntos eclesiásticos ú otros equívocos ó inconsiderados que por las circunstancias de los tiempos, del teatro, de los comediantes ó de los espectadores, pudieran dar margen á profanaciones religiosas, á interpretaciones malignas ó á sugerencias eversivas del orden público, de la armonía entre el Altar y el Trono ó entre la educación cristiana y las diversiones autorizadas por el Gobierno». Mas si con esto se acalló por el momento á los émulos de Moratín, de Quintana y de Arriaza; si después de las revoluciones políticas del año siguiente de 1808, Moratín, en el campo donde prevalecían los partidarios del rey José Napoleón, Quintana y Arriaza en Cádiz, centro de la protesta y de la defensa nacional contra la invasión y las obras de las armas y de las ideas de Napoleón en la Península, tuvieron algunos años de completa licitud para la publicidad ó la representación pública y libre de sus obras, cuando la reacción vino, después de la expulsión de los franceses y del rescate del rey Fernando VII, la vena de los odios volvió á destaparse, lo mismo contra Moratín que contra Quintana, que no sólo sufrieron la proscripción de sus personas del suelo de la patria y otras aún más rigurosas persecuciones, sino que la saña de esta proscripción se unió inexorablemente á sus obras. Los émulos de Moratín en 1815 lograron que, por un edicto publicado por el inquisidor general restablecido en 22 de Julio, se mandase recoger, entre otra multitud de obras teatrales, *El sí de las niñas*, de Moratín, á fin de impedir que pudiera ser representada en los teatros públicos ni privados. El pretexto para esta recogida fué «el de reconocerla y examinarla». Mas de la misma manera que en 1806 y 1807, Moratín tuvo quien le pusiera á cubierto de toda agresión jurídica personal en la presencia del Príncipe de la Paz, como escribió Silvela, después de la segunda época constitucional, es decir, des-

pués de 1826 y hasta 1827, erigióse en defensora de su obra y de su nombre... ¿quién? una mujer, aquella actriz Josefa Virg, que Moratín buscó en 1806 para que la representase en su estreno en el teatro de la Cruz. La relación de este suceso se hace en un informe que en 2 de Mayo de 1827 dió sobre esta obra teatral, á instancias del Ministerio del Interior, el entonces censor político de teatros, D. Francisco Caballer Muñoz. Este documento, también precioso, dice así:

«En cumplimiento del decreto que antecede, he examinado este expediente, en el cual la actriz de carácter jocoso del teatro de la Cruz, Josefa Virg, solicita, por las razones que expresa, que V. S. se sirva declarar que la comedia del célebre poeta español D. Leandro Fernández de Moratín, titulada *El sí de las niñas*, puede representarse en los teatros de esta corte; y con presencia de todo, debo manifestar á V. S. que la comedia que desea ejecutar la referida actriz es sin disputa una de las mejores piezas dramáticas que se han presentado en el teatro español acaso de muchos años á esta parte, y ella fué recibida con tan general aplauso, que cuando se dió al público en el año pasado de 1806, que se representó con todas las licencias necesarias en el teatro de la Cruz, se ejecutó veinte y nueve días seguidos, con tan grande entusiasmo del pueblo madrileño, que produjeron las entradas 196.000 reales vellón, habiendo cesado su representación porque se concluyó con ella el año cómico. Así siguió, siempre con igual aceptación, hasta que en el año de 1815, por edicto publicado por el señor Inquisidor general en 22 de Julio del mismo año, se mandó recoger, con conocimiento de S. M., entre otras muchas obras, para reconocerla y examinarla, cuyo último extremo no ha tenido efecto hasta el día, resultando de aquí un conocido perjuicio á su autor y á la compañía cómica, privándoles, al primero, de su venta, y á la segunda, de la utilidad que hubiera sacado de una tan buena como acreditada pieza, que tanto honra al ingenio español. Sin embargo, en la época desgraciada del sistema revolucionario constitucional se re-

presentó en dicho teatro de la Cruz, con la misma aceptación que anteriormente, en los días 15, 16, 17 y 28 de Noviembre de 1820, habiendo producido una considerable cantidad de reales; todo lo cual manifiesta no sólo la perfección y belleza de la comedia, sino que también el gusto con que se miran por los españoles las buenas producciones de sus ingenios, con lo cual el público ilustrado premia, por decirlo así, á sus autores los muchos afanes y trabajos que les cuesta una obra completa como la de que se trata. Así las cosas, y no habiéndose representando más desde dicha fecha la referida pieza, restablecido S. M. felizmente á su soberanía según y en los términos que la hubo y heredó de sus augustos predecesores, los cómicos esperaron justamente el examen y reconocimiento de dicha comedia, lo que tampoco tuvo efecto, ni ya puede tenerlo por ahora, por no haberse dignado S. M. todavía restablecer el Santo Tribunal de la Inquisición, el cual, y no otro, habrá de hacer el reconocimiento y examen de la misma, pues que él fué quien mandó recogerla para dicho intento. Quedó, pues, en olvido *El sí de las niñas*, tan aplaudido de nacionales y extranjeros, hasta que la casualidad hizo que la benemérita y singular actriz Josefa Virg se trasladase al Real Sitio de Aranjuez el año 1825, é invitada por personas de buen gusto y conocedoras de sus talentos y mérito á que ejecutase una comedia en aquel teatro, le ocurrió la feliz idea de representar la pieza referida de *El sí de las niñas*; pero como ésta estaba recogida para su examen con conocimiento de Su Majestad, según el expresado edicto, se presentó al rey nuestro señor, para obtener, como era justo, su Real permiso, y S. M., lleno de la bondad que le es tan natural y amante siempre de la literatura y mérito, concedió á dicha actriz su Real licencia para la representación de *El sí de las niñas*, que ejecutó con todo aplauso; cuyo Real permiso renovó la bondad de S. M. en el año siguiente de 1826, en el Real Sitio del Escorial, para el beneficio de la misma actriz, que fué acogida y aplaudida por el público como siempre, así por su mérito

como por el de la pieza de que se trata. Tal es la historia exacta de *El sí de las niñas* desde el día primero que se dió al público en el teatro de la Cruz hasta en el que la expresada Josefa Virg ha acudido á V. S. con la solicitud referida al principio, contenida en su *Memorial* de 17 de Abril último y que V. S. se ha servido pasarme para que informe lo que se me ofrezca y parezca sobre el particular. Fundado, pues, en los antecedentes referidos, no puedo dejar de manifestar á V. S. que la comedia *El sí de las niñas* no está, á mi entender, prohibida, según el mencionado edicto, sino recogida para examinarse por un Tribunal que en el día no existe, y que, habiéndose dignado S. M., con cuyo conocimiento se recogió para el indicado fin, conceder por dos veces su Real permiso para la representación de dicha comedia, yo no dudaría un momento, manifestada como está ya la voluntad soberana, en permitir la ejecución de *El sí de las niñas* y en que ésta se representase según y como se ejecutó hasta la citada suspensión, puesto que obtuvo todas las licencias necesarias, si el respeto debido á S. M. no me hiciese concebir la idea justa de que pudo, cuando concedió su Real permiso, ser su ánimo soberano el que sólo se representase en los teatros de los Sitios Reales; y para que V. S. pueda resolver sobre el particular con el acierto que acostumbra, sin exposición alguna de desagrado, y evitar cualquiera inesperado accidente que pudiese sobrevenir, soy de parecer que V. S., si lo cree oportuno, eleve al conocimiento de S. M. la solicitud de la actriz Josefa Virg, á fin de que, si lo tiene á bien, se sirva extender á los teatros de Madrid la Real gracia dispensada á los de los Reales Sitios de representar la comedia *El sí de las niñas*; haciendo presente á S. M., en apoyo de la solicitud, no sólo lo que queda expuesto, si que también que dicha comedia podrá producir á los teatros de la corte una conocida utilidad, de la cual tanto necesitan, así para el pago de los atrasos en que se se encuentran, como para atender á los grandes gastos que se les ocasionan con la nueva diversión de la músi-

ca que dan al público, que no deja de serles muy costosa.»

Es necesario arribar á la época en que, muerto Fernando VII, tuvieron principio sólido y fundamental las instituciones representativas y el régimen sostenido de la libertad política y civil, para que el teatro de Moratín, desembarazado de las trabas que durante más de cuarenta años le había creado la obstinación de sus émulos, pudiera salir al relieve verdadero de su mérito sin aquellas dificultades. Pero la cuestión era que en ese lapso de tiempo las ideas y las costumbres sociales se habían transformado completamente; que el teatro había tomado de improviso nuevos vuelos propios de inspiración nacional, en los cuales no sólo se había dibujado brillantemente el drama de nuestro especial período romántico, con las producciones del duque de Rivas, García Gutiérrez, Hartzenbusch y Zorrilla, sino que la comedia urbana, bajo las inspiraciones geniales de Bretón de los Herreros, se había convertido en la fotografía moral de la sociedad española, en medio de la profunda crisis que atravesaba para despojarse enteramente de todos los caracteres de su pasado. Con todo, en el año 1849, hallándose actuando en el entonces llamado Teatro Español la compañía dirigida por D. Joaquín Arjona, vínole en mientes volver á representar *El sí de las niñas*, desde el miércoles 18 de Abril hasta el lunes 23. Todo el público educado ya en la comedia bretoniana y en el drama trágico-histórico, que tanto tiempo había estado en auge, concurrió anhelante á saborear la obra insigne del reformador afortunado del teatro moderno nacional. Dirigía á la sazón, aunque entonces de edad muy joven, el periódico *La Patria*, fundado por el inolvidable estadista D. Joaquín Francisco Pacheco, el después tan ilustre D. Antonio Cánovas del Castillo, y él mismo, como á la sazón fué bastante frecuente, tuvo gusto en descender del fondo político al artículo crítico de teatros, en el número correspondiente al lunes 23. En este artículo Cánovas escribía: «El triunfo de Moratín en el Teatro Español debe contarse por uno de los más señalados acontecimientos que

haya visto nuestra escena tiempo hace. No se trataba sino de vindicar la gloria de un hombre, aunque este hombre fué una de las mejores flores de nuestro Parnaso, que por el falso genio y la ignorante arrogancia de casi todos nuestros poetas jóvenes, era mirado con desdén, y decimos mal con desdén, hasta con ceño. Ni se ha limitado el triunfo á justificar una escuela de arte perdida acaso y para siempre en el porvenir, mas no por eso menos ilustre, mirada por el prisma del pasado. Para nosotros, que no vemos en el arte hechos absolutos y aislados, sino relaciones necesarias y armónicas, el triunfo de Moratín tiene más importancia que todo esto. Es una idea de lo que se ha rehabilitado, siquiera sea por pocos instantes; es una sociedad entera á la que hemos hecho justicia: la sociedad de nuestros padres, que se levanta delante de nosotros como una cosa á medio olvidar, como una reminiscencia casi perdida, como un remordimiento para algunos y como una esperanza para los demás». Cánovas, á quien entre los aplausos conquistados por los sobresalientes dramaturgos de aquella época que habían sabido imprimir al teatro español, movido por las auras del romanticismo francés, un marcado sello nacional, veía invadida nuestra escena, insaciable en devorar producciones y más producciones, y para cuyas exigentes necesidades se hacía necesario suplir el relleno de lo que aquí no se producía con tanta abundancia, con el transporte de las obras del país vecino, que como una peste ahogaba los esfuerzos del talento español, al ver representados por la compañía de Arjona aquellos personajes de *El sí de las niñas*, tan diestramente tomados del natural de la antigua y sana sociedad española por el genio de Moratín, no podía dejar de sentirse entusiasmado, diciendo: «Aquí, aquí está la fuente del saber y la savia del ejemplo: este D. Diego, tan generoso como enamorado, es enteramente español; esta doña Inés, tan bien determinada por su intérprete la señora Llorente, tan simple, pero tan bien intencionada, es enteramente española; y en toda la contextura de *El sí de las niñas*, el ambiente nacional es el que forma la ma-

gia del arte supremo con que la realidad de la vida es llevada por Moratín á la escena». Después de estos juicios, Cánovas vindicaba á Moratín de las imputaciones de vulgaridad y frialdad que le habían dirigido, á título de críticos, sus obstinados rivales. Su encanto era la modelación de aquel D. Diego, que por lo que tenía de español y de noble, no era un viejo ridículamente enamorado, como lo hubiera concebido Scribe ú otro cualquier autor en Francia, y que lo habrían presentado con los grotescos delineamientos de los sainetes en boga. El teatro de Moratín, desde aquella fecha, desde la representación de Arjona y la crítica de Cánovas, dejó de ser el blanco contumaz de la emulación que á aquel ilustre autor siguió durante toda vida y mucho tiempo después de su muerte. En lo sucesivo se representó con más frecuencia, y aunque modelado por la fisonomía moral de otra sociedad, de otras ideas y de otras costumbres que las que después han prevalecido, siempre toca al fondo del ideal español, como tocan las reminiscencias del teatro clásico de Lope y de Calderón, que entrañan siempre las envolturas de nuestro carácter. Los émulos que en vida tuvo, los que le mordieron durante su larga proscripción, y hasta después de la muerte, pasaron, y sus nombres fueron borrados eternamente de la memoria humana por la muerte. El nombre de Moratín vive siempre con el resplandor de sus obras. ¡Tales son en la humanidad los éxitos de la envidia! Afligen momentáneamente; pero cualesquiera que sean los resortes de que se valga, son insuficientes al cabo para disminuir ni un átomo de su gloria permanente, á los que por encima de la saña de la emulación imponen el triunfo definitivo de su mérito en el valor permanente de las obras que dejan al respeto y á la admiración de la posteridad!

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

RECUERDOS

Emprendí, como decía en el artículo anterior, mi viaje de Madrid á Londres por etapas, combinando horas y trayectos de manera, que nunca había de hacer noche en el camino.

El primer trayecto fué hasta Valladolid, y en Valladolid me detuve dos días visitando, entre otras cosas, una casa de dementes en que estaba hacía muchos años un lejano pariente de mi familia. Era deber piadoso.

Y como fué la primera casa de locos que visitaba, produjo en mi espíritu gran impresión; triste, dolorosa y dramática, mezclada con notas cómicas todas crueles.

¡Quién sabe si en la casa de dementes de Valladolid estaba el germen de algo que me sirvió mucho después para escribir la escena de los loqueros de mi drama *O locura ó santidad!* Los gérmenes se van sembrando, y más tarde brotan.

Es el único recuerdo recogido en aquel viaje, que conservo de la simpática ciudad castellana; después la he visitado muchas veces.

En la segunda etapa llegué á Burgos, y también me detuve dos días visitando, entre otras cosas, como era de rigor, su admirable catedral, encaje de piedra, y acaso única en el mundo. También fui á las Huelgas, y aquí la memoria no me da más que una impresión: sombras blancas pasando tras una gran reja.

Las demás sensaciones convertidas en recuerdos se refieren á la fonda en que paré, la cual fonda estaba situada enfrente

de un *cuartel*, y á una sala que nos servía de alcoba, tan sobria de adornos como de muebles, con piso de madera y dos balcones que daban, como he dicho, al cuartel de enfrente. Mucho frío en esta alcoba por las mañanas y al acostarme, y mucho frío en el espolón al caer el día.

Mecanismo extraño es este de los recuerdos: no son las cosas más dignas de ser recordadas las que mejor se recuerdan.

Lo grande, lo hermoso, lo artístico, se borra muchas veces al poco tiempo, como figuras trazadas en un encerado sobre el cual se pasase una esponja.

Y en cambio objetos insignificantes, vulgarísimos, que no nos interesan ni nos han interesado nunca, quedan grabados como si en el encerado hubiera mordido un cuerpo duro.

Yo no recuerdo de la catedral más que sus líneas generales, y estoy viendo en este instante el piso de madera encerada de mi alcoba, los dos rectángulos de luz de los dos balcones, y por ellos el cuartel que hacía frente á la fonda.

En la tercer etapa fuí á parar á San Sebastián; pero como en San Sebastián he estado después muchísimas veces, los nuevos recuerdos á este primer recuerdo se superponen, y ahora tengo ante mi vista el San Sebastián de hoy, que debe ser muy distinto del que vi la vez primera.

En la cuarta etapa llegué á Burdeos, y Burdeos produjo en mí gran efecto, más efecto aún que Marsella; pero de esta primera visita á una de las más ricas ciudades de Francia conservo una nota desagradable que, dados mis gustos culinarios, era para mí nota importantísima, y que resultaba por todo extremo desafinada: y fué que comí muy mal. Desgracia fué, porque ya sé que en Burdeos se come muy bien, y muy bien he comido en otros viajes. Pero esta vez no pude comer peor.

No hay que decir si se desatarían en el interior de mi sér tempestades de enojo.

Ser una de las ciudades más notables de Francia, rica, comercial, espléndida, con sus grandes avenidas, con su sober-

bio teatro rodeado de monumentales columnatas, con la fila interminable de sus muelles, con su hermoso puente de hierro, por aquel tiempo notable entre los ingenieros por sus trabajos de fundación, con su ancho y obscuro río cargado de naves, con sus hermosas tiendas, con el hervidero de mujeres bonitas, robustos marineros y burgueses afanados en sus asuntos y negocios... ¡tanta riqueza, tanto lujo, tanta esplendidez, y con todo esto no ser capaces las fondas bordelesas de darme una comida mediana! ¡Y siendo, como era, la primera vez que me dignaba visitar aquel centro poderoso del comercio!

Dígame el lector imparcialmente si no hay motivo para renegar del comercio, de la industria, y de la civilización por añadidura. Si el progreso no sirve para preparar carnes tiernas y jugosas, platos bien condimentados, frutas, y del vino no hablo, porque por entonces yo no lo bebía, ¿para qué diablos puede servir el progreso?

Claro es que digo esto reflejando mis impresiones de aquella época; impresiones que se han modificado de todo en todo en otros viajes y en otras visitas á la noble y poderosa ciudad bordelesa. Recuerdo que algunos años después firmamos tratado de paz y simpatía Burdeos y yo en un *café-restaurant* que daba frente á la fachada principal del gran teatro.

Mis impresiones visuales, por decirlo de este modo, ya están señaladas: repetiré como resumen su relación.

Un río muy turbio y muy ancho y muy agitado, de corriente poderosa, como es corriente poderosa el comercio, aunque turbia muchas veces. Las grandes fuerzas en acción pocas veces se visten de armiños.

Una fila muy larga de muelles con enormes grúas, brazos de hierro gigantescos, que cogen fardos del buque y giran lentamente alrededor de sus hombros metálicos, y depositan en tierra su carga.

A lo lejos, sobre el río, una línea recta, severa, pero poco arquitectónica, como cuerpo estrecho y largo de enorme reptil que pasa el río sepultando sus patas metálicas en el agua.

El teatro, con la columnata que le rodea; y á su pie, cafés de menor cuantía. Enfrente, una gran avenida; á un lado, una calle estrecha llena de tiendas y de gente.

Esta es la primera instantánea que recogí de Burdeos; las siguientes han reforzado aquélla.

Se dirá que esto no es describir una población; pero tén-gase en cuenta que yo no trato de describirla. Se dirá que esto no es estudiarla ni en la fisonomía de sus gentes ni en sus faenas civilizadoras; pero, repito que yo no trato de estudiarla tampoco. Y en cuanto personas, sólo traté camareros del hotel y mozos de los *restoranes* en que probé fortuna, seres todos ellos de uniformidad cosmopolita.

¡Qué buena memoria tiene el rencor! Dos ó tres veces fui á un *restaurant*, que debía de ser de tercer orden, con un jardín que al pronto parecía bonito y que luego resultaba sucio y vulgar, con sus espejos de pacotilla, con sus palmeras imitadas en zinc, que concluyeron por desatar mi indignación contra aquellos convencionalismos antiartísticos. Muy pocas veces estuve en aquel *restaurant* de pega, pues bien recuerdo su nombre: se llamaba el *Chaperon Rouge*. Si existe, que lo dudo, supongo que con el tiempo transcurrido se habrán ido ablandando sus carnes y tendrán dátiles azucarados sus palmeras de zinc.

Salimos de Burdeos, y á la quinta etapa llegamos á París. ¿Qué decir de París?

Sólo diré que París cuanto más lo veo más lo admiro, más me asombra, más simpático me es.

Supongo, por lo tanto, aunque no se trata ya de un recuerdo vivo, sino de una hipótesis lógica, que la segunda vez me gustaría aún más que la primera.

Pero ya el viaje se iba prolongando demasiado. En Londres suponía yo que me esperaba impaciente mi amigo y deudo C. con su señora, pues íbamos á vivir en la misma casa el tiempo de la Exposición; y me decidí á pasar el estrecho, esperando sufrir otro tanto de lo que había sufrido en la primera

travesía, aunque resuelto también á poner de mi parte todo el esfuerzo de voluntad que pudiera para no marearme.

Bajé á la pequeña sala del vapor, y me senté en un extremo del diván que la rodeaba; dí á mi cuerpo toda la rigidez posible; dí rigidez y tensión á mi voluntad como á mi cuerpo; levanté mi cabeza como desafiando al destino; apreté el diván por uno y otro lado con mis manos, y me convertí en una verdadera estatua: estaba dispuesto á luchar con los balanceos y cabeceos del vapor.

Tomadas estas precauciones, miré en torno para enterarme del lugar de la escena.

Era una cámara bastante chica, en forma de herradura prolongada; en la base de la herradura estaba un mostrador, y detrás una cantina con vinos, cervezas y bebidas alcohólicas de diferentes clases.

A uno y otro lado del mostrador se veían dos pequeñas puertas, y de ellas arrancaban los dos ramales de la escalera que conducía á cubierta.

En el diván estaban sentados ó tendidos algunos pasajeros, á los que debían asaltar aprensiones y temores muy parecidos á los míos, porque todos tenían muy mala cara.

Toda aquella gente desde el primer instante me fué antipática y me causó molestia. Si temían marearse, ¿á qué venían al camarote? Mareáranse allá arriba, al aire libre, y sin provocar el mareo de ninguno de sus compañeros de viaje. ¡Qué egoísmo! Decididamente, el mareo desata todas las malas pasiones.

Muy cerca de mí, tan cerca que sólo nos separaba uno de los brazos del diván, habíase colocado en una actitud muy parecida á la mía, es decir, sentado, recto, rígido, un señor corpulento, sin barba ni bigote, con una sotabarba á lo marinero; y el caso es que debía sufrir bastante, porque observé en su frente anchas gotas de sudor.

De su pasado, nada sabía; por su presente, y por el porvenir que adivinaba, y por tenerlo tan cerca, me fué aún más antipático que los demás compañeros de viaje.

El vapor se puso en movimiento, y á los pocos instantes bajó un marinero, que me pareció de cara brutal, y hasta cruel, con una porción de escupideras superpuestas en forma de columna repugnante, y no muy firme; y dando la vuelta al diván, sin decir una palabra, con una indiferencia estoica y hasta con cierta sonrisa de desprecio, fué poniendo en el suelo, arrojándolas más bien, una escupidera delante de cada uno de nosotros.

Profunda indignación, mejor dijera, una tempestad de ira se desató dentro de mí.

¿Con qué derecho ponía la asquerosa escupidera delante de un pasajero como yo, que hasta aquel momento no había dado ningún indicio de mareo y que conservaba todavía toda su dignidad?

¿Quién le decía á aquel imbécil, que yo iba á marearme, ni tenía tal propósito?

¿Me conocía acaso?

¿Me había seguido en alguno de mis viajes marítimos?

¿Me había visto nunca en tan triste y ridícula situación?

Ponerme la escupidera delante ¿no era una verdadera provocación al mareo?

Dado que yo la hubiese necesitado, la habría pedido, que estas iniciativas del paciente deben partir, y no de gente extraña. ¡Qué solicitud tan estúpida!

Si nada le dije, si no le separé de mí con el ademán, fué porque en aquellos momentos críticos no me atrevía á moverme, ni aun á respirar con demasiada fuerza; pero separé con el pie la escupidera, á modo de protesta.

A todo esto, ya navegábamos en pleno estrecho, y habían empezado los balances.

Algunos pasajeros, gente avezada al mar sin duda alguna, ó refractaria al mareo, bajaban por uno y otro ramal de la escalera, se ponían delante de la cantina y bebían, bebían de todo con indiferencia, con desahogo supremo, hasta gruñendo en inglés frases que yo no entendía, y riendo unos con otros

como si no existiese ni el mar, ni su vaivén, ni sus mareos.

Aquello me pareció un alarde de mal gusto: bajaban sin duda para insultarnos á nosotros, pobre gente, pegados, asidos casi al diván, y esperando de un momento á otro las repugnantes bascas.

Mi vecino, el señor corpulento, se iba congestionando cada vez más; por las arrugas de su frente corrían arroyos de sudor, y su boca se entreabría de cuando en cuando siguiendo el ritmo de las bascas.

Yo me iba defendiendo gracias á esfuerzos increíbles de voluntad.

A cada momento miraba el reloj.

—Ya llevamos media hora, y todavía no me he mareado. Verdad es que me laten las sienes, que un agüilla agria me sube á la boca, y que el estómago ya empieza á agitarse; pero esto no es todavía el mareo. Es desagradable, pero estas manifestaciones de la ridícula enfermedad aún puedo dominarlas.

De reojo miro á mi vecino: ya se desató la corbata, respira como un cachalote, y hubo momento en que abrió la boca de una manera amenazadora.—¡Ya llega, ya llega!—pensé yo.

—¡Maldito—dije para mí,—cierra esa boca, ó vete al otro extremo del diván, que yo no te vea!

Y seguía el buque sin cuidarse de nosotros, y seguía yo sacando el reloj cada cinco minutos.

Ya llevábamos más de una hora de viaje: según mis cálculos y los informes que había tomado, nos faltaba poco tiempo para llegar á Dover.

Un poco de valor y de energía, y por esta vez me había librado del mareo; pero ya iba siendo tiempo de llegar, porque mis fuerzas se agotaban, mi voluntad cedía; iba sintiendo bascas y repugnancias en la garganta, y de cuando en cuando bajaba la vista hacia la escupidera que estaba delante de mí, y hasta hubo un instante de desfallecimiento en que, cercándola cariñosamente con los dos pies, la aproximé al diván.

—No importa; aún puedo resistir la tentación.

Miré de nuevo el reloj.

—Estamos cerca, muy cerca; sólo nos falta un cuarto de hora de marcha.

¡Ah, quién pudiera darle un empujón al tiempo, y otro empujón al barco, y otro empujón al vecino!

Sin embargo, aunque las angustias del mareo iban en aumento, aunque me encontraba en equilibrio inestable, iban creciendo mis esperanzas á cada minuto que corría.

En esto, mi endemoniado vecino se revolvió, dió un resoplido mayor que los anteriores, dos ó tres bascas enormes agitaron su corpulencia, su esférico estómago se contrajo como poderoso resorte, abrió el imprudente su enorme boca, buscó con los turbios ojos la escupidera, y el asqueroso cráter reventó, inundando el hueco del utensilio nauseabundo y las llanuras circunvecinas ó, de otro modo, el suelo del camarote.

No pude más: este espectáculo colmó la medida, acabó con mis escasas fuerzas, y, lanzando maldiciones con el pensamiento, me puse á hacerle el dúo al mastodonte del diván.

A los diez minutos habíamos llegado; aquella bestia humana había marchitado una de mis glorias marítimas: pasar el estrecho sin marearme, al menos una vez.

*
* *

Llegamos á Londres y nos posesionamos del cuarto que habíamos de ocupar durante todo el tiempo de la Exposición.

Cosa singular: yo, que tengo una memoria pésima para los nombres y para los números, que no sé la fecha del día en que nací y que tengo que hacer un gran esfuerzo para dar á los cocheros las señas de la casa en que vivo; yo, que algunas veces hasta he olvidado de pronto el nombre de mis amigos más íntimos; que he leído una biblioteca entera de Historia, y que, si bien conservo el recuerdo de las líneas generales y del carácter de cada época, pierdo toda memoria de fechas, nombres y por-

menores; á pesar de estas deficiencias y debilidades de mi organismo cerebral, recuerdo sin vacilación, mecánicamente pudiera decir, las señas de esta casa de Londres en que viví sólo tres meses, casa que ni conocía antes, ni he vuelto á ver después.

Las señas eran éstas:

Gilford street, Rusell square, fifty nine.

Los que se dedican á la psicofísica, ayudados por los fisiólogos, podrán explicar, si lo saben, estas anomalías de la memoria: yo sólo como dato curioso cito el hecho; que, por lo demás, ya me figuro que al lector no ha de importarle gran cosa el que yo recuerde las señas de la casa que habité durante la Exposición Universal de Londres del 1862.

Durante todo este tiempo, mi vida fué uniforme, tranquila, laboriosa y ordenada, pero á 200 leguas de la literatura y de la dramática.

Iba á estudiar el ramo de ingeniería en la Exposición, y yo he desempeñado siempre á conciencia todas las comisiones que se me han confiado. Bien ó mal, pero á conciencia.

Yo he sido siempre un hombre de conciencia, aunque esta afirmación redunde en alabanza propia.

Me levantaba temprano todos los días, y me iba á pie al palacio de Kensington, que está situado á una buena distancia de mi casa; y hablo en presente, porque la casa y el palacio supongo que todavía existirán, y donde los dejé se habrán quedado.

Unas veces iba por un camino, otras por otro, combinando calles á capricho, variando el itinerario, procurando perderme en aquel Londres desconocido para mí, y sin perderme nunca, porque yo tengo buen instinto para la orientación—tal vez habré sido perro ó palomo,—y había escogido dos ó tres líneas de referencia, ya conocidas de antemano, y siempre daba con ellas, con lo cual en terreno conocido me encontraba al fin. Fué una zona de Londres que estuve explorando durante tres meses.

En la Exposición permanecía estudiándola y recogiendo datos y noticias durante tres ó cuatro horas.

Después salía, tomaba un *cab*, iba á buscar á mi mujer, y nos íbamos á almorzar á un *restaurant* francés muy bueno y no muy caro, situado en Regent-Street, algo más allá del Cuadrante.

Otro dato para el estudio de la memoria: no recuerdo el nombre de este *café-restaurant*, pero sé que empezaba por una V; esa letra la veo dibujarse ante mí, clara y luminosa, como si fuera la realidad misma.

Al terminar, nos íbamos los dos á la Exposición hasta la caída de la tarde.

Después á paseo, algunas noches al teatro, y los domingos y los días en que me proponía descansar, á visitar los alrededores de Londres: las orillas del Támesis, Richmond, el palacio de Enrique VIII, etc., etc.

Fueron tres meses deliciosos: ni un solo recuerdo ingrato, ni la más pequeña preocupación, ni el más insignificante disgusto, ni la más mínima contrariedad. ¡Y dicen que el cielo de Londres no es azul!

Me equivoco: tuve un momento de angustia; pero uno solo y rápido.

El primer domingo que pasé en Londres fuimos mi mujer y yo, á eso de las once, al *restaurant* de la V; y ¡estaba cerrado! no precisamente á piedra y lodo, según el dicho vulgar, pero sí cerradas por completo todas sus puertas y ventanas.

Quedé aterrado. En aquel *café-restaurant* comíamos muy bien; y como yo creí que se había cerrado para siempre, me pregunté con espanto dónde íbamos á comer en adelante. Ya veía yo la comida inglesa, que entonces me repugnaba, aunque hoy me agrada mucho siendo buena. Veía el rosbif insustancial; la mostaza, primera materia del sinapismo; la grosella, de color agradable, pero agria y desabrida; y todo esto muy caro. Largo rato me quedé perplejo, paseando por la acera, llegando hasta el Cuadrante, volviendo hasta el café y

sin saber qué determinación tomar, hasta que en una de las vueltas el café se abrió y nos acogió en su seno.

Interrogué al camarero, y el camarero nos lo explicó todo y yo lo comprendí todo. El café no podía abrirse hasta que no terminaran los divinos oficios.

Era el *descanso dominical*; el terrible descanso ya desde el año 62 empezaba á atormentarme.

En París nunca, porque París es la primera capital del mundo; en Londres muchas veces, aunque, á decir verdad, las últimas que he visitado la gran metrópoli no he sentido las molestias del tiránico descanso. Londres se civiliza cuando nosotros nos *ensalvajamos*.

Más que en Inglaterra me hace sufrir el tal descanso en España con la nueva ley, que respeto por ser ley, pero con un respeto muy parecido al que sentía el alcalde de Zalamea hacia el capitán burlador.

Pero, en fin, en Londres la molestia se redujo á retrasar el almuerzo una hora; en Madrid la molestia es mucho mayor, porque todos los domingos me veo obligado á comer *pan duro*; y no comprendo, por más que me devano los sesos, en qué podrá contribuir al progreso y al bienestar de la clase obrera el que yo coma pan duro los domingos.

¿Qué misteriosa relación existe entre la cuestión social y la mayor ó menor dureza de un panecillo?

Si hay quien quiera sacar una hornada á las doce y otra á las seis de la tarde, y hay quien está dispuesto á comprarlas, aunque sean más caras, este contrato libre y por todas las señas lícito y honesto, ¿en qué puede perturbar el orden social?

¿Es egoísmo tan grande, es crimen tan monstruoso, es tan pecaminosa gula querer comer pan tierno los domingos, como los demás días de la semana, que deba castigarse con multa, previa la correspondiente delación?

Podrá ser, pero yo no lo comprendo.

Y aún me parece más perturbador del orden social incitar á la delación la misma la ley, diciendo: «Ciudadano, entérate

de quién come pan tierno, y entrégalo sin piedad á los tribunales; y no te remuerda la conciencia ni tengas escrúpulos, que con este acto, al parecer repugnante, prestarás señalado servicio á la sociedad».

Pero no quiero seguir en este camino.

Respetemos la ley, comamos pan duro, y todo sea por el amor de Dios y en beneficio de la clase obrera, que también tendrá que comer pan duro.

*
* *

De esta época de mi estancia en Londres conservo muchos recuerdos. Es un cuadro gris, pero con numerosos puntos y líneas brillantes. El tiempo fué delicioso. Pocas lluvias, casi ninguna niebla, y días de mucho calor.

Paseos por la orilla del Támesis, ó por las posesiones reales, ó por los parques, que eran paseos deliciosos.

Yo siempre iba á pie al palacio de la Exposición, y recuerdo que en la calle de Picadilly, junto á la verja de un parque, había de ordinario un pobre, pero no de los que usamos nosotros: era un pobre más culto, más respetable, más artista.

Me parecé que le veo: muy alto, muy flaco, aspecto severo y reposado; apoyado contra la verja del parque, parecía una estatua.

Las facciones finas, la barba rubia, la cabeza descubierta, y una pequeña bandeja á sus pies.

No pedía limosna, no hablaba con nadie, no pronunciaba una sola palabra.

En la ancha acera dibujaba todos los días con un lápiz blanco y otro negro diferentes motivos: platos rotos, tazas desportilladas, un gato jugando con un ratón, un gato y un perro durmiendo juntos, pájaros volando, otros pájaros picándole la cabeza á un gato, y cien pequeños bocetos ó apuntes del mismo género.

Y como sentencia filosófica, siempre escribía encima del pequeño museo callejero:

Many can to aide one.

Es decir, *Muchos pueden ayudar á uno.*

Y, en efecto, le ayudaban y le ayudábamos.

¡Cómo se graban estas cosas en mi retina!

No es sólo que recuerdo la escena con recuerdo puramente verbal, por decirlo de este modo; es que *la veo*, ¡y han pasado cuarenta y dos años!

Si fuera pintor, podría pintarla.

Es un recuerdo plástico, es un recuerdo puramente *visual*.

Subiendo por la calle de Picadilly, á mano derecha, en una acera muy ancha, junto á una barandilla de hierro, creo que del parque de San Jaime, vi durante muchos días al mendigo artista, que no pedía limosna, sino que escribía con lápiz negro y blanco y con letra muy clara la sentencia que antes he indicado.

Sigamos recordando.

JOSÉ ECHEGARAY

LOS JUDÍOS ESPAÑOLES DE ORIENTE

«Salónica, 24 de Julio de 1904.

SR. BENITO J. ALONSO.

Orense.

»Muy Sr. mio; muchas gracias por su invio y por la buena carta que lo acompañaba. Leí con muy grande interés el diligente estudio sobre los Judios en Orense; extraeré de él varios datos que muy utiles puedran serme en mis búsquedas de las origenes de las comunidades judias de Turquía.

Me permito solicitar de Vd algunos datos cumplimentares sobre la vida y la situacion de los Judios en Galicia y mucho le agradeceré su repuesta.

—Qual era el numero de la poblacion de los Judios de Galicia á la fin del xv siglo?

—De qualos paises eran ellos originarios?

—Que lengua usaban entre ellos?

—Habia diferencias entre sus habla y aquella de sus conciudadanos?

—Moraban ellos en gheltos?

—Que traje vestian? Era sus traje diferente de aquel de sus conciudadanos no judios?

—Que vestigios hay hoy de los judios gallegos? (sinagogas, gheltos, nombres de localidades ó de calles ecc^a).

Non me atrebo á alungar mas esta lista bastante importuna y quedo de v. muy grato amigo. — J. NEHAMA. — *Ecole de l'alliance israélite*».

En algunas cuartillas que, días antes de llegar á mis manos

la carta de Nehama, remití al Sr. Vicenti para *El Liberal*, van contestados algunos particulares del cuestionario que se inserta; y hoy con gusto respondo en lo que puedo á la misiva del señor director de la *Alliance Israélite*, de Salónica, fijando en catorce mil próximamente el número de judíos que á fines del siglo xv residían en Galicia; y esta cifra no es exagerada, si se parte de la base de que en toda España habitaban por entonces cerca de unos doscientos mil, de los cuales, aun rebajando veinte mil y pico, resultarán correspondiendo á la región gallega por lo menos los catorce mil referidos, si se tiene en cuenta su tráfico en nuestros puertos y el continuo movimiento de mercancías que se cruzaban entre los de España y Portugal, favorecidos por el fácil acceso de las respectivas fronteras.

Hay que advertir que sólo se trata aquí de los judíos que han emigrado, pero no de los que, aceptando el bautismo (que fueron muchos), se quedaron. En cuanto al país de donde vinieron y la lengua que han usado, me permito decir al Sr. Nehama mi parecer.

Antes de la llegada de los moros, no se encuentran dentro de España, incluso la región gallega, más nombres que los griegos, fenicios y romanos. Dispersos los judíos desde Jerusalén y otros pueblos de Palestina, vinieron poco á poco, desembarcando en nuestros puertos y extendiéndose al interior de los conventos romanos de que entonces se componía la *Tarracense* y la *Lusitania*; puede tenerse como cierto — *salvo meliori* — que hasta el siglo iv de nuestra Era, se hace dudoso creer que en los conventos *Lucense*, *Asturicense* y *Bracacense*, que formaban por entonces la región de los antiguos *Galaicos* ó gallegos de que hablan Ptolomeo, Plinio, Silio Itálico, Antonino y otros, existiese ningún israelita.

Desde dicho siglo en adelante, suscitóse en Galicia la empeñada lucha de la herejía de Prisciliano y Agape, ambos naturales del país; y aunque la doctrina de aquel sabio puso en rara conmoción al mundo, no se sabe que los judíos gallegos,

si es que los había, llevaran su favor á la candente arena de la pelea, ni en pro de los dos principios supremos de los maniqueos ni de los cristianos, ni aun, como se dijo siglos después, que hubiesen aprovechado la lucha para lucrarse de los contendientes de uno y otro bando; y si alguna tribu dispersa residía dentro del territorio, no dió señales de vida.

Esto no obstante, es opinión aceptada que ya entonces existían, y algo así debía ocurrir, cuando se asegura que con la irrupción de los bárbaros y llegada aquí de los suevos, se tiene por seguro el aumento de la raza israelita, que por estas fechas alcanzó abundante número; y aun parece que el odio general que durante el dominio de Roma se había conjurado contra ellos, permitíales un poco de aliento en el destierro incipiente que se les imponía. Pero á los días de bienandanza sobrevinieron otros de infortunio y amargura. Los visigodos no tardaron mucho tiempo en desconfiar de los hebreos, albergando en sus pechos un odio implacable que en breve se manifestó, llevando al Concilio de Toledo y al Fuero Juzgo capítulos de represión, coartando las libertades israelitas y fijando prohibiciones, con el fin de limitar su vida. Por primera vez se les obligó á vivir en juderías, separados de los cristianos, alejándolos de los cargos públicos y prohibiendo que tuviesen á su servicio ni mujer ni esclava cristiana.

Más adelante, otro Concilio de Toledo concede privilegios á los conversos, y los habilita para las carreras del Estado. Witiza también los favorece; pero con estos vaivenes y alejamientos, los hebreos tienen que vivir concentrados en sus barrios, y con tan escaso afecto hacia los naturales que se quejan, como rencor á los poderes que los cohiben. Sin embargo, es de presumir que, dos ó tres siglos andados desde su venida á Galicia, hubiesen olvidado por completo la lengua materna y hablasen la romana. Cuando fueron cautivos á Babilonia la perdieron en setenta años: los desterrados, como los vencidos, pierden su lengua y reciben la vulgar de las regiones en que tienen que vivir.

En todas las provincias dejaron de hablar la lengua hebrea y sira, y únicamente los rabinos y eruditos continuaron aprendiéndola para interpretar la ley de los profetas, sin perjuicio de traducir, como solían hacerlo, el *Talmud*, el *Misrva* y toda la escritura en arábigo, como se deduce de las siguientes palabras alusivas á Rabbi Samuel: *nostra autem translatio aliter, sicut iacent in Arabico auctoritates quos Samuel iste adducit, non sient in nostra Biblia*. Además, la lengua Santa dada por Dios á Moisés en el Sinaí, no fué la lengua vulgar; esto aparte de que aun trayendo á Galicia la de Palestina, ó la que se hablara en Jerusalén, probablemente no duraría más de un par de generaciones, porque los hijos y nietos de los judíos, aun suponiendo que sus abuelos y sus padres no hayan tardado algunos lustros en llegar aquí, hablaban ya la lengua de los pueblos donde habían nacido. Los rabinos, escribas y doctores de la ley conservaron, repetimos, la lengua Santa; pero se acomodaron á la que se hablaba en las provincias en que hicieron su habitación, y nunca la Jerosolimitana, como dice Nehemías: *vidi judeos ducentes uxores Arotidas, Anmonitidas et Mohabitidas, et filii eorum ex media parte loquebantur azotice et nesciebant loqui iudaice, et loquebantur justa linguam populi et populi*. Esto que sucedió en Roma y en toda Italia, no es mucho que les ocurriese en Galicia y en todas las regiones de España.

También los gallegos olvidaron la lengua celtibérica, tomando la de los romanos, que fué la que se habló hasta el siglo v, entrando después en formación la vulgar ó latín corrompido, llamado bárbaro, del cual se ha derivado más tarde el *romance*, origen primitivo del gallego, castellano y otras, que aún siguen hablándose en España.

Cada nación de las que vinieron á España—dice Terreros—permitieron el uso de la lengua latina; pero después de su corrupción, á contar de principios del siglo xii, los gallegos, que la conservaban con más pureza, aunque en tono diferente y pronunciación diversa de las demás provincias, elaboraron

la gallega, que ha quedado circunscrita al territorio que ocupan hoy España y Portugal.

Los israelitas vivían por entonces en sus aljamas y sinagogas con entera libertad en el uso de su ley, gobernados por jueces y alcaldes de su raza, y supone el notable paleógrafo citado que los muzárabes, moros y judíos hablaban el árabe como lengua nativa, aunque los judíos también conservaban el uso de la hebrea. Insistiendo en lo que atrás decimos, hay que agregar la opinión de Aldrete, que este filólogo toma del Abulense, Arias Montano y Belarmino, resumidas en lo siguiente: *de hebreorum lingua cum divisissen in omnem populum et nationem sub cælo et pauci essent in qualibet regione, paulisper cesaverunt à lingua propria, et usi sunt linguis earum regionum in quibus manebant: ita ut per disuetudinem obviscerentur linguæ propriæ quia parvuli eorum, qui nascebantur, linguam ipsorum non adiscebant sed illarum gentium inter quas erant, unde factum est, ut nihil de lingua hebrea maneret, nisi quod in codicibus sacris habetur quia illud non potuit ire in oblivionem.*

Y agrega el Abulense que, por las razones dichas, los judíos no saben hablar la lengua judaica, por otra parte escasa de palabras, que suelen suplir con dicciones encontradas en otros libros en arábigo y no en hebreo.

En lo que se refiere á los judíos gallegos y á la lengua que usaban, no dudo en responder al Sr. Nehama que en el siglo xv era la misma que hablaban los cristianos, con quienes más que en ninguna otra región convivían, y de la cual lengua doy bastantes documentos originales en mi libro de *Los Judíos en Orense*, que el Sr. Nehama puede consultar en las páginas 10, 11, 12, 13, 16, 17, 19 y 25.

La lengua gallega ha sido, pues, la que estos judíos hablaban, y con saberla tuvieron de sobra para su comercio y relaciones con los pueblos de la región casteilana, porque la de Castilla era por entonces casi idéntica á la gallega, y ésta en un todo igual á la portuguesa, como puede apreciarse todavía

leyendo alguna estancia de *Os Lusíadas*, de Camoens, y otros originales que tenemos á la vista. Una prueba irrefragable de que aquí no usaban lengua distinta de la que hablaban los naturales hállase patente en que, á pesar de los cuatro siglos de transcurso y de las variantes por que unos y otros hemos venido pasando en el pueblo israelita, se conserva todavía mucho de la procedencia gallega, como se demuestra leyendo el hermoso libro *Los Israelitas españoles*, de mi amigo el Dr. Pulido. En párrafos transcritos del sabio húngaro M. Kayserling, del rabino Abrahán Danon y otros, nos entera de los romances, proverbios, usos y costumbres de los hebreos en los países donde residen.

Como en Galicia siguen llamándose al padre y á la madre, hermano, hermana mayor y demás parientes de edad, «señor padre, señora madre», sin tutearlos; y á la persona mayor ajena, dicen «el tío fulano, la tía fulana». Continúan los modismos de nuestro dialecto mezclados con el castellano, que al fin era ya lengua de la corte, la lengua oficial en el siglo xv y mucho antes de la partida de los israelitas. Así tendrán nuestras consejas y fábulas de aquellos tiempos algunas más puras que las conservamos hoy: por eso no es de extrañar que, como se dice (p. 37), hablen el español más ó menos suave, pronunciándose nombres que aun hoy se usan en el país gallego, tales como (p. 39) *Consuela* por Consuelo, en castellano; *Climente*, por Clemente; *Dona*, por dueña; *Dolza*, por Dulcia; *Flor*, por Flora; *Fermosa*, por hermosa; *Gentila*, gentil; *Palomba*, paloma; *Castro*, castillo, pico de montaña; Rodríguez, Pérez, y tantos otros que en dialecto abundan todavía.

Entre los proverbios de Kayserling (p. 77) hay también palabras gallegas, como:

- «Quien vende el sol *merca* la candela».
- «León que está durmiendo no lo *espiertes*».
- «El comer y *arrascar* todo es comenzar».
- «A ti te lo digo mi hija, que lo entienda la mi nuera».

Y este último es tomado por entero del gallego originario,

de otro más breve y mejor hecho: *digocho, sogra, y entendeme, nora*.

En las cartas israelitas que con tanta oportunidad inserta en su libro el Sr. Pulido (1), originales de los señores Enrique Bejarano, David Bally, Lázaro Ascher, M. Gañy, Moises Fresco y Moises dal Medico, fechadas en distintas poblaciones del extranjero, también hallo bastantes palabras que se usan en Galicia. Tales son: conosciencias, vusted, deputado, articulo y articlo, contente, simpatisado, mesclar, resia, fieldad, pacencia, ainda, judeo, necisitar, asufrir, vistido, è (por y), vero, dentre, abastar, influencia, roga, indo, onde, mesma, resumido, acorda, libraria, proeba, rego, rua, defunto, estrada, coñada, lus, prédica, esfuerzo, tempo, alongar, topar, osted, lingua, má, reconocencia, giuntas, ripoesta, boeno, apreta, alcansar, cuido, desconosido, guerto, quererá (3.^a persona), arremendar, impresar, sigun, iñorante, ciudá, bonda, corrupida, etc., etc.

Por lo que toca al sitio donde los judíos moraban, dicho queda ya desde cuándo fueron obligados á vivir en barrios á ellos destinados, en los cuales tenían Sinagoga, de donde en la Coruña, Monforte y otras villas y ciudades, tomaron el nombre de calle ó barrio de la *Sinagoga*. En Orense ocuparon, como he dicho en mi ya citado estudio, el barrio y calle de la Rua nueva, hoy del Instituto, en donde tenían Sinagoga y casas de morada, al igual de los demás ciudadanos. Respecto á los de Allariz, hemos hablado de su barrio (*Judíos en Orense*, página 25) con la necesaria detención.

En Pontevedra tenían su *Campo dos xudeos*, del cual también he tratado, y en él, según tradición, tuvieron muchos años sus chozas, transformadas luego en casas de la Moureira, y aun en *Campo longo* ó *La Tablada*. En esta pregunta dejamos contestada, si bien sucintamente, la que el Sr. Nehama interesa respecto á los vestigios que hoy se encuentran de los

(1) Páginas 135 y siguientes.

judíos gallegos; cuatro siglos de transcurso no es de extrañar que hayan borrado con su efecto demoledor los vestigios de una raza que, si por completo no se alejó del país, no se cuidó más que de la extinción de su pasado, ya por evitar el estigma, ya por hacer viable la existencia de los que, aceptando la conversión, evolucionaron, transigiendo así bien con sus vecinos los cristianos.

Ahora, por lo que con el traje de los judíos se relaciona, y si era ó no igual á los del país, en una región donde se cree que habitaban los celtas, pasando por ella después cartagineses, fenicios, griegos, romanos, suevos, etc., no sé cómo arreglarme para decir cuáles fuesen los naturales en el siglo xv, ni aun los no judíos. Lo que no habrá gran peligro en afirmar es que judíos y cristianos anduvieron muy bien entendidos, y no hallaron gran reparo en pasar á uno ú otro campo siempre que en ello jugaron amor, posición, dinero...; en otro lugar ya dijimos cómo aquí en Orense y otras poblaciones los israelitas emparentaron con nobles y bien acomodadas familias, y ocuparon puestos del Ayuntamiento, Capítulo, Catedral, etc., etc., en donde los parientes de mi tocayo *Benito de Espinosa* tanto han figurado, por lo menos en lo que se refiere á la ciudad de Orense y su provincia.

El siglo xv empezó mal para los hebreos, por la intervención de D. Fernando de Antequera y la reina viuda Doña Catalina en la menor edad del rey Don Juan II, y más combatidos, si se quiere, por Enrique III, que no sólo decretó su encierro en lugares apartados, sino que les privó de ejercer cargos públicos, usar armas y vender nada á los cristianos, y otras cosas que aquí en Galicia, salvo vivir aparte, nunca se han observado. En su gente, á pesar de las prohibiciones, continuaron los albéitares, carpinteros, sastres, tundidores, zapateros, calceteros, carniceros, pellejeros y otros oficios que los cristianos tenían por denigrantes.

Nuestros peones, lanceros y pecheros estaban al servicio de los señores de casas solariegas, fortalezas y castillos, de que

abundaba el país gallego. El Comercio, la Medicina, Cirugía, Leyes y otras carreras científicas eran también inteligentes judíos quienes las desempeñaban, y de éstos quedan anotados en mi librito algunos ilustres hombres.

Para que unos estuviesen dedicados á las armas, otros lo estaban al ejercicio del comercio, ciencias y oficios; por eso se necesitaban, y por ello también las leyes y decretos que se dictaron allá en la Corte trashumante no sólo llegaban tarde á Galicia, sino que muchos de ellos no tenían cumplimiento si al país no convenía, como convino, por ejemplo, la demolición de 90 castillos y fortalezas que la Reina Católica mandó arrasar en el país gallego, y á cuya obra concurrieron cristianos, judíos y moros. No fueron así obedecidos algunos otros mandatos.

En el primer tercio del siglo xv se ha decretado, pues, que á lo sucesivo los judíos no usasen «capirotos con chias luegas, ni mantones, pero que pudiesen llevar mantos grandes hasta los piés sin cendal, é sin pena é toca». No podían llevar paño cuyo valor excediese de 30 maravedises la vara, y no llevar cortado el cabello ni la barba. Ni á judíos, ni á nadie, estaba permitido llevar bordaduras, pasamanos de oro, franjas, plata ni sortijas en los dedos, á no ser las que se creían necesarias para sellar cartas ó contra ciertas enfermedades.

Las calzas, jubón, capotes, etc., eran lisos, sin bordado alguno. Para la cabeza, sombrero de copa más ó menos alta, corto de falda; montera ó pasamontañas, bajando hasta los hombros, con abertura por delante para boca y ojos. Paisanos, como judíos, llevaban sayos de buriel ó paño pardo, con solapas de grana ó de bayeta blanca; calzones de pana azul, con botones esmaltados del grandor de una de nuestras piezas de cinco pesetas. Los elegantes, frac y calzón, sombrero apuntado, espadín á la cintura, cabeza empolvada, media de seda, capa de grana ó paño blanco y zapato bajo con hebilla.

A los hombres de letras fué permitido usar capillas y delanteras de paño, con forro de terciopelo ó seda, en fieltros, albornoces, jubones, cueras y ropillas.

Las mujeres, así cristianas como judías, llevaban indistintamente cofias engalanadas con cintas de color, jubón de pliegues, y aun de telilla de oro ó plata guarnecidos; basquiña ó saya, manteo, sombrero de fieltro con trenza de pasamanería ó cairrel de oro, plata y seda; la cabeza con peinado de copete, jaulilla, guedeja con crespo ó rizo bajando de la oreja; algunas veces cubierta con gorrete ó caperuza.

Las judías, que aquí, como en todas partes, las hubo hermosísimas, solían llevar el rostro medio velado, como las moras y algunas cristianas. Así continuaron hasta muy entrado el siglo xvi, que Felipe II las mandó «que no tapasen todo ni parte». Los hombres israelitas, más observantes de la tradición y más celosos del cumplimiento de la ley, llevaban *tabardos* ó casacón ancho y largo, de paño burriel más ó menos tosco, y las mangas bobas, *con una señal vermeja* que los distinguía de los copieces verdes de los moros, que éstos llevaban con una luna clara.

En cuanto á la barba, los judíos, como los demás, solían llevarla sin afeitar, bastante larga, terminando en punta, si no eran sacerdotes, porque éstos la llevaban redonda, bajándola cada tres semanas á punta de tijera, bajo pena de seis días de cárcel.

Por aquellos tiempos, nadie se daba maña para afeitar la cara, ni se conocían más instrumentos que la tijera, y aun ésta se empleaba muy poco, dada la antigua costumbre que los gallegos tenían de llevar, como los antiguos lusitanos, largo el cabello y la barba.

BENITO F. ALONSO

INFLUENCIA ESPAÑOLA SOBRE LA LITERATURA INGLESA

I

LA INFLUENCIA DE ESPAÑA SOBRE LA CULTURA EUROPEA EN LA EDAD MEDIA Y EL NACIMIENTO DE LA LITERATURA CASTELLANA

La forma literaria en que los hechos y las fantasías se presentan puede definirse como una revelación de la inteligencia individual que el escritor ha heredado de las idiosincrasias combinadas de innumerables progenitores, ampliamente dominados por influencias nacionales y de raza. Así como no hay dos personas tan iguales de cara que se confundan, y como las circunvoluciones en la epidermis de todos los pulgares del mundo varían en trazado, así dos espíritus humanos nunca trabajan exactamente en la misma dirección, aunque pulgares y espíritus puedan clasificarse en amplios grupos característicos. Las naciones y las razas no son más que agregados de individuos. Todos los chinos, y naturalmente todos los ingleses, tienen entre sí la natural semejanza física que les distingue de otras razas; sin embargo, cada individuo posee caracteres que le distinguen de otros miembros del mismo grupo étnico. Una regla semejante puede aplicarse á las inteligencias nacionales ó de raza, que, debido á circunstancias anteriores, difieren en el agregado tanto una de otra como las más superficiales particularidades físicas; y así el estudio evolutivo de una litera-

tura nacional sólo puede llevarse á cabo satisfactoriamente haciéndolo simultáneo con una consideración de las variadas influencias políticas y de raza que han operado sobre los pueblos que la produjeron. Esto es, indudablemente, una perogrullada; pero la necesidad de ampliar así el plan del estudio literario se pierde de vista con frecuencia por los lectores superficiales, que se contentan con considerar cada obra maestra literaria de una nación como la producción espontánea de una individualidad aislada. Verdad es que las grandes obras parécenles á los irreflexivos que han salido al mundo maduras y espléndidas del cerebro de un genio. Pero nunca sucede así. El genio que produce la obra no hace más que reunir y moldear los elementos de dentro y de fuera que han estado conspirando en silencio, y acaso desapercibidos, muchos años antes de que se llegase al punto culminante de la producción. Toda la literatura no es más que evolución, y para comprender cualquier literatura plenamente es necesario adoptar los mismos métodos que emplea el historiador filosófico. No se contenta con enumerar los hechos escuetos de lo que sucedió en el pasado: necesita trazar las razones de que hayan sucedido así, indagando su génesis en acontecimientos anteriores. Así, en el estudio de una literatura ó de cualquier obra importante de la literatura, es necesario comprender cómo y por qué, históricamente considerada, tomó la forma que tomó.

Generalmente hablando, hay tres series de influencias que pueden obrar sobre el desarrollo literario de una nación: la primera y más fundamental es el carácter dominante de la raza que la produce, derivando de las condiciones naturales y de las vicisitudes etnográficas; segunda, las influencias ejercidas por otras naciones ó por la invasión extranjera; y tercera, el genio individual de algún gran maestro. Puede proclamarse con seguridad que siempre que la segunda de estas influencias se ejerce sobre una literatura, la primera influencia, á saber, la del carácter dominante de la raza nativa, transforma rápidamente el elemento extranjero introducido, y, al paso

que recibe influencia de ella, la modifica de acuerdo con el carácter nativo.

Deseo vivamente poner en evidencia estos principios, porque intentaré aplicarlos al bosquejar el desarrollo de la literatura castellana (especialmente la literatura de prosa, por razones que explicaré más adelante), y hacer notar cómo, y dónde, y por qué la literatura de nuestro país recibió en ciertos períodos efluvios de la de España. Esto exigirá una consideración progresiva de las causas naturales y políticas que dieron á la literatura española sus caracteres peculiares, su vigor y su debilidad, y la pusieron en condiciones de ejercer influencia apreciable sobre nuestra literatura en ciertos puntos específicos de contacto.

La Península Ibérica ha sufrido quizás mayores transformaciones etnográficas y sociales que cualquier otro país de Europa. Oleadas de inundación humana la han arrasado: iberos, celtas, fenicios, cartagineses, griegos, romanos, afrosemitas, godos, francos y vándalos y las hordas abigarradas del Islam han dejado huellas profundas sobre la raza que llamamos española, y han modificado profundamente el pensamiento y la forma literaria. Pero aunque los idiomas pueden cambiar, y los jefes ir y venir, y las culturas de otros países introducir nuevos rasgos en las letras españolas, el carácter natural y espontáneo de la literatura española, derivado de las razas aborígenes de los tiempos prehistóricos, ha conservado siempre ciertas cualidades que la han distinguido de todas las demás. Estas cualidades pueden resumirse así: una invención vívida y exuberante, una verbosidad florida, una sátira burlona y, sobre todo, la clave del carácter de raza, ese sentido predominante de individualidad que induce á cada hombre á considerarse como el centro del universo, estando de cierto modo en comunión mística con las potencias superiores. Cuando Roma se iba haciendo cada vez más corrompida y espléndida, y las colonias más ricas y más cultas, la influencia provincial en la metrópoli se hizo más considerable,

y desde entonces la Roma imperial fué condenada á la decadencia. España, una de las provincias más ricas, con una civilización que había avasallado casi altaneramente la civilización latina, y ahora se había cruzado con la sangre romana, después de algunos siglos de dominación, contribuyó acaso más que ninguna otra á la grandeza aparente que fué la decadencia inevitable del Imperio. En los días mejores de la última República, los romanos instruídos, Cicerón entre ellos, á la vez que ensalzaban la irresistible superioridad literaria de los españoles, ridiculizaban su extraña pronunciación provincial del latín. Pero en los últimos días, los mejores de los Césares fueron españoles. Trajano, Adriano y Marco Aurelio, aunque hablaban el dialecto español, rigieron el mundo. Los autores españoles infundieron su espíritu peculiar en la literatura latina, y crearon la manera de preciosismo exuberante que la llevó á la decadencia. Séneca el viejo (nació 54 antes de J. C., murió 39 después de J. C.), profundamente imbuído de la tradición del mejor período de la literatura latina, fué un español puro, y escribió su colección crítica de joyas de la oratoria antes de que la tendencia florida de sus paisanos hubiese corrompido las letras latinas. De su más famoso hijo, Séneca el joven (5 antes de J. C., 65 después de J. C.), dice John Morley: «No hay ningún antiguo moralista á quien los modernos, de Montaigne para abajo, deban más que á Séneca. Toca los grandes y eternos lugares comunes de ocasión humana (la amistad, la salud, la pobreza, la riqueza y la muerte) con un tacto que le coloca muy elevado entre los divinos maestros de la vida. Los hombres han encontrado en sus ensayos y cartas más abundantemente que en cualquier otro escritor secular palabras de buen consejo é importancia». Esto es cierto; pero ya en los bellos, ataviados y pulidos períodos Séneca el joven comenzó á insinuarse el amor ibérico á las palabras escogidas para revestir el pensamiento didáctico. En su sobrino Lucano (nació 39 antes de J. C., murió 65 después de J. C.) es todavía más marcada la tendencia al ornamento oratorio, especial-

mente en *La Farsalia*. Marcial (43-104 después de J. C.), como muchos españoles después de él, hizo reír á todo el mundo con risa escandalizada, por el ingenio y la desvergüenza de sus vehementes sátiras. Quintiliano, de Calahorra, dió al mundo una de las obras más notables de la literatura. Todos éstos fueron españoles de nacimiento que vivieron en el primer siglo de la Era cristiana. Todos ellos, excepto el primero, mostraron las cualidades arraigadas de la raza; y aunque en ellos su genio doró su exuberancia, sus huestes de imitadores, poseyendo toda su exuberancia sin su genio, apilaron ornamento sobre ornamento, un concepto rebuscado sobre otro y un vocablo excéntrico de nuevo cuño sobre otro, hasta que el estilo literario latino se rebajó á la flatulencia pomposa por la cual se distinguió cuando la ciudad imperial fué presa de los invasores góticos (400 después de J. C.). El esplendor del Imperio romano, el carácter deslumbrante y ostentoso del idioma latino, había penetrado en lo más profundo del corazón de la raza romanizada que pobló la Península, y el espíritu ibérico contribuyó á la caída del Imperio.

Los recién llegados á España, los godos, que todo lo conquistaban, autocracia militar que había peleado por espacio de varias generaciones de Este á Oeste, fueron los antípodas de los españoles naturales. No eran una raza literaria; tenían poca poesía ó imaginación; su sátira se administraba con una espada afilada más bien que con una lengua picante, y fueron hombres rústicos de pocas palabras. Formaron una aristocracia cuyas tierras hereditarias eran inalienables, y se les prohibía casarse con españoles genuinos. Así, aunque vivieron y dominaron en España por espacio de cerca de tres mil años, dejaron poca huella sobre la literatura del país. Así, lejos de influenciar á los españoles, tardaron mucho en verse finalmente obligados á adoptar el idioma latino de sus súbditos, y en someterse á la forma atanasiana de cristianismo que los españoles habían sostenido arrogantemente á instancias de los sacerdotes ortodoxos. Hay pocos ejemplos en la Historia que mani-

fiesten más enérgicamente que éste el poder absorbente y asimilativo de una mayoría de vasallos conquistados, cuando los últimos son mentalmente superiores, como lo eran indiscutiblemente los españoles respecto de los godos. Así los godos pasaron por España y dejaron poco rastro, más que un código de leyes adaptadas al latín del gran código de Teodosio. Los españoles, con su irreprimible amor al lenguaje escrito, continuaron durante toda la dominación gótica escribiendo en latín florido y pomposo. Tenían una inspiración más sublime que ahora. El cristianismo les había dado una fuerza mayor que á ningún otro pueblo. Que cada hombre era igual delante de Dios, y que el Altísimo se interesaba por la más humilde de sus criaturas, fué una revelación de la verdad de su más enérgico instinto de raza, de su individualismo consciente, y el primer poeta cristiano y latino que escribió sobre temas sagrados fué Juvenco, español (330 después de J. C.). Prudencio, un poeta todavía más ilustre del Cristianismo, español de pura sangre, escribió sus ardientes versos religiosos, sediento del martirio cristiano, mientras se abrasaba de amor y adoración por las formas bellas que el paganismo le había enseñado á admirar. Orosio, español también, fué el primer escritor de la Historia que dió á sus escritos la nota general de universalidad que vino al mundo con la doctrina cristiana de la igualdad humana. Estos y otros como éstos mantuvieron viva todavía la luz de la literatura latina en España mientras los reyes teutones conservaron su Corte bárbara en Toledo.

Acaso el español cuya influencia sobre la cultura europea fué mayor en este período de decadencia, fué San Isidoro, arzobispo de Sevilla (600-636 después de J. C.), el último de los grandes escritores latinos antes de que se bajase el negro telón. Su obra principal, además de su *Historia de los Reyes Godos* (1), fué una especie de diccionario enciclopédico titulado las *Etimologías*, resumiendo una enorme masa de erudición

(1) *Historia de Regibus Gothorum.*

sobre todos los asuntos conocidos, tomados de autores anteriores, muchos de ellos ignorados ahora. Obispo cristiano como era, se vió obligado á condenar austeramente de palabra el placer de los ojos y de los sentidos, «las vanas ficciones de los poetas que con fábulas mueven el ánimo á la liviandad»; á troñar contra la aparatosa y vacía elocuencia de los autores paganos, en comparación con la grave sencillez de los Evangelios. Pero Isidoro era español después de todo, y había de ser un admirador tan florido de la belleza en abstracto como cualquiera de sus antecesores paganos. La obra de Isidoro, didáctica ante todo, influyó profundamente en el pensamiento fuera de la Península, especialmente en Francia. Los hombres comenzaron á comprender vagamente que, por mucho que se condenase oficialmente la belleza, la armonía y la elegancia, en cuanto que guiaban á los espíritus á adorar otra cosa que el verdadero Dios, sin embargo, propia y humildemente consideradas, podían servir de criadas á la misma religión; y en realidad, debían reconocerse como buenos dones de Dios hechos á sus criaturas. Esta idea ó su exposición se propagó de España á Francia é Italia, y se dejó sentir más tarde en el Renacimiento italiano. Pero no en España. Ocurrió en 711 un acontecimiento que trastornó el orden de cosas y encauzó la cultura española por otros canales.

Allende el estrecho bullía el conquistador musulmán: los salvajes bereberes recién conquistados á la fe del Profeta, y frenéticos en su celo, como todos los conversos; los instruídos sirios y los filosóficos persas. Hombres de todas las razas orientales, hijos del Shem en su mayor parte, parientes cercanos, muchos de los de Africa oriundos de España, avanzaron hacia el Norte sin resistencia, y en pocos meses contemplaban desde las vertientes de los Pirineos un país sobre el cual ondeaba la bandera verde del Islam. La media luna había derrotado á la Cruz.

Desde entonces, el ideal cristiano en España cambió durante varios siglos. Desde el extremo noroeste céltico comen-

zó la reconquista del país, y un aguerrido puñado de rebeldes avanzó paso á paso por los territorios del rey cristiano. La mayoría de los españoles se contentaron con vivir en paz y seguridad al principio, bajo sus vencedores musulmanes; porque no había intolerancia. Las armas humanas solas nunca hubieran bastado para que la guerrilla de Asturias hubiese conquistado á los conquistadores. El fervor religioso, la comunión mística con las potencias divinas, las voces en el aire y las estrellas que guían; el ayuno, la mortificación y la austeridad, combinadas con la creencia innata en todo español de que es un escogido de Dios: éstas fueron las causas de que la reconquista cristiana cobrase ímpetus. Todo lo que era delicado y suave y bello fué odioso, porque el infiel se solazaba en la molicie, en el lujo y en la belleza. La España cristiana era demasiado activa y demasiado austera durante los primeros tres siglos de la reconquista para hacer algo por la literatura, á no ser escribir algunas vidas eclesiásticas de santos y cosas semejantes. Y así, en la España cristiana como en el resto de Europa, asolada por los rudos teutones, toda cultura dormitaba donde no había sido destruída adrede.

Pero no así en la España mora. Allí los califas de Córdoba, uno después de otro, cultos, ilustrados é instruídos, juntaron á su alrededor todo lo que el dinero, el gusto y la sabiduría podían lograr de la cultura de los pueblos antiguos. Desde el primer califa Abd-er-Rahman, que vivió en el siglo octavo, pasando por su hijo Al-His ham, su nieto Al-Ha kam, su biznieto Abd-er-Rahman II, y más tarde el mayor de los califas, Abd-er-Rahman III, y su hijo, doscientos años después, al fin del siglo décimo, sólo Córdoba, de las ciudades europeas, fué la que conservó viva la antigua instrucción. Palacios más espléndidos que el sueño de un poeta; una mezquita que hoy subsiste, y es casi incomparable entre los más hermosos edificios del mundo; el lujo y el fastidio que condujo últimamente al enervamiento y á la decadencia: todo esto constituía á Córdoba bajo los califas. Pero esto no fué todo. Córdoba, que era

en los tiempos romanos la colonia patricia, ha sido el hogar de la literatura y el lugar de nacimiento de poetas y escritores innumerables. Pero bajo los califas se convirtió en el centro de la instrucción del mundo. Estudiantes de todas partes de Europa concurrían á sus escuelas privadas, y se echaron á los pies de los hombres instruídos que enseñaban en ellas; no sólo los árabes, sino también los judíos y los cristianos mozárabes. Duns Escoto vino á aprender y propagar por Europa la filosofía del gran poeta y filósofo judío Avicbron (año 1070). Al principio se enseñaron principalmente la literatura, la filosofía y la retórica, y más tarde se estudiaron todas las ramas de la ciencia, especialmente medicina y cirugía. La astronomía, la geografía, la química, la historia natural, la horticultura y las bellas artes: todas tenían su literatura, sus maestros y sus devotos. La gran biblioteca del califa Al-Ha-kam era el asombro del mundo. En todas las ciudades del Este, sus agentes buscaban y coleccionaban vigilantemente para él raros manuscritos en las lenguas orientales: en persa, hebreo y griego. Bagdad, Damasco y el Cairo fueron saqueadas para recoger tesoros y venderlos á Córdoba; y copistas pagados por los califas españoles transcribían en las bibliotecas del Este los textos que el dinero no podía comprar; y antes de que el instruído Ha kam muriese, en 961, unos 400.000 preciosos manuscritos estuvieron al servicio de los sabios de Córdoba. Aunque el lujo excesivo produjo desastres al califato, y los fanáticos musulmanes destruyeron mucha parte de la preciosa biblioteca, sin embargo, la tradición de la cultura subsistió todavía en Córdoba. Aun los cristianos españoles, al menos durante los primeros dos siglos, hablaban y escribían el árabe tanto como el dialecto latino que habían heredado de sus padres; y los hebreos, que habían seguido á los moros en gran número, estaban también en peligro de perder su antiguo lenguaje por el cultivo del árabe cortesano, cuando cayó el califato y vino la reacción.

Como la conquista cristiana avanzaba gradualmente y el

fervor religioso se exaltaba por ambas partes, cada pueblo en la España sarracena comenzó á emplear su lenguaje propio, mientras la mayoría hablaban el árabe. Las ciudades provinciales de la España musulmana, ahora capitales de provincias pequeñas, Toledo, Zaragoza, Sevilla, Murcia, Badajoz y otras, se convirtieron á su vez en centros de cultura, y de ellas, y especialmente de Córdoba, con sus tradiciones eruditas, brotó el primer renacimiento griego, en el siglo XII, mucho antes de que se hubiese pensado en el de Italia. Durante el califato, Córdoba había sido especialmente la residencia de los poetas y de la poesía, porque el credo fatalista de los árabes no les animaba al principio á estudiar las ciencias exactas. Por consiguiente, el renacimiento español no fué debido á los árabes. A los judíos de España debe tributarse el honor de abrir el camino, aunque mozárabes y árabes les siguieron después. La astronomía se había inmovilizado desde los tiempos de los antiguos griegos, hasta que los descubrimientos de los judíos españoles y árabes la elevaron á una altura á que no había llegado hasta entonces. Averröes, uno de los filósofos más ilustres de todos los tiempos, fué cordobés (1116-1198), y tradujo las obras de Aristóteles, no del griego, sino del hebreo al árabe. Oxford, Padua y París mandaron activamente copistas, que tradujeron al latín el texto resucitado, y todos los sabios de Europa discutieron en el siglo XIII las doctrinas que Averröes había deducido de Aristóteles. La doctrina, cuando se aplicó al cristianismo, fué á favor de la idea de la religión natural ó revelada, que no necesitaba justificación por la razón; é inculcó indiscutiblemente una aceptación más implícita del dogma religioso que la formulada desde España algunos años después de la muerte de Averröes por otro español, Raimundo Lulio el mallorquín. Este viajó por el mundo entero, enseñando y predicando su teoría filosófica de que las verdades del Cristianismo habían de ser demostradas por la razón y por la lógica. Su influencia sobre las Universidades medioevales fué enorme, y á él se debe primariamente el estudio de las lenguas

orientales en Oxford y en otras partes. Lo que ahora se llama Cristianismo racional, y que tan admirablemente responde á las exigencias del espíritu moderno, es debido al español Raimundo Lulio, á quien la Iglesia romana ha anatematizado y bendecido alternativamente, y que, á pesar de la Inquisición, ya está en el grado que conduce á la santidad.

La poesía, lo mismo que las ciencias, se propagó hacia el Norte desde las moriscas Córdoba y Toledo, gracias principalmente á los judíos. Otros españoles, además de los escritores y maestros, llevaron al mundo ecos de la lengua que las ciudades españolas habían conservado. Estos fueron los médicos, nigrománticos y alquimistas hebreos, que por espacio de algunos siglos habían de encontrarse en cada corte de Europa. Toledo fué considerada especialmente como la mansión de las ciencias exotéricas y ocultas; y los secretos de los pueblos antiguos fueron difundidos en el mundo por ellos, hasta que la nueva sabiduría ahogó á la antigua en el siglo xvi. A Moisés Ben Maimón (Maimónides), el más ilustre de los judíos europeos, se le ofreció el puesto de Ricardo I de Inglaterra, pero prefirió el servicio de Saladino. En su famoso libro *Yad-ha-Haza-Kah (La mano fuerte)* y en su *Guía para los que viajan perplejos sobre el camino recto*, trató de dar una interpretación racional del Talmud, como hizo Lulio con el Evangelio cristiano. Otra docena de grandes nombres de judíos españoles pudieran mencionarse, para demostrar cómo propagaban la instrucción por el mundo; menos en España que en otras partes, si ha de decirse la verdad, á consecuencia del fanatismo religioso, por el cual los fanáticos mantenían aislados á los pueblos españoles; pero ya he escrito bastante para demostrar que, si no fuese por la España musulmana, hubiera perecido mucho de la sabiduría de los antiguos. Reuníanse en todas partes manuscritos griegos, persas y coptos, por la ilustrada prodigalidad de los califas y de los reyes, y se traducían al árabe en Córdoba y Toledo, mientras los judíos y mozárabes traducían al hebreo y latín. Después de la caída del califato,

en los siglos XII y XIII, se estudió filosofía en todas las capitales pequeñas, cuyos reyezuelos competían unos con otros como protectores del arte y de las letras. La medicina y la cirugía fueron llevadas á una perfección antes desconocida por los más profesores de la época, Abd-el-Kamin y Aben Zoar, de Sevilla. La botánica fué el dominio de Aben Abaithar, de Málaga, que escribió un libro titulado *Colección de remedios*, anticipando muchos descubrimientos de medicina y describiendo científicamente doscientas especies nuevas de plantas. Las matemáticas y la astronomía fueron activamente cultivadas, y se establecieron observatorios en todos los centros de cultura donde podía estudiarse el firmamento. El observatorio más importante que había entonces en Europa era la famosa torre, que todavía existe y no tiene rival en belleza desde hace ocho siglos: la Giralda de Sevilla. Viajes y descripciones de lejanos países pertenecían á muchos profesores árabes y judíos. Tales abu Hamid Algarnati de Granada, y Aben Chobair de Valencia, viajaron por el Este y describieron lo que habían visto. El Abdari de Valencia visitó Egipto, Arabia y Caldea, y escribió sobre estos países, y todavía se citan los viajes de Benjamín de Tudela. La filosofía, que fué la primera manifestación de la cultura de Córdoba, continuó dividiendo á los sabios todo el mundo después que Córdoba cayó. Avempace (murió 1138), que precedió al gran Averröes, escribió su *Régimen del Solitario* con arreglo al plan de la *República* de Platón, y ninguna escuela medioeval quedó sin una copia del libro. *La fuente de la vida*, del español judío Salomón Ben Gebirol (1021-1070), produjo una profunda influencia en toda Europa (1). Abraham Ben David, de Toledo, escribió obras sobre astronomía, y su ensayo filosófico *La fe exaltada*, tentativa hecha para conciliar la filosofía con la religión revelada, le granjeó partidarios á

(1) Ha sido correcta y elegantemente traducida del latín al español, en la biblioteca del Sr. Rodríguez Serra, por el culto pensador, injustamente olvidado, Don Federico de Castro, catedrático de la Universidad de Sevilla, muerto no ha mucho.—*N. del T.*

centenares en Italia, Francia é Inglaterra. La literatura, y especialmente la poesía, floreció brillantemente, como los numerosos textos originales de poemas y cuentos en hebreo y árabe que ahora están en la Biblioteca del Escorial lo testifican, y como lo prueban, además, las obras impresas de Gebirol, Judah, Ben Levi y otros.

Y así, desde el siglo VIII hasta el siglo XII, la España musulmana siguió siendo la residencia de la instrucción y la literatura, mientras los reyes cristianos del Norte avanzaban hacia las fronteras, demasiado ocupados en pelear, demasiado fervientes en su fe religiosa, de elección especial, para tratar de aprender mucho de los infieles, ó para adoptar la lengua de sus enemigos. La conquista se había llevado á cabo en dos ramas principales: una, de origen francés y provenzal, en el Nordeste de la Península; la otra, gótica y sacerdotal en cuanto á la dirección, había congregado en el Noroeste gótico á todos esos españoles romanizados, cuya adhesión á sus dueños ó su amor á la independencia les habían inducido á rehusar la dominación morisca. El reino del Nordeste, Aragón y Cataluña, continuando la antigua conexión con los pueblos de la misma sangre y soberanía en el golfo de Lyon y en el Sur de Francia, hablaban el dialecto del latín, que llamamos provenzal, mientras que los reinos de Galicia y León hablaban una lengua afín al portugués. Por lo que atañe á los mozárabes cristianos, que, como hemos visto, en los primeros años de la dominación musulmana habían adoptado en gran parte el árabe como idioma, fanáticos por ambas partes, habían ejercido tal influencia sobre la raza y sobre el odio religioso durante el siglo XI, que cuando los reinos cristianos avanzaron y la Cruz derrotó á la media luna en una provincia después de otra, los hombres de origen español adoptaron otra vez universalmente el dialecto peculiar del latín que los españoles romanizados de Córdoba habían hablado, muy modificado ahora, como es de suponer, por dos ó tres siglos de vecindad árabe. Con cada extensión de las fronteras cristianas entraban á formar parte

de la España cristiana mayor número de personas que hablaban este dialecto, y éstas eran personas en su mayor parte mucho más adelantadas en civilización que los otros habitantes de los reinos cristianos. En el ínterin, la situación más pacífica de la parte septentrional de la Península, distante de las fronteras beligerantes, fué causa de que la poesía y los ensayos dramáticos fuesen cultivados allí. Pero el ímpetu, en este caso, vino de los trovadores y juglares provenzales que vivían en las cortes de los reyes y de los nobles, y viajaban de casa en casa, siendo siempre bien acogidos como huéspedes para recitar sus versos épicos y diálogos dramáticos, para cantar y decir chocarrerías y contar anécdotas en lengua provenzal, que la mayoría de las personas pudiesen comprender. Por medio de éstos y las imitaciones de ellos en lengua gallega (el lenguaje cortesano de Castilla) floreció la poesía de España. Pero la influencia fué menos indígena que francesa, aun en el ejemplar de la poesía castellana, debiendo claramente su forma el famoso *Poema del Cid* á las *Chansons de Geste*, que habían cruzado los Pirineos con los trovadores.

Aquí tenemos, pues, nada menos que tres, si no cuatro, distintos dialectos del latín hablado en España, como ocurre, en verdad, aun hoy día. Dos de éstos, la lengua de occo romance y el gallego, fueron y son lenguas capaces de mucha expresión poética y con una considerable literatura; pero eran idiomas en que, por razones políticas que he indicado, se había escrito poco de erudición científica ó filosófica. Su sonido, por otra parte, era menos sonoro y majestuoso al oído que el dialecto que se había hecho grave por haberse hablado durante varios siglos en unión del árabe, enfático y gutural. Este dialecto era más rico y más flexible porque se le habían anexionado muchos vocablos árabes, y su construcción gramatical se había hecho mucho menos rígida que las formas del latín vulgar de Galicia y Provenza. Con la conquista de la ciudad imperial de Toledo por Alfonso VI en 1085, se dió el primer paso hacia la generalización del dialecto mozárabe. Las severida-

des de las sectas fanáticas musulmanas, que se habían apoderado del poder en los distritos mahometanos, ya habían impulsado á gran número de cristianos é indecisos mozárabes á domiciliarse en los territorios de Castilla; y el establecimiento de la corte de Alfonso VI en Toledo le rodeó á él y á sus nobles de personas que hablaban ese dialecto, el cual se hizo así familiar al oído. Sólo cincuenta años después, á la mitad del siglo XII, se escribió el primero y más notable poema épico castellano, el *Poema del Cid*; pero como la poesía épica y lírica de España ejerció poca ó ninguna influencia sobre nuestra literatura, me propongo hablar ahora sólo del desarrollo de la prosa castellana.

Cuando Córdoba fué conquistada por San Fernando en 1241, éste juzgó necesario promulgar el Código de las leyes que habían derivado del Código godo durante los cuatro siglos de la reconquista, no en latín ni en gallego, sino en el dialecto que hablaban los mozárabes de Córdoba; y, aunque indudablemente se habían escrito en el mismo lenguaje antes de ésta muchas cartas conferidas á ciudades recién ocupadas por los moros, sólo existen, que se sepa, dos fragmentos en prosa, indudablemente anteriores (1). En Sevilla, en 1248,

(1) El primero de éstos es la *Disputa del alma y el cuerpo*, en el cual el alma de un hombre muerto poco ha vitupera al cuerpo las molestias que ha hecho sufrir á la parte imperecedera de él. El fragmento comienza así:

Si quereedes oir lo que uos quiero dezir
dizre uos lo que ui, nol uos i quedo fallir,

por el cual se verá que en la época de que data el fragmento—probablemente la mitad del siglo XII—la lengua estaba ya formada por completo.

El segundo fragmento es parte de un auto sagrado, representando la visita de los tres reyes magos al Niño Salvador, y es de la misma fecha aproximadamente. Las primeras líneas, que son un soliloquio del primer rey, Gaspar, cuando ve la estrella de Belén, comienza así:

¡Dios Criador! ¡Qual maravila
no se qual es achesta strela!
Agora primas la e ueida
poco timpo a que es nacida.

cuando San Fernando estableció allí su capital, ocurrió lo mismo; y los edictos del conquistador fueron redactados en el dialecto de los mozárabes. Desde entonces, aun algunas de las crónicas é historias comenzaron á escribirse en el mismo idioma, para que las entendiese el pueblo recién conquistado. Rodrigo Ximenez de la Rada, arzobispo de Toledo, había escrito en latín una *Historia de los Reyes Godos*, y tan ansioso estaba San Fernando de recordar á los mozárabes cristianos su origen pre-morisco, que ordenó al obispo que tradujese su libro al dialecto de aquéllos.

Pero con la muerte de San Fernando en 1253, sobrevino el cambio que decidió la batalla de las lenguas, é hizo que lo que ahora llamamos castellano fuese el lenguaje predominante de España. El nuevo rey Alfonso X fué uno de los reyes más eruditos que han existido, un literato de nacimiento, con una insaciable sed de sabiduría. Había oído en la corte de su padre, de boca de sabios, judíos, mozárabes y mudéjares, las pasadas glorias de la gran biblioteca del califa Al-Hakam en Córdoba, de la sabiduría amontonada por siglos enteros que primeramente habían hecho de la ciudad de los califas el centro intelectual del mundo. Ahora veía cómo los suntuosos palacios, las librerías imperiales y las activas escuelas habían sido destruídas por la ignorancia y el fanatismo. Era él mismo un poeta dulce, en su lengua familiar de Galicia, así como en el dialecto mozárabe, que escribía tan bien como el propio. Tenía, al menos, dos lenguajes en que escoger, si no tres; y en su vasto proyecto de formar una literatura nacional, debió ser guiado en su elección por muchas consideraciones. El dialecto mozárabe era, indiscutiblemente, el más rico en palabras y más fácil en la construcción que el gallego. Era el dialecto de los hombres más letrados de su reino, así como del mayor número de súbditos castellanos, y, sobre todo, era un lenguaje español puro, formado en suelo español, y que no debía nada á la Provenza. Cuando el gigante Eduardo Plantagenet, con su turba de nobles ingleses y franceses, vino á Burgos en 1254 á

casarse con su amada Blanca de Castilla, hermana de Alfonso, cuando en las espléndidas diversiones que acompañaron á la boda y la ceremonia de armar caballero al príncipe inglés en la antigua forma, reunidos los príncipes y los nobles de ambos países, pocas dificultades habría en comprender unos el lenguaje de otros, porque el bajo latín de Galicia y el bajo latín de Aquitania eran afines. Pero considerad por un momento que, en vez del provenzal ó el gallego, Alfonso y sus cortesanos hubiesen hablado el dialecto mozárabe con sus abundantes elementos árabes y exóticos: entonces no hubieran podido entenderse con sus huéspedes anglofranceses. Es, pues, evidente que Alfonso X, cuando escogió la forma mozárabe del lenguaje como vehículo para la formación de una literatura nacional, debió haber comprendido que, con todas las ventajas de sonoridad y flexibilidad que poseía, aislaría á Castilla de la corriente de cultura europea mucho más que hubiera sucedido si hubiese adoptado el gallego ó el provenzal, que eran lenguas más íntimamente unidas á las otras, derivadas del latín literario. ¿Por qué, pues, escogió ésta á propósito?

En primer lugar, era el lenguaje común de la mayoría de su pueblo en la parte más fértil de sus reinos, ahora que Córdoba, Toledo y Sevilla y la mayor parte de Andalucía se habían anexionado á Castilla. Esto se demuestra claramente por la introducción de uno de los poemas sobre asuntos sagrados escritos por Gonzalo de Berceo, uno de los primeros escritores conocidos en castellano. Era un monje benedictino que vivía en Calahorra, y comienza así un poema sagrado, manifiestamente destinado á la recitación y escrito antes de 1260:

Quiero far una prosa in roman paladino,
 en qual suele el pueblo fablar á su vecino
 ca non so tan letrado á far otro latino,
 bien valdrá como creo un vaso de bon vino.

Pero una razón más importante que el uso general del dialecto fué probablemente que el gran proyecto de Alfonso dependía principalmente de la traducción, adaptación y utiliza-

ción de los textos árabes y hebreos, que habían sobrevivido al fanatismo berebere en la España morisca. Gonzalo de Berceo, en sus muchos versos toscos, el escritor del *Libro de Alejandro*, el autor del *Poema de Jusuf, José y Putifar*, el escritor del *Poema del Cid*, y muchos otros, habían escrito poesía popular castellana para la recitación, sagrada y profana, por espacio de muchos años antes del advenimiento de Alfonso X, aunque el tratado y asuntos de todos estos versos imperfectos derivaban de orígenes franceses ó provenzales. La *Historia de los Reyes Godos* había sido traducida del latín al castellano, y durante los últimos años del padre de Alfonso, San Fernando (1252), muchos traductores árabes y judíos habían estado ocupados en adaptar al castellano las obras morales que los judíos y árabes habían sacado del sánscrito (lo cual será el tema principal del capítulo siguiente). Así se verá que al advenimiento de Alfonso X estaba preparado el camino para un gran movimiento literario, tal como él lo había proyectado. Acaso no ha existido ningún otro rey que concibiese un plan tan vasto como Alfonso X. Extender los dominios es un sueño vulgar, porque los dominios se van como vinieron; pero la creación de una nueva literatura nacional con arreglo á un plan establecido, y adrede escoger el dialecto en que se ha de escribir, es una obra que puede dejar su huella en la civilización de todos los tiempos futuros; y esto es lo que hizo Alfonso.

A las tendencias naturales y heredadas de esta nueva literatura, y á su influencia en Inglaterra, dedicaré la mayor parte de este libro. Mi empresa por ahora es, no obstante, demostrar cómo se creó la misma literatura. En primer lugar, era evidente que una literatura indígena española no debía tomarse de Francia, que hasta entonces había influído tanto en la forma poética española. Alfonso vióse, por consiguiente, obligado á volver á la rica mina de los textos árabes, hebreos y griegos, que se habían estudiado y escrito en España durante la dominación musulmana. Para ayudarle en su inmensa

tarea no le servían clérigos ignorantes como Berceo, que no sabían más que su idioma. Así que llamó á sí, como se veía obligado á hacer, una hueste de judíos, árabes y mozárabes instruídos, que le compilasen y arreglasen, en la única lengua española que les era familiar, la instrucción que estaba misteriosamente encerrada en los idiomas de sus antepasados. Ninguna rama de la literatura fué desdeñada por Alfonso el Sabio. Ninguna restricción social ni prejuicio religioso le detuvo en el camino de su gran proyecto. Nunca hasta entonces se había concebido el plan de una historia universal. El rey sabio se dedicó á escribir esa obra ayudado por eruditos que descifraban los clásicos antiguos y el idioma de la Biblia. *La Grande et General Historia* sólo llega hasta el comienzo de la Era Cristiana, y no puede satisfacer á un historiador moderno; pero es una gran empresa, no obstante, y un plan todavía más grande. He tenido el gusto de descubrir el texto más antiguo conocido quizás, en la biblioteca del duque de Wellington, en Strathfieldsaye, fechado no muchos años después de la muerte de Alfonso; y lo que más sorprende al lector inteligente, además del catolicismo del texto, es su curiosa modernidad. Esto se observa también en *La Estoria de Espanna*, escrita indudablemente por Alfonso mismo. Será interesante un ejemplo del estilo. Tomado indiscutiblemente del capítulo diez y siete del Korán, este extracto lo entenderá cualquiera que lea español moderno. Recuérdese que fué escrito en 1260 ó 1270, y entonces tómese un pasaje del original de Chaucer, que escribió más de un siglo después, y veréis cuánto más ha cambiado el inglés en 650 años que el castellano. El extracto refiere el sueño de Mahoma.

«Tomó me el ángel Gabriel (decía Mahoma) y leuome suso fasta et primero cielo, et los ángeles que y estaban, venieron contra mí, et recisbieronme muy bien, et fueron mui alegres conmigo. Et con gran placer, que cude ouieron, cataronse unos á otros et dezian. Ay que bien! Ay que bien es este! Et orauame todos, todo el bien et toda salud. Sinon nuo que es-

tava ahy, que non se alegrava conmigo nin se reya con los otros. Et yo pregunté entonze al ángel Gabriel, que quien era aquel é porqué se fazia aquello. Et Gabriel me dixo. Sepas qu' neste ángel nunca se reyó, nin se reyera. Que este es el ángel guardador del fuego.»

Si las ideas históricas de Alfonso se adelantaron á su siglo, también se adelantaron sus servicios como legislador. Ya he hablado del gran código gótico romano de leyes redactado en latín gótico y promulgado en el siglo séptimo en España. Seiscientos años habían pasado, y la dominación musulmana ya había alterado todo el país etnológica y socialmente. Alfonso se dedicó á trabajar en transcribir este código en castellano y dividirlo en siete partes, llamadas las *Siete Partidas*, que trataban ampliamente de los deberes y derechos de toda clase de ciudadanos de Castilla, desde el soberano hasta los siervos. Esta obra tremenda fué comenzada en 1255 y acabada en 1263, y fué la base de todas las leyes españolas hasta la gran transformación napoleónica. Nada puede aventajar á la libertad y al mismo tiempo á la corrección y á la belleza del lenguaje de este código. Esto se verá por el siguiente ejemplo, que trata de las reglas referentes á los sitios donde se debían establecer escuelas superiores ó universidades. Es tan claro, que cualquier español moderno puede entenderlo sin dificultad.

«Las escuelas del estudio general deben seer en logar appartado de la villa, las unas cerca de las otras, porque los escolares que hobiessen sabor de aprender aina, puedan tomar dos liciones, ó mas si quisieren, en diversas oras del día, et puedan los unos preguntar á los otros en las cosas que dubdaren; pero deben las unas escuelas seer tan acredradas de las otras que los maestros no se embarguen oyendo los unos lo que leen los otros.»

«De buen ayese et de fermosas salidas debe seer la villa do quieren estableser el estudio, porque los maestros que muestran los saberes, et los escolares que los aprenden, vivan sa-

nos, et en él puedan folgar et rescibir placer á la tarde cuando se levantasen cansados del estudio: et otro sí debe seer abundada de pan et de vino, et de buenas posadas en que puedan morar et pasar su tiempo sin grant costa. Et otro sí decimos que los cibdadanos de aquel logar do fuere fecho el estudio deben mucho honrar et guardar los maestros et los escolares»; y así sucesivamente por espacio de muchas páginas, que no han de citarse. Además de este código, Alfonso escribió otro libro jurídico, llamado *El espejo de las leyes*.

Pero por grande que sea todo esto, fué un simple aspecto de la vasta actividad literaria de Alfonso. Con ayuda de judíos y mudéjares compiló una multitud de obras científicas. Las *Tablas Alfonsinas* fueron una reproducción y corrección completa de las tablas astronómicas de Tolomeo, y estuvieron en uso hasta el fin del siglo diez y ocho; *La Sphera Redonda*, el *Astrolabio*, y otra docena de obras traducidas ó adaptadas de las lenguas orientales, pusieron al alcance de las personas que hablaban español, y por ellas del resto del mundo, los conocimientos cosmográficos, astronómicos y filosóficos que habían estado ocultos en las bibliotecas de la España musulmana. Los más curiosos de todos son los libros de Alfonso sobre las propiedades de los minerales, adaptados de los *Lapidarios* del judío Abolays y del árabe Mahomed aben Zuich. Alfonso nos dice, en uno de sus poemas (*Versos de Arte Mayor*), que había aprendido actualmente y practicado con éxito la alquimia, y da el secreto como se lo enseñó un filósofo egipcio. Otra dirección en que se empleó la actividad literaria de Alfonso fué en guías de varias diversiones y juegos: ajedrez, dados y damas, libros sobre caza y otros de la misma clase; y para coronar los servicios hechos á la posteridad, recogió una colección de poesías, el primer *Romancero*, algunos de los poemas escritos por él y algunos por otros, todos de tendencia religiosa y mística, que no tiene precio para demostrar la evolución del verso español (*Cántigas de Sancta María*). Créose, pues, una literatura nacional en un lenguaje prácticamente nuevo du-

rante la vida y por los esfuerzos de un solo hombre. Aun en estos sus primeros días quedó grabada sobre ellos la indeleble marca de la raza; marca que, como veremos después, subsistió hasta nuestros tiempos, y dejó su huella sobre la literatura de Europa. Estas cualidades de raza eran la exuberante fertilidad de expresión y el misticismo devoto, derivado del celtibérico romanizado, y ensalzado ahora por el sentencioso didactismo que había sido la tradición de las letras orientales y hebreas que habían dado nacimiento á la nueva literatura castellana. Por los ejemplos de la prosa más antigua puestos anteriormente, se habrá reconocido que antes de la muerte de Alfonso, el castellano había sido en la práctica el mismo hermoso lenguaje que ha seguido siendo desde entonces, aunque indudablemente la pronunciación era distinta, siendo probablemente adquisiciones posteriores las guturales *j* y *x*, y seguramente el ceceo de la *c* y *z*.

En este primer capítulo me he limitado á enumerar las circunstancias que presidieron á la aparición de la literatura castellana. Esto ha sido necesario para que pueda comprenderse la dirección en que su influencia se dejó sentir posteriormente sobre la literatura inglesa. En los capítulos siguientes no sólo insistiré sobre el desarrollo de la misma literatura, sino también sobre su influencia en la prosa y en el drama de nuestro país.

MARTÍN HUME

YANG-HUN-TSY

(EL DIABLO EXTRANJERO)

NOVELA DE COSTUMBRES CHINAS

IV

EN EL DESIERTO

El barón estaba en lo cierto: apenas había salido la expedición de Hu-Tchen, y ya estaba maldiciendo el topógrafo:

—En verdad que la extravagancia humana no tiene límites. No poseer ninguna de las cualidades indispensables en un jefe, absolutamente ninguna; no conocer nada de las costumbres locales, y atreverse á ponerse al frente de una expedición, aunque fuese tan nula como la de este Sajonia Gotha del diablo... La verdad es que sería una broma divertidísima si no arriesgase uno la piel. ¿Creerán ustedes que no llevamos forraje para los caballos?... No me he atrevido á hacer por mí mismo la observación; me he decidido á hablar á los chinos del asunto. Pero ¡que si quieres! Según el barón, los chinos son mentirosos, son engañadores, son vándalos. Tratan de asustarnos, nos aturden los oídos... En suma, que no saben nada... Se pasan la vida en las ciudades, y no se ocupan más que de fumar opio... En cambio, nosotros conocemos las estepas: en ellas se encuentran víveres á cada paso, profusamente; en ellas pastan caballos salvajes; conocemos las estepas ¡porque fuimos hace dos ó tres años á Urga en silla de postas!... ¡Ah! le juro á usted, doctor, que pronto no quedará de nosotros sino los tí-

tulos de médico particular y de cartógrafo en jefe del difunto consejero titular íntimo de las Cámaras comercio-científico-sajonia-coburgo-góthicas... ¿Sabe usted que hemos estado igualmente á punto de olvidarnos de los recipientes para el agua? Hasta ayer no fuimos advertidos de una omisión tan insignificante por esos mismos chinos mentirosos, que no se ocupan sino en fumar opio en las ciudades. Quedamos un poco perplejos... y enviamos al mercado en busca de recipientes: entonces nos encontramos con que no se vendían los que necesitábamos. Los toneles tienen que ser chatos, para que puedan cargarse fácilmente en los camellos; había que mandarlos hacer, y esperar por lo menos cinco días. Afortunadamente, los chinos nos han enviado algunos; solamente el orgulloso Ti-Du nos ha enviado dos. ¿Me escucha usted, doctor?... A usted no le interesan más que los mosquitos, los reptiles y las malas hierbas; los hombres no son para usted sino un suplemento sin importancia.

El doctor reía.

—Exagera usted, amigo mío. Evidentemente nos conducimos con ligereza al unirnos á esta expedición; evidentemente el barón no es un águila; pero, en fin...

—¿Cómo? ¿un águila? ¡Pero, Señor! ¿quién exige de él las facultades de un águila? Sería divino si poseyera únicamente tanto cerebro como un abejorro.

El doctor se complacía en el papel de conciliador: defendió al barón. Sin embargo, concluyó por ceder, como siempre, y consintió en comprar, en sociedad con el doctor y Brzeski, un caballo de reserva y una provisión de forraje.

—Es que allí un caballo es la vida. Todo mongol dirá: «Ama á tu caballo más que á tu prójimo... y codicia el caballo de tu prójimo más que á su mujer...»—dijo el topógrafo con tono alegremente sentencioso.

Por fin, en una hermosa mañana de otoño, al amanecer, la expedición volvió á franquear las puertas de Hu-Tchen. La muchedumbre la escoltaba riendo. Un grupo de funcionarios,

con un destacamento de tropas que tocaban una marcha triunfal en unas cornetas, les recondujeron, con gran pompa, más allá del recinto.

Brzeski dirigió una mirada postrera á aquellas murallas, tras las que habían pasado tantos días, sin necesidad, en la ociosidad y la discordia. Lamentaba la pérdida de aquel tiempo transcurrido sin provecho, y deseaba ardientemente llegar á Pekín, para tener noticias de su madre y del trabajo.

La puerta del Sur se parecía por completo á la puerta del Norte, por la que habían entrado: abovedada, sombría, dominada por un baluarte de dos pisos. Pero en uno de los flancos se ofreció un espectáculo nuevo: dos jaulas que contenían cinco cabezas cortadas, lívidas, teñidas por los sangrientos rayos del sol poniente; aquellas horribles cabezas miraban ávidamente, con lo blanco de sus pupilas, á la caravana que se alejaba.

Brzeski se apresuró á volver la cabeza; pero la visión le persiguió y no le permitió ni despedirse con toda la cortesía requerida de los amables funcionarios de Hu-Tchen, ni saborear los exquisitos pasteles, las frutas y el té que aquéllos ofrecieron á sus «queridos huéspedes» bajo una tienda azul, elevada á algunas verstas de la población, «en el umbral de la despedida».

El barón estaba de mal humor, porque, en vez de los cincuenta hombres prometidos para el convoy, no le habían enviado más que nueve. Cinco soldados con un oficial, Tan-Loé, precedían á la caravana; los otros cuatro marchaban á la retaguardia... Los vivos colores de las banderolas de las lanzas animaban algo el prolongado rosario gris de las mulas y de los camellos.

El doctor y el topógrafo se mantenían obstinadamente detrás; Brzeski se retrasaba, con visible tendencia á acercarse al «rincón de la oposición». El barón, con su acompañamiento, marchaba á la cabeza, precedido de los guías á pie. Sud-mun, con casaca de seda amarilla, sucia, con una mitra de lana

amarilla en la cabeza, miraba vagamente á lo lejos, pasando las cuentas de su rosario y murmurando oraciones; á medio paso tras él iba Ba-ghé, sujetando con sus dos manos los pingajos de su piel mongólica. Muy cerca de ellos cabalgaba Malykh, que poseía perfectamente el idioma mongol.

—Sud-mun, ¿qué río es ése?

—Sud-mun, ¿qué montañas son esas que se ven á lo lejos?

—Sud-mun, ¿qué pueblo es aquel de la derecha?

—Sud-mun, ¿llegaremos pronto á la etapa?

A cada momento hacía preguntas; el lama interrumpía su rezo y decía:

—Ba-ghé.

Después cambiaba algunas palabras con su hermano, que respondía con tono perezoso á las interrogaciones, acariciándose antes con una mano la barbilla.

—Ese río es el río de la «Suprema felicidad»—explicaba el lama.

—Esas montañas son montañas chinas.

—Podremos hacer etapa cuando queramos.

—En cuanto á pueblo, no existe ninguno.

—¿Cómo? ¿Pero si se está viendo?

—No lo hay—respondía misteriosamente Sud-mun; y sus dedos volvían á pasar las cuentas del rosario.

Un camino de estepas, ancho, cubierto por una espesa alfombra de polvo, se dirigía hacia el Sudeste, recto como la flecha lanzada del arco. Su huella, ó bien se perdía en las arenas rojas, amontonadas en masas enormes, ó bien atravesaba praderas, en medio de las cuales, en una profusión de canales de irrigación, brillaban los hilos de plata del agua corriente. De un lado, hasta el horizonte, se extendía el sombrío desierto estéril; del otro, hasta el pie de las montañas desvanecidas por la distancia, se sucedían surcos, prados, jardines y aldehuelas ocultas entre los árboles, y sonrientes cabañas solitarias. Pero ningún sér humano se mostraba por parte alguna.

De los desiertos campos se alzaban volando bandadas de alondras; en los trigos maduros, tumbados por el viento, pico-teaban las perdices; á menudo se alzaban faisanes de entre los mismos pies de los caballos, liebres asustadas corrían dando saltos delante de la caravana, después se sentaban sobre sus patas traseras pareciendo reflexionar, y adivinando el peligro se iban á refugiar en la maleza.

Todo esto proporcionaba á Dor una singular ocupación; pero, hartado para la caza, se sofocaba, se fatigaba y no cogía nunca nada. Destrozó únicamente algunas muestras muertas por el doctor.

La ausencia de todo sér humano en el camino, de todo trabajador en los campos, concluyó por impresionar hasta al barón.

—Sud-mun, ¿qué significa esto? ¿Es hoy alguna fiesta?

—Sud-mun hará ver en seguida—respondió brevemente el lama alargando su cuello hacia adelante.

Por mucho tiempo estuvieron viendo unos camellos que estaban á lo lejos del camino. Por fin uno de ellos lo interceptó por completo. Atardecía, y á espaldas de la caravana se apagaba el sol poniente enrojecido, mientras que, al frente, una luna clara se alzaba por encima de blancas líneas de casitas. Ni una luz, ni un indicio de vida; todo dormía con pesado sueño.

Cuando por fin, entre el ruido de los pasos de sus caballos, hubieron los jinetes franqueado la puerta del pueblo, un espectáculo terrible sobrecogió á todos los corazones. Hasta perderse de vista, el suelo, á la claridad de la luna, estaba sembrado de escombros de casas incendiadas, y por encima los árboles de los jardines alargaban sus ramas desnudas, carbonizadas. En la atmósfera reinaba un insoportable olor á quemado y á carne podrida. Entre los ladrillos y las vigas yacían repugnantes esqueletos. Perros salvajes, molestados por la llegada de la caravana, habían huído enseñando sus colmillos, para ir á agruparse más lejos, siempre sobre ruinas, en donde no cesa-

ban de aullar. La caravana atravesó en medio de un lúgubre silencio aquel Gólgota humano; nadie profirió una palabra ni dió un grito; solamente los cascos de los caballos resonaban sordamente sobre el suelo endurecido, y los pies de los camellos le golpeaban cadenciosamente. El mismo Dor se había callado y se apretaba contra las piernas del caballo de su amo.

—¿Qué es esto?—interrogó al fin el barón cuando se encontraron fuera de las ruinas.

—La guerra—respondió tranquilamente el oficial chino.

—Yang-genu (los extranjeros)—murmuró Sud-mun,—vieron de allí—señaló al Occidente;—siempre vienen de allí.

—Los dungans... —pensó el barón; pero no pudo saberlo positivamente.

Se ensombreció, no obstante, y quiso poner centinelas durante la noche.

—Chi—asintió al punto el oficial.

Toda la noche resonaron los gongs de cobre furiosamente golpeados por los vigilantes chinos, mientras que el topógrafo se volvía de un lado á otro profiriendo espantosos juramentos.

—¡Váyase al diablo! ¡Siempre como en el Estado Mayor General alemán! ¿A quién pretenden asustar? Sin duda, á esos desgraciados muertos. Lo que me consuela es que el gran sajón no duerme más que los otros.

El barón, efectivamente, no durmió; al día siguiente se levantó furioso, y organizó en seguida «una escena», según la frase del topógrafo. Primero ordenó á los guías que buscasen un antílope que había matado la víspera, y suspendió la marcha hasta que regresaron. Los camellos, con la carga á cuestas, permanecieron arrodillados, con los ojos entornados y apretando sus labios inmóviles; los caballos, ensillados, relinchaban impacientemente; los muleteros continuaron tumbados en la arena junto á sus bestias. Los soldados chinos clavaron sus picas en el suelo y se sentaron en círculo, metiéndose las manos en sus anchas mangas para preservarlas

del fresco de la mañana. El sol naciente iluminaba con creciente vigor el pequeño oasis viviente.

Por fin se emprendió la marcha, é inmediatamente Dor reanudó su caza incesante y vana.

—¡Dor, aquí, á mi lado!... ¿Dónde está Dor?—gritaba rabiosamente el barón.

Malykh galopaba hacia todos lados, ya para buscar al perro, ya para transmitir ó rectificar las órdenes contradictorias del barón. El fotógrafo perdía la cabeza; luchaba con su caballo y gritaba:

—¿A dónde ha ido usted, señor Brzeski?

—No se aleje usted, señor Brzeski.

—Señor Brzeski, el barón dice que vaya usted al lado de las cajas de clichés.

El joven cada vez se iba poniendo más irritable, pero obedecía. Durante toda la jornada trotó su caballo entre el olor acre de los camellos y los torbellinos de polvo que levantaban.

La vista de los servidores infatigables que iban á pie, con el rostro quemado, semejante á cobre, y polvoriento como papiros de Egipto, le enseñaba la perseverancia.

Pero un día se desbordó la medida.

—¿Y Dor? ¿Dónde está Dor? ¿Está usted sordo, señor Brzeski? Vaya usted en seguida á la cola de la caravana y vea si está allí el perro—dijo el fotógrafo adelantando su caballo hacia Brzeski.

Juan se estremeció, y, sin decir palabra, trató de seguir adelante; pero el otro le cerró el paso con su caballo.

—¿Qué es esto? ¿Por qué no me obedece usted?

—Dor, que yo sepa, no es un aparato fotográfico; el camino es amplio... puede usted correr tras de Dor...

—¡Ah! ¿se niega usted á la obediencia? Está bien; sé quién le da á usted esas lecciones, y se lo diré todo al barón.

—Ignoraba yo que además de la fotografía ejerce usted el oficio de delator—exclamó Juan, exasperado.

El fotógrafo se puso lívido, volvió grupas y partió al ga-

lope. Brzeski le vió hablando acaloradamente con el barón, á quien relataba sin duda el incidente.

El joven se sintió irritado contra sí mismo, y más aún contra su tío, que le prescribiera respetar y querer á aquellas gentes.

El doctor, que había observado el conflicto, se acercó inmediatamente á Brzeski, quien le puso al corriente de lo sucedido.

—¡Mal negocio! Usted tenía razón, estaba usted en su derecho al no ejecutar la orden; pero es de lamentar que le haya respondido usted de esa manera. Créame: los actos exponen á las gentes á menos peligros que las palabras; es usted joven, desconfíe de lo que dice; conociendo al barón como le conozco, estoy seguro de que habrá jaleo.

—Sí, habrá jaleo—repitió el topógrafo cuando le contaron la aventura.—Óigame bien: que no se le escape á usted una palabra, ni una sola. Es el mejor sistema con el consejero de la Sociedad comercial; se despachará á su gusto y se deshinchará del viento que le llena.

—Nada me importa el barón... pero me es imposible soportar los caprichos de ese señor, y á menudo me bulle la sangre en las venas—replicó Brzeski.

—Ya lo sabemos, joven, pero tenga usted cuidado. Ese buey de alemán es capaz de cometer cualquier violencia, cualquier abuso del poder. Se expone usted á un disgusto; además nos pondría usted, al doctor y á mí, en una situación difícil. Nosotros no podemos negar abiertamente obediencia al barón. Le aconsejo por su madre...

Brzeski dirigió una mirada recelosa á su interlocutor; después volvió sus ojos al doctor; éste guardaba silencio, pero su rostro estaba entristecido. Durante toda la tarde la actitud de pseudomodestia y de melancolía del fotógrafo, así como el aire de misterio de los criados, confirmaron á los amigos de Brzeski en sus temores. Después de la cena, que terminó en medio de un silencio elocuente, el barón congregó en su tienda á todos los miembros de la comisión.

—Señores — comenzó diciendo con tono solemne, — un miembro de la misión se ha permitido faltar á la disciplina y dirigir al señor fotógrafo un epíteto injurioso. Su poca edad, mi antigua amistad con su tío, y más aún, mi convicción de que es solamente el instrumento ciego de otros culpables, me ordenan que le perdone por esta vez. Pero ésta será la primera y la última, tanto para él como para los demás. Porque ya es tiempo, señores, de que os persuadáis de que el éxito, la integridad y los frutos de la expedición no pueden realizarse sino con la unidad de dirección y la subordinación de los miembros. Todos habéis consentido de buen grado en formar parte de la expedición y aceptado mis condiciones; soy un jefe de fila probado y experimentado. Desde que ha penetrado en territorios desiertos ú ocupados por pueblos hostiles, la expedición se ha revestido de un carácter militar. No olvidéis, os lo ruego, que vamos á la conquista de la ciencia y de la gloria, y que aquí solamente mis órdenes conducen á todo. Veo, sin embargo, que la hidra de la oposición no lo tiene en cuenta, y alza la cabeza. Os prevengo, pues, que no soportaré ningún murmullo, ninguna intriga. Pondré término á esto... Os defenderé contra vuestros propios defectos esclavos; sabré imponer la obediencia y reprimiré la indisciplina... Sí, castigaré el desorden, aun cuando hubiera de sufrir yo mismo duramente. Por lo demás, no temo á nadie, y los soldados chinos están á mi absoluta disposición. A la faz del universo entero soy yo el responsable de vuestros destinos, y no vacilaré en sacrificar una cabeza para salvar á todos los otros. Les ruego, pues, que se acuerden de esto, porque no lo repetiré. He dicho; pueden ustedes retirarse.

—Ya lo ve usted, joven—dijo al salir el topógrafo:—lo dicho significa que si uno de nosotros comete una infracción puede recibir cuatro tiros.

.....

La caravana continuaba caminando por interminables arenales, sin que se encontrara una sola gota de agua, y hacía

ya tiempo que se había perdido el menor indicio de camino.

Brzeski oyó una vez que el barón preguntaba á Sin:

—¿Por qué dijo que conocía el camino, si no era cierto?

—Dice—contestó el intérprete después de un breve diálogo con el lama—que era el único de la ciudad que hubiese venido por aquí, y que se lo mandaron.

—Pues que no se les dé del agua que llevamos hasta encontrar con qué renovarla—replicó el barón.

Los dos hermanos mongoles, cuando se les tradujo la orden, abandonaron el círculo de los que esperaban la distribución del agua, hecha por el fotógrafo, y fueron á sentarse aparte.

Llegaba la noche. De repente se oyeron gritos.

—¡Allí, allí!

Bo-ghé indicaba hacia adelante.

—¡Mu! (árbol)—exclamaron alegremente los chinos.

La caravana se precipitó hacia aquel lugar. Brzeski comenzó á distinguir un árbol, en efecto; pero no estaba verde, sino desecado, muerto, podrido, y en vano se buscó agua en los alrededores.

—Pues aquí había una fuente—repetía Sud-mun.

—Dile, Sin—replicó el barón,—que la busque. Que se vaya con su hermano y que la busque; todavía no es noche cerrada; que no vuelva sin agua... ¿Por qué dijo que conocía el camino? Que la busque.

A media noche volvieron los guías extenuados, sedientos. No habían encontrado nada.

—¡Una gota de agua! ¡Dadnos!—imploraron arrastrándose hacia el barón, que había salido de su tienda al tener noticia de la llegada de aquéllos.

—¿Habéis encontrado?

—¡Dadnos una gota!

El barón se volvió sin emoción.

—¡Que nadie se atreva á dársela!—ordenó con tono amenazador.

Bo-ghé, que se retorció á los pies del barón, adivinó sin duda la negativa, porque se levantó con un rugido y le cogió por la nuca. El oficial y algunos soldados chinos se apresuraron á sujetar al mongol.

—¡Atadles! ¡atadles á los dos! ¡Dor, aquí! ¡Malykh!—gritaba el alemán, loco de rabia, golpeando con los pies á los dos desgraciados tendidos en el suelo y fuertemente amarrados.

—¡Chui! (agua)—gemía en chino Sud-mun, con voz que parecía un sollozo.

—¡Su! (agua)—rugía Bo-ghé en mongol.

Brzeski, obsesionado por aquella escena, no podía conciliar el sueño; y cuando reino algún silencio en el campamento, cogió su calabaza, en la que guardaban algunos sorbos de agua, y salió en busca de los dos prisioneros.

Estaban en la misma posición que los dejaron, tendidos boca abajo. Bo-ghé parecía desmayado; Sud-mun gemía aún. Brzeski cortó las ligaduras del pastor, le abrió la boca y vertió en ella algunas gotas de agua. El mongol hizo un movimiento, tragó el líquido, respiró profundamente y después se sentó como si despertase de un profundo sueño. Juan se dirigió entonces á Sud-mun. Le desató y le tendió la calabaza; el lama bebió ávidamente el contenido y después cogió la mano del joven y se la puso en la frente.

Se oyó un ruido vago entre el grupo de los soldados que dormían, y Juan huyó rápidamente á su tienda.

.....

—¡Los guías se han escapado y se han llevado los dos mejores camellos!... Alguien los ha desatado... Las ligaduras están cortadas... hay huellas de pasos.... El barón, loco de rabia, busca á los culpables—decía el topógrafo con precipitación.

Brzeski dormía aún; se despertó sobresaltado. Reinaba el mayor tumulto en el campamento, y casi todos se agolpaban en el lugar donde fueron derribados Bo-ghé y Sud-mun.

El barón, con los ojos inyectados, gritaba algo que Sin

repetía en el acto; de repente, los soldados chinos, que permanecían aparte, empuñaron sus lanzas y cercaron á los camelleros. Los rumores aumentaron. El topógrafo y el doctor corrieron en aquella dirección... Brzeski se vestía apresuradamente con mano temblona.

—¡Que no se les dé agua! ¡No tendréis agua hasta que no haya sido denunciado el culpable!—gritaba el barón fuera de sí.

—No lo sabemos... No hemos sido nosotros. Si no nos dan agua, no nos moveremos de aquí...—decían los conductores.

—¿Una rebelión? Está bien... Oficial Tan-Loé, mande usted á sus soldados que les calienten las costillas.

El oficial dió una orden, y los soldados se adelantaron á disgusto contra los amotinados.

Brzeski estaba ya allí.

—Barón, yo soy el que ha hecho eso—exclamó con voz alterada.

—¿Cómo?

—Yo desaté á los guías... De otra suerte, se hubieran seguramente asfixiado.

Reinó un silencio de muerte. Los camelleros, los soldados, todos se volvieron hacia el joven. No comprendían, pero adivinaban de qué se trataba.

El barón quedó un momento como petrificado. Por fin, dijo:

—¡Ah!... Doctor, quite usted las armas á ese joven y arréstele. Marchemos inmediatamente—añadió.

El doctor, con el rostro contristado, se aproximó á Brzeski; éste se quitó el revólver y se lo entregó al mismo tiempo que su cuchillo de caza.

El topógrafo siguió al barón y entraron en la tienda; llamaron también al oficial Tan-Loé.

—Barón, si es casi un niño—decía el topógrafo.

—Eso es asunto mío. Le ruego que no se mezcle en esto. Por el momento se trata de otra cosa: en este momento no sabemos hacia dónde dirigirnos; por eso le he llamado.

Convocóse igualmente al doctor, y todos se agruparon en torno de una mesa.

Después de discutirse largo rato dijo el barón:

—Decididamente, nos dirigiremos hacia el Sur. Tan-Loé, haga usted que el prisionero vaya entre dos soldados; Malykh le vigilará.

La caravana continuó su marcha, que cada vez era más penosa. Cada hombre no recibía más que un vaso de agua y un pedazo de galleta. Todos estaban convencidos de que entonces comenzaban realmente las pruebas y los sufrimientos.

Llegada la noche, la caravana acampó en un estado de desfallecimiento extraordinario; ni siquiera se encendieron hogueras.

Solamente la tienda del jefe estaba iluminada. Sobre una maleta ardían dos velas, al lado de un tintero y de un cuaderno. En medio de la tienda, con expresión huraña, estaba sentado el barón, rodeado del fotógrafo, el topógrafo y el doctor; detrás, en pie, permanecían Malykh, Sin y Tan-Loé.

—Tráele, Malykh—ordenó el barón.

—¿Pero es necesario, barón? ¿no vale más diferirlo hasta Pekín?—dijeron el topógrafo y el doctor, en tono de ruego.

—Mañana tal vez hayamos muerto. Hay que satisfacer á la justicia. La obediencia es indispensable. Sin ella, no tardarían los hombres en devorarse unos á otros... Se necesita un ejemplo; no es gusto mío, es mi deber. Que lo traigan.

Malykh salió y fué á despertar al joven.

—¿Qué hay?

—El juicio.

—¿Qué juicio?

—Yo no sé; me han enviado... Sin duda es el tribunal de la estepa; el barón hablaba mucho de él... Levántese usted, no hay más remedio...

Brzeski se levantó; el fresco de la noche y la emoción le agitaban violentamente. Pero no quería que Malykh supusiera que tenía miedo, y dominó el temblor.

—Esto no es serio... no temo á nadie. Me llevarán á Pekín... mi tío pagará los gastos del viaje—replicó vivamente.

—¿Qué va á hacer su tío? Está lejos. Lo que el barón mande se ejecutará.

Brzeski vaciló un segundo; después, sin decir palabra, echó á andar. Entró en la tienda y miró cara á cara al barón. Este entornó los párpados. Hubo un silencio, y por fin dijo el alemán:

—Acusado, su nombre.

—Yo no soy un acusado... no he hecho nada...

—Bien, bien... su nombre.

—¿Para qué preguntármelo, puesto que se sabe?

—Sea; Juan Brzeski, ¿no es así? ¿veinte años?

Brzeski siguió callado.

—¿No responde usted? Piense que la obstinación agrava su delito.

El joven miró al doctor y al topógrafo.

—Está usted acusado de rebelión y de faltar á la disciplina obligatoria de la expedición. Durante todo el viaje ha demostrado usted turbulencia é insubordinación, y ha concluído por poner en libertad á los guías y hacer que huyan.

—No, yo no les he hecho huir. No sabía...

—¿De manera que niega usted la evidencia? Cuando los desató usted, se quedaron con las piernas libres y huyeron.

—Recuso el derecho de usted á juzgarme... Reclamo los tribunales ordinarios.

—No le corresponde al acusado decidir quién ha de juzgarle. Eso es de la incumbencia de otros.

—Esos hombres se morían... Ba-ghé estaba desvanecido.

—No era cuenta de usted. Responda: ¿reconoce usted haberlos libertado?

—Lo reconozco.

—Y ¿lo siente usted?

—No, no me arrepiento... No podía...

El barón se turbó un instante y pestañeó; pero en seguida

sus mejillas tomaron el tinte violáceo de los momentos de cólera.

—Bien, que se lo lleven—gruñó sordamente.

Cuando Brzeski se encontró fuera, comenzó por frotarse los ojos, para asegurarse de que estaba despierto y de que la escena que acababa de desarrollarse era real. ¡Ah! no, no era una pesadilla.

—¿Por qué no ha dicho usted que estaba arrepentido?—dijo Malykh.—Si hubiera usted tenido una crisis de lágrimas, el barón le hubiera perdonado... Es extraordinario lo que le gusta la sumisión. Yo le digo siempre «tengo la culpa», aunque no sea nunca la culpa mía... Tal vez se hubiera limitado sencillamente á que le fustigasen á usted delante de todos, para escarmiento... Ahora ¿qué sucederá? ¡Dios lo sabe!

De la tienda llegaban voces cada vez más violentas.

—Permítanme, señores; les citaré un ejemplo—gritaba el barón.—Llevaron á un soldado condenado á arresto el registro de los detenidos; el soldado, en un movimiento nervioso, rompió el papel en presencia de su sargento y de sus compañeros: le fusilaron.

—Sí; pero era un soldado, mientras que éste es un niño...

—De ninguna manera... A su edad era yo suboficial. Nuestra misión es completamente asimilable á una expedición guerrera... Lo que ha pasado aquí es sumamente grave... Podemos perecer todos... Si no le castigo, será un ejemplo desastroso para los demás. Por último, los votos están divididos, y yo soy presidente.

—Pero ¿qué quiere usted hacer?

—Esa es otra cuestión. Comiencen, señores, por decir si es culpable ó inocente.

—Nosotros protestamos contra todo esto. Brzeski es un buen muchacho, ni más ni menos...—gritaba el topógrafo.

—No firmaremos el acta—dijo tranquilamente el doctor.

—Yo tengo derecho á castigar á cada miembro de la mi-

sión con mi propia autoridad. Si les he llamado á ustedes, ha sido por pura condescendencia... Un buen muchacho, sea, pero un mal subordinado. Yo no puedo permitir la desobediencia... Sería la pérdida de la expedición.

Las voces se callaron. La cortina de la entrada de la tienda se levantó y salió el topógrafo.

—Esto es un crimen, una locura. Yo no puedo asistir—gritaba exasperado.

—Le ruego que se calme. Usted es un hombre maduro y un soldado—chillaba el barón, saliendo detrás.

—¡Ah! ¿Estaba usted aquí?... Entonces lo habrá usted oído todo—dijo el topógrafo, al encontrarse á Brzeski delante de la tienda.

El joven movía los labios, pero no podía articular palabra y esbozaba solamente una pálida sonrisa.

—No tema usted. No le harán nada. O entonces... á mí también me...

—¿Cómo es esto, Malykh? ¡Eres un animal!—gritó desde el fondo el barón.—¿Por qué no le has llevado más lejos? Llévatelo, y vuelve inmediatamente. Y di que lo aten. Señor topógrafo, le ruego que vuelva á la tienda.

Un instante después, Brzeski se encontró en su lecho. Malykh esperó á que los soldados chinos le hubiesen atado, cosa que hicieron éstos con una dulzura y unos miramientos inusitados. El joven sufría por primera vez las ligaduras, y el sentimiento de una inmensa injusticia y de un ultraje indeleble le llenó de amargura.

Se echó, con el rostro encendido, en el lecho, para ocultar sus lágrimas, y repetía desde el fondo de su corazón, con voz penetrante:

—¡Madre! ¡madre! ¡madre mía! Y todo esto, ¿por qué?... Al mismo barón, en último término, le hubiera terriblemente apenado el que se hubieran ahogado los guías. ¡Pero también esos guías no pensaron en lo que me esperaba, y han huído!...

Recordó la voz cortante del barón, sus miradas fijas, ve-

nenosas, y se representaba la mañana del día siguiente, cuando la aurora tiñese de rosa las arenas y se operara en el campamento un movimiento solemne, fúnebre... Los criados, los muleteros, los soldados, se reunirán y formarán en fila. Murmurarán entre sí y se compadecerán de él, porque le querían y le gratificaban siempre con una sonrisa... Después, de la tienda saldrá el doctor, pálido, consternado, que le saludará desde lejos, con circunspección. El fotógrafo no se atreverá á mirarle á los ojos, pero él le dirá: «Te perdono, aunque esto sea obra tuya». El topógrafo, atado, gritará desde lejos: ¡criminales! El mismo barón sentirá remordimientos, pero... será demasiado tarde. Malykh se acercará á él y le pondrá el cañón del revólver en la sien... Pero él no vacilará, no. Un instante de valor... un relámpago... una detonación, y todo habrá concluído... Pensó en su madre, que esperaría con ansiedad noticias suyas... ¡Muerto!... ¡muerto!... Experimentó una angustia tal en su corazón, que no pudo reprimir un gemido...

.....

De repente, sintió que unas manos le cogían, que le quitaban las ligaduras de las piernas, que le arrastraban. Se puso á temblar como una hoja; pero no dió un grito, porque había comprendido que aquello era el fin, y quería estar valiente... «Dios tenga piedad de...», comenzó á murmurar.

Le pusieron en pie, le desataron las manos. Una sangre caliente se precipitó á torrentes por sus miembros entumecidos; después un dolor agudo le hizo vacilar y perder el conocimiento. Grandes sombras disformes se balancearon muy cerca, ante él, sobre el fondo lejano de los cielos estrellados... En su olor acre reconoció á unos camellos. Las mismas manos le empuñaron y le pusieron sobre un sitio duro, después de lo cual se oyó un gemido; la silla y algo tibio bajo la silla se elevaron, oscilaron bajo él; después avanzaron cadenciosamente por el fresco espacio. Brzeski sintió que tras él un hombre le sostenía en sus brazos; adivinó que le salvaban.

—El topógrafo, probablemente—pensó.

Pero la emoción, el dolor y, más que todo, el olor y el balanceo del camello en marcha, parecido á los vaivenes de una barca mecida por las olas, nublaron de nuevo sus sentidos. Un círculo de plomo ceñía su frente; su corazón latía apenas en su pecho, sólidamente sostenido. A la verdad, ciertos momentos hubiera preferido la muerte á aquel sufrimiento sin fin y sin objeto.

Seguramente se hubiese caído sin los robustos brazos de su compañero. Galopaban sin descanso; bajaban y subían prominencias. Brzeski cerró los ojos; sufría y esperaba.

Por fin el alba vino á acariciar sus párpados. Miró, y vió que el arenal iba á parar á un terreno llano, pedregoso, tras el cual se percibían de nuevo prominencias amarillas y pedradas.

Al llegar al terreno pedregoso, el camello moderó su marcha. Brzeski respiró y echó una mirada circular. Tras él vió á cinco hombres en fila, montados en camellos. Reconoció al mongol que le sostenía, y le dijo en chino:

—¡Do-sié! (gracias).

Una sonrisa descubrió los dientes blancos del pastor, que se puso á espetar con volubilidad un discurso, en el que Brzeski no percibió más que la palabra Sud-mun.

—¿Sud-mun?

—Khao, Khao—asintió el mongol, meneando la cabeza.

A medida que su insoportable dolor de cabeza le abandonaba, el joven sentía con mayor claridad lo equívoco de su situación. Tal vez sus compañeros habrían sido muertos y sobre él pesaría desde entonces la acusación de traición, ¡de asesinato!... Tal vez los que le llevaban eran Dun-gaus, bandidos, «hun-huz», y se lo llevaban para venderle como esclavo, siendo como era joven y apto para el trabajo...

El sol ascendía soberbio, enrojecido; la estepa palidecía, azuleaba; las alondras mongólicas, desde hacía tanto tiempo invisibles, se alzaban bajo los pies de los camellos y remontaban el vuelo; hacia el azul del horizonte se delineó una cade-

na de montañas, altas, resplandecientes, con nieve en las cimas.

—¡El bosque!—gritó el mongol, y tendió el brazo por encima del hombro de Brzeski.

A lo lejos, muy á lo lejos, casi al pie de las montañas, se destacaba en negro una línea fugitiva, delgada, semejante á una lejana orilla. Brzeski alzó la mano para santiguarse, y se le llenaron de lágrimas los ojos. Los camellos reanudaron el galope. No tardaron en penetrar de nuevo en las arenas, y la visión desapareció. De nuevo subían y bajaban pendientes movedizas; de nuevo el balanceo de su cabalgadura entorpeció los pensamientos y los sentidos de Brzeski... Volvió en sí cuando se detuvieron.

Las montañas estaban aún muy lejos; pero ante ellos, muy cerca, se extendía un campo inmenso de altas hierbas desecadas. El mongol dirigió en torno miradas investigadoras. Los demás llegaron, y se entabló una discusión ruidosa, tras la cual se puso uno al frente y llevó á sus compañeros á lo largo de la linde del campo herboso.

No lejos, tras el ángulo de una inmensa duna, se apearon de los camellos y esperaron. El guía se metió en la maleza, se puso á buscar, y por fin dió un alegre grito. Los otros acudieron, conteniendo á duras penas á los camellos, que se apresuraban estremecidos de impaciencia. Apareció una excavación, en cuyo fondo brillaba un agua límpida. El guía bebía ya, sumergiendo el rostro como un animal.

Bebieron todos, y después dieron de beber á los camellos, con precaución y uno á uno, por miedo de que las bestias, al apresurarse, cegasen el manantial; después los dejaron que pastasen; se echaron, y se durmieron inmediatamente, inertes como cadáveres.

El sol descendía hacia Occidente, y tras las altas hierbas apenas se percibía su disco en el cielo límpido, cuando se despertó Brzeski. Los mongoles no dormían ya.

Tres de ellos marcharon por un sendero hacia la desembo-

cadura del valle; los otros hablaban en voz baja, prestando oído de cuando en cuando.

Aproximábase un ruido bien conocido de campanillas y de voces.

Brzeski se sintió invadir por un sentimiento mezcla de alegría y de aprensión. ¿Eran sus compañeros abandonados? Oíase una monótona canción mongólica.

—No, no son los nuestros. Hace tiempo que no canta ninguno de ellos.

Los mongoles que vigilaban el sendero desaparecieron, y de pronto se oyeron exclamaciones; los que se habían quedado echaron á correr. Brzeski les siguió.

A una veintena de pasos vió una caravana, compuesta por algunos camellos ligeramente cargados y varios caballos pequeños. El grupo de mongoles, con hopalandas azules y gorras de piel de cordero, gritaba, reía y gesticulaba. Pero el asombro de Brzeski no tuvo límites cuando reconoció en medio de ellos á Sud-mun. Este se adelantó á Brzeski y le saludó á la china.

—¿Khao-bu-chao? ¿Tchi-la-fan-lé? (¿Está bien, ó no bien? ¿Has comido la ración?)

—Sud-mun—dijo el joven, y señaló la dirección de la caravana abandonada.

El lama se encogió de hombros, se acercó al manantial y bebió. Mientras tanto, sus compañeros se ocuparon en descargar á las bestias y encender fuego.

Brzeski bebió varias tazas de té con voluptuosidad, mientras escuchaba con avidez una grave discusión que se había suscitado en el grupo de indígenas.

Uno de los tráfugas, soldado chino, insistía — por lo que Brzeski podía adivinar cogiendo el sentido de algunas palabras aisladas, y fijándose en los gestos— en decidir á los otros que no se apresurasen en dirigirse hacia la caravana, por cuanto valía más esperar á que todos hubiesen sucumbido, y así podrían apoderarse sin temor de las mercancías. El único

européo superviviente, el que estaba allí, atestiguaría que ellos no habían matado á los viajeros, que no habían hecho más que escapar de un jefe atacado de locura para salvar la vida.

Brzeski no apartaba los ojos de Sud-mun. Este no decía nada, no miraba á nadie. Por fin alzó la cabeza, y encontró la mirada de Brzeski.

—¡Sud-mun, no! ¡Sud-mun comprende!...

Y el lama le enseñó su rosario budista. Las lágrimas brotaron de los ojos del extenuado joven; se inclinó y llevó á sus labios la mano sucia del monje asiático.

—Llévame... pero pronto... en seguida.

—¡En seguida!...

La fila de camellos de carga, con odres de cuero llenos de agua, se puso en marcha con Brzeski y el lama á caballo.

No tardaron en encontrar la caravana de Sajonia-Coburgo.

Los hombres iban á pie. Habían dejado en el camino á los animales moribundos con los bagajes. El barón se había rezagado bajo la protección del topógrafo; no quería andar, y se había sentado en un montón de arena, diciendo que no podía más. Divagaba, gemía, imponía castigos extravagantes.

Cuando Brzeski se arrodilló junto á él é hizo sonar el agua de su odre, el barón alzó los párpados mortecinos, y en sus ojos brilló el asombro con mezcla de espanto.

V

EN EL REINO DE LAS FLORES

«A mi madrecita queridísima, que tan lejos está de mí.

»Ya estoy en mi casa,—en mi propio estercolero, como se dice entre nosotros. Y aquí el término es exacto, porque no es poca la basura que ha quedado en mi piso recientemente

barrido: todo un montón en un rincón. Pero ya cambiará esto con el tiempo.

»En la embajada no carecía de nada; todos me trataban con amabilidad; el mismo embajador me habló varias veces. ¡Pero son todos allí tan ricos y tan grandes señores!... Me aburría horribilmente. Sin el doctor y el topógrafo, no hubiera sabido á dónde ir frecuentemente. Los dos me han tratado hasta el fin como compañeros. Pero han ocurrido tales acontecimientos, que me han obligado á dejar la embajada. Tendría que escribirte largamente sobre esto; que te baste saber que yo he tenido razón. Además, la pensión que me ha señalado mi tío no me hubiera bastado, de haber continuado viviendo allí. Los alumnos diplomáticos cobran una pensión enorme, unos 2.000 rublos al año, y todavía se quejan de que no les basta. Las comidas, los bailes, los paseos á caballo ó en coche, cuestan mucho. Los productos indígenas son muy baratos, pero todo lo que viene de Europa es excesivamente caro. Ahora bien: en la embajada, hasta los criados se avergonzarían de servirse de los artículos de aquí. Siempre está uno obligado á comprar de lo mejor y lo que más cueste; además, no es digno salir á pie: hay que alquilar un palanquín. Parece que esto es para sostener el prestigio de las embajadas, y que, sin ello, el populacho las asaltaría y saquearía. Además, allí me encontraba como en una jaula; siempre la misma vida: continuamente cambios de visitas entre las diferentes nacionalidades.

»Todas las embajadas están situadas á lo largo de la misma calle, en el fondo de jardines rodeados de muros; son antiguas moradas de príncipes y de señores chinos. En los jardines y en el patio reinan eternamente el silencio y la soledad. A veces, un vendedor se pára allí, pero sin ruido; no vocea como lo haría en el centro; habla con los criados, pasa á la cocina ó al recibidor, trata con la persona que necesita, después desaparece. El rumor de la ciudad llega allí, procedente de los barrios comerciales, sordo, semejante al bramido de la mar leja-

na. Los personajes más importantes de la embajada, es decir, el embajador, el secretario, los dragomanes, el doctor, los capellanes, ocupan pabellones separados. Cada cual colecciona, quién dibujos, quién libros, bronces, objetos de malfil, esmaltes, bordados: con esto adornan artísticamente las habitaciones.

»Nuestros jóvenes diplomáticos organizan continuamente partidas de placer con sus colegas de las embajadas extranjeras, á fin de ejercitarse en la diplomacia. Saben, poco más ó menos, tanto chino como yo. El padre Paolo, de la misión católica, establecido aquí desde hace mucho tiempo y muy al corriente de todo, me asegura que nunca sabré más; que para poseer bien su lengua hay que vivir entre los chinos y como éstos. Resuelto á estudiarlos á fondo, he ido á vivir con un sabio de segundo grado, conocido del padre Paolo. Ese chino frecuenta desde hace mucho tiempo las embajadas, conoce tanto francés como yo, y pronuncia las palabras europeas como Sin. Le llaman en las embajadas «las diez mil ceremonias», aunque su nombre es en realidad Vann-Sinn-Li, lo que, por lo que dice él, significa «Señor de la Puerta Occidental». Se dice «un poco» cristiano. En la embajada de Alemania, pretende que es «doblemente cristiano», que se ha bautizado ya dos veces; pero en la misión católica, asegura que eso es una fábula inventada por los protestantes.

»El padre Paolo afirma que Vann es pobre, pero honrado, y espera hacer de él, con el tiempo, un ferviente católico. Vann ha consentido en ser mi siann-chann-li, es decir, mi profesor, por 10.000 tchoques al mes. No te asustes de esta cifra, madremita: no es enorme; representa solamente 10 rublos, incluyendo la casa y la comida, y recibo de mi tío mucho más. Hasta podré ayudarte, con el tiempo. Por consejo de los padres misioneros, me he vestido de chino, lo que disminuirá sensiblemente mis gastos de vestir. Todos los misioneros se visten aquí de la misma manera. He conocido entre ellos á un compatriota, al abate Plonski. Es un joven delgado y maci-

lento. Le sorprendió mucho oírme hablar en polaco. «¿Qué hace usted aquí?», me preguntó. Le conté los proyectos y los deseos de mi tío. Se encogió de hombros y me dijo que en todas partes encontraremos compatriotas, porque andamos dispersos por el mundo como los judíos después de la ruina de Jerusalén; como los judíos, llegaremos á ser con el tiempo una nación sin patria... ¿Es esto posible, madremita? ¿Llegaremos á eso algún día? Me duele el alma cuando pienso en ello...

»Vivo ya en casa de Vann. Conseguimos entendernos mediante una mezcla chino-francesa, salpicada de gestos. Tengo una habitación grande, pero incómoda, parecida á una linterna. Todo un lado lo ocupa una inmensa ventana de cuadritos, con papel transparente...»

...Brzeski dejó la pluma, se estiró, examinó su habitación para describirla mejor... ¿Pero qué describir? La mesa en que escribía, la silla en que estaba sentado, una maleta, y algunos efectos pendientes de clavos, todo esto se perdía en la inmensa «linterna» polvorienta. En un rincón, en el fondo de una alcoba pequeña, un lecho; en otro, un montón de basura bajo una escoba de paja de arroz. La luz rojiza del sol poniente se deslizaba trabajosamente al través del papel sucio de la ventana é iluminaba tenuemente las paredes grises, los muebles pobres y el rostro pálido del joven, que inventariaba su habitación bostezando.

De pronto, se oyó un ruido tras la hoja de cartón de la puerta, y apareció el cráneo afeitado de un muchacho. Los ojuelos del chinito, negros, alargados, se fijaron con curiosidad en Brzeski.

—La harina—dijo, é inmediatamente desapareció su cabeza.

Brzeski se echó á reír, y se levantó. Había comprendido que le llamaban para cenar.

Salió. Un crepúsculo inflamado invadía el cielo, lleno de nubes pesadas y tempestuosas. El patio sucio, de cantos oscuros; las paredes, pintadas de gris, del edificio oficial; los ven-

tanales de la miserable vivienda de Vann-Sinn-Li, llameaban como bocas de horno.

Sobre las ramas desnudas de los dos grandes árboles negros del fondo del patio, brillaban relámpagos de rubíes, y parecían haces de fuego sus añosas y rugosas cortezas.

La superficie de los techos en zig zag, y las fauces abiertas de los dragones de barro cocido acurrucadas en las esquinas, relucían como recientemente barnizadas. Los antiguos dorados y las pinturas rojas de las anchas goteras esculpidas brillaban en la obscuridad y parecían palpitar pesadamente, como guiñotean los ojos de un hombre que despierta sobresaltado.

Brzeski desconocía la «barraca», nombre que diera, bajo la primera impresión, á la casita del «Señor de la Puerta Occidental». De las resquebrajaduras de la pared, el lodo y hasta de las piedras y basuras del patio, se desprendió de repente, en medio de una decrepitud secular y serena, algo venerable y bello.

La habitación de Vann se parecía, como la de Brzeski, á una linterna llena de polvo, pero con muchos más muebles. En el centro, frente á la puerta, se abría en la pared una minúscula cocina. En el fondo, á la izquierda, había una mesa redonda, rodeada de groseros escabeles; adosado á la pared, se alzaba el altar de los antepasados, especie de mesita, adornada con tabletas grabadas de los abuelos, estampas baratas y un tiesto de porcelana, roto, del que salía una pluma de pavo real. A la derecha de la cocina, contra la pared, un tubo de ladrillos almacenaba el calor é iba á perderse tras una barricada de biombos de papel de colores chillones.

Cuando Brzeski entró, Vann estaba sentado á la mesa, sobre la que Tchang, un criado viejo horriblemente sucio, disponía escudillas con arroz y cerdo frito. El sian-chann saludó á su discípulo, alzando gravemente los brazos, y le sirvió por sí mismo la primera taza de té.

—Cada país tiene sus costumbres—hizo observar, con calma, en el curso de una conversación dislocada sobre el tiem-

po, el orden de las futuras ocupaciones y los métodos de enseñanza.—Así, entre nosotros, aun aquellos que pagan sumas considerables, son los primeros en saludar á sus profesores.

Brzeski se puso encarnado, porque, entretenido en examinar la habitación, se había olvidado de cumplir con aquel deber. Una risa ahogada detrás del biombo le turbó más todavía. Oyó cuchicheos:

—Lienn, Lienn, ya hace mucho tiempo que estás mirando por el agujero. Sin embargo, yo soy el que lo encontró. Déjame mirar ahora.

El joven se sintió observado; el crujir de un vestido femenino le desconcertó por completo.

Los palitos para coger los alimentos, que todavía no manejaba con bastante destreza, se negaban á obedecerle; los granos de arroz se escapaban tercamente y se esparcían por la mesa. El viejo Tchang, muy pensativo, miraba al bárbaro y meneaba la cabeza, mientras que detrás del biombo las risas tímidas amenazaban á cada instante convertirse en ruidosas carcajadas. Brzeski soltó los palitos y se levantó de la mesa, hambriento y de mal humor; dió las buenas noches al amo de la casa, y se retiró.

La iluminación del crepúsculo se había apagado. La noche, con el aditamento de las espesas nubes, había cambiado de nuevo los edificios en ruinas informes, y los árboles en monstruosos esqueletos, al través de los cuales el viento silbaba lastimeramente.

Brzeski entró en su cuarto, frío y húmedo; encendió la luz, y añadió á su carta:

«Estoy muy triste, mamaíta, muy triste. Escríbeme á menudo, lo más á menudo posible, y háblame de todo: me interesa la menor noticia de cuanto proceda de nuestra casa. Saluda, de mi parte, á las personas conocidas, así como á Teodoro y á su mujer. Tu hijo, que te adora,

JUANITO.»

.....

En China se madruga. Brzeski se levantaba, de ordinario, al amanecer: un frío penoso, húmedo, le echaba prontamente de su cuarto, helado por el aire glacial de la noche de otoño. Se ponía aprisa su vestidura china, y corría á la morada del sian-chann, en donde, al través del papel de las ventanas, brillaba ya el fuego encendido en la chimenea, y en donde veía agitarse sombras de perfiles chatos y largas trenzas colgantes.

—Muy buenos días, amable señor — le decía el viejo Tchang, frotándose vivamente con sus dedos la nariz, siempre destilante.

—Muy buenos los deseo al cocinero decrepito Tchang— respondía Brzeski con tono solemne, espiondo con desconfianza las manos del chino, por temor de que distraídamente se las limpiase, no en su traje, sino en el de Brzeski.

Se quitaba en seguida la túnica y se lavaba la cara y las manos á la moda china: con un pedazo de franela mojado en agua caliente. Tchang, mientras tanto, hacía las veces de mesa de tocador, teniendo la jofaina en las manos y examinando al joven con sus ojuelos.

—Los fríos llegan.

—¡Oh! sí.

—Mi amo, el generoso «Señor de la Puerta Occidental», me ha dado ya la orden de buscar una estufita para el cuarto del señor.

Brzeski estaba oyendo hablar desde el primer día de aquella estufa estipulada en el trato; pero siempre se oponía alguna dificultad á la compra: unas veces, la estufa que habían encontrado era demasiado pequeña; otras, demasiado grande, ó bien demasiado fea ó demasiado vieja, ó los obreros que debían ponerla se encontraban precisamente trabajando fuera.

—Buenos días—decía el amo de la casa, que salía de detrás del biombo.—Dentro de dos ó tres días tendrá usted una estufa. Me encargaré yo mismo de ello; este tonto de Tchang no consigue procurarse una. Pero tal vez el amable señor extranjero preferirá un braserillo.

E. M.—*Marzo 1905.*

—¡Oh, no! Deseo una estufa. Un braserillo despide tufo.

—Se podría encontrar un braserillo sin tufo. Pero á los extranjeros no les gustan los braserillos, ya lo sé. Será, pues, una estufa.

Detrás del biombo se oían á veces rumores de enfado, acompañados de recriminaciones en voz baja, ó el roce de vestidos que se ponen; después aparecía un niño de ocho años, Madgi, que ejecutaba con precisión ante su padre «una de las ocho reverencias». En el mismo momento se oía en el patio el cotidiano anuncio de un vendedor ambulante:

—¡Ko-le-min-tsy! ¡Ko-le-min-tsy!

Madgi, Tchang y el mismo Vann acudían á la puerta, y al mismo tiempo, tras el biombo, se abría una hoja de la ventana. A los pocos momentos volvía el niño con la cara alegre: traía en una bandeja de madera barnizada un montón de galletas de trigo calientes. Se sentaban para el té. Detrás del biombo se realizaba evidentemente la misma ceremonia, porque desde la parte contigua á la chimenea se adelantaba una mano que salía de una flotante manga azul, y cogía del fuego una tetera de porcelana.

Por las voces, Brzeski había adivinado á dos mujeres; pero observó que siempre era una mano fina la que se mostraba.

Después del desayuno, Tchang se iba á la compra con su cesta, Madgi desaparecía y Vann comenzaba la lección.

Señalaba un objeto, pronunciaba el nombre en chino y se lo hacía repetir. A menudo, para articularlo bien, Brzeski se veía obligado á repetirlo varias veces; pero la paciencia de Vann parecía no conocer límites. Lo más difícil eran los acentos; había varios, y daban á las mismas consonancias las significaciones más diversas. En seguida el alumno se ejercitaba en transcribir con tinta, con un pincel, los signos correspondientes de los modelos trazados en rojo, mientras que junto á la ventana, sobre una mesita, el profesor copiaba diferentes papeles.

Vann trabajaba muy asiduamente de la mañana á la no-

che, sin enderezar el espinazo, sin descansar más que durante las comidas, ó para limpiar sus anteojos, ó para preparar la tinta. Estaba muy satisfecho de su letra, y con bastante frecuencia llamaba á Brzeski para enseñarle, bajo pretexto de enseñanza, algún bello arabesco.

—Que mi sabio discípulo mire. ¿Reconocería este signo?

—Eso se parece extraordinariamente á una mosca á la que hubieran metido en la tinta y aplastado después en el papel—murmuraba Brzeski en polaco.

Pero fingía que le interesaban mucho aquellos jeroglíficos, pues había comprendido que la caligrafía de Vann constituía la fuente de los ingresos de la familia, que era muy pobre. La llegada de Brzeski fué para ella un acontecimiento providencial.

El joven quería mostrarse magnánimo hasta el fin, y no insistía en la compra de la estufa. Pero reinaba perpetuamente en su cuarto un frío tan insoportable, que permanecía días enteros en la habitación de Vann, prestando atento oído á lo que pasaba detrás del biombo. Aquello, seguramente, era una agradable distracción, comparándola con el fastidio de chapurrear palabras inglesas ó sumirse en la ciencia de los jeroglíficos chinos y el caos de la historia del Imperio del medio.

—En suma, también esto es una enseñanza—cuando se percataba de que estaba siguiendo en el techo las sombras de los personajes ocultos detrás del biombo.—Para conocer á fondo á los chinos, hay que conocer sus costumbres domésticas. Jamás se presentará mejor ocasión.

La primera vez no había percibido tras el biombo sino voces sordas y el ruido de un huso; pero de día en día, los sonidos se acentuaban y se hacían más varios. Mezlábanse gradualmente con toses, ruidos de utensilios, suspiros, á veces maldiciones.

—¿Qué es esto? ¿Cómo estás sentada?—chillaba una voz agria y ronca.—¡Desvergonzada! ¡Retírate al instante! ¡Oh miseria! ¿Cuándo desaparecerá de mis ojos semejante espanta-

jo? ¿Pero quién va á cargar con ella, quién? Esos virtuosos cristianos de tu padre tampoco se casan con muchachas sin dote, aunque tengan los pies dos veces más grandes que los tuyos. ¡Oh hija desnaturalizada! Jamás te acuerdas de tu anciana madre. También ahora me has olvidado. Ya estoy sin pipa.

—Pero, mamá, no puedo salir: está ahí un extranjero.

—¿Un extranjero? ¿Ese bandido rojo?

—Mamá, que entiende... y no es rojo.

—¿Le has visto, descarada? Confiesa que le has mirado.

De ordinario, en estos momentos, Vann entablaba una conversación en alta voz con Brzeski, ó bien le hacía leer. Transcurrían días de relativa calma detrás del biombo; entonces se escuchaba el chisporroteo de la pipa, y el olor nauseabundo del opio se esparcía por la habitación.

.....

Salvo estos incidentes, los días se deslizaban monótonos, sin variar más que en algunos detalles.

Cuando hacía buen tiempo, percibíase más claro el ruido de las calles comerciales próximas; el sol trataba de introducirse en la habitación por los cuadros sucios de las ventanas; acudían en mayor número al patio los vendedores y obreros ambulantes, tocando, cantando, haciendo resonar los instrumentos más extraños.

En los días de lluvia, el chapoteo del agua en el techo, el golpear en las ventanas del papel mojado, á impulsos del viento, hacían más sensibles aún la fealdad gris de las cosas y el fastidio de aquella vida uniformemente mediocre.

Uno de aquellos días, el rumor habitual de la ciudad aumentó de repente hasta un estrépito extraordinario, que iba en aumento y llegaba cada vez más claro á los oídos de los habitantes de la casita.

Vann había dejado su pincel: escuchaba.

—Vienen á casa — dijo; y su rostro, inmóvil y amarillo, amarilleó más.

Brzeski, asombrado, miró hacia la puerta.

—¿Qué es?

—Vienen.

—¿Quiénes? ¿De dónde?

El ruido de los pasos y de las voces se oyó en el patio, bajo las ventanas. Vann desapareció. Brzeski, turbado, se dirigió á la entrada. De la multitud de chinos que se agolpaban á la puerta, salieron el doctor y el topógrafo con dos criados del consulado, y al verle se adelantaron alegremente hacia él.

—¿Por qué parece usted tan asombrado?

—No esperaba...

—Es que nos vamos, y venimos á despedirnos.

—¿Se van ustedes? ¿Se han decidido por fin? — preguntó Brzeski con cierto disgusto.

—Sí—contestó alegremente el topógrafo.—¿Cómo se dice, doctor? *Teineo Danaos et dona ferentes...* Me encantan las citas latinas; en cuanto leo en un periódico un argumento de ese género, me siento inmediatamente convencido... Así, pues, tenía que elegir: ó satisfacer mi ambición aceptando un puesto aquí y enviando al diablo el magnífico mapa del interior de China, dibujado por mí mismo, ó sacrificarme á marchar... Me he sacrificado. He sido siempre educado en un profundo respeto del sacrificio.

—Añadiré que el barón nos ha encargado que le digamos á usted...—dijo el doctor.

El joven meneó vivamente la cabeza.

—¿Por qué? Escuche usted hasta el final—insistió el doctor.

—Entren entonces — dijo Brzeski, y les condujo á su cuarto.

—Creía que vivía usted con Vann Sinn—dijo el topógrafo, sentándose en una silla y examinando el cuarto, mal arreglado y lleno de polvo.

—Sí, pero duermo aquí.

Brzeski sintió con cierto pesar que se ruborizaba... sin motivo.

—¡Hum, hum!—gruñía el topógrafo, prosiguiendo su inspección.

—Pues bien, el barón ha cambiado mucho — continuó el doctor.

—«Baron e mobile...» Pero lo más importante — añadió el topógrafo — es que él se dirige á Chang-Hai por mar, dejándonos ir por tierra al barón y á mí.

—Me ha autorizado que le proponga á usted que se una á nuestra expedición como ayudante mío — exclamó triunfalmente el doctor.

Brzeski meneó de nuevo la cabeza.

—Mi tío...

—Deje usted á su tío. Déjelo todo. Abandone lo que no puede ser. Nunca echará usted raíces en China, no... No se haga usted ilusiones.

—Basta de broma. Telegrafiamos al tío — dijo el doctor. —Seguramente no se opondrá. Este viaje le asegura á usted inmediatamente una posición. Obtendrá usted fácilmente un puesto lucrativo, ya en la frontera, ya en la misma China. Y si prefiere usted consagrarse á los trabajos científicos, la Compañía le empleará con gusto.

En aquel momento hicieron un rasgón en el papel de la ventana, por el que asomó un dedazo sucio.

—¿No es éste el dedo de Dios? ¿Qué quieres, pillastre? ¡Se acerca el invierno y destrozas los inmuebles! —dijo gravemente el topógrafo, atrapando el dedo.

Éste se retiró con viveza, y por el agujero brilló un ojo negro y luciente.

—Veo que no vendrá usted — exclamó el doctor con tristeza. —¿Por qué? Reflexione. Nos sería usted útil. Juntos los tres tendríamos más ánimos en el viaje. Si uno de nosotros pereciera, quedarían dos para concluir la obra.

Brzeski, de pie, con la cabeza inclinada, no respondía nada.

—Déjele tranquilo — dijo el topógrafo. —Si yo fuera más

joven y más fuerte, tampoco me marcharía. Después de todo, en el fondo, le invitamos á que ayude á unas gentes que han querido perderle. ¿Y para qué semejante proposición? En realidad, todo esto no es más que aire... ¿Pero qué hacer? Yo no entiendo más que los relieves y las líneas del suelo, y el doctor tiene una ternura exclusiva por los reptiles y los bactracios... Venga usted á vernos; marchamos dentro de algunos días. Y ahora, ¿no podríamos tratar del té, «tchin-tsi»?... Qué bien hablo el chino, ¿eh? Hay que reconocer que ha elegido usted un domicilio muy lejano, y estamos rendidos de la caminata.

Brzeski se dirigió hacia la puerta, en la que, muy oportunamente, se presentó el «Señor de la Puerta Occidental», quien saludó solemnemente á los huéspedes, á los que ya conocía de la embajada.

Tras él entró Tchang con la tetera y tazas en una bandeja.

—¡Qué buen tipo es este viejo! ¡Tchinn, Tchinn!—exclamó el topógrafo amablemente, agitando sus puños ante el criado.

El cocinero le miró sonriendo y colocó la bandeja, y se limpió las narices con los dedos.

.....

La visita de los dos europeos con uniforme tuvo por primer resultado el hacer menos ruidosas las conversaciones detrás del biombo; se corrieron las cortinas con mayor cuidado, y la mano que cogía la tetera avanzó más tímidamente, para desaparecer con mayor rapidez. En el patio se deslizaban á cada instante chinos que entablaban con Tchang largos y misteriosos coloquios. Algunos intentaron introducirse en la habitación, pero Vann tuvo buen cuidado de impedirlo.

—Perdone, amable señor de ultramar, la tontuna de nuestros vecinos, ignorantes y pobres, que no poseen más que su curiosidad. Con el tiempo se olvidará todo. El olvido lo sepulta todo: la virtud y el crimen, la gloria, el amor, la cólera... El olvido es un presente de los dioses. Sin él, el mundo esta-

ría lleno de tristeza—declaraba sentenciosamente Vann ante su alumno entristecido.

—¿Podría llevarme Madgi mañana á la misión católica?—preguntó de repente el joven.

—¿A la misión católica? ¿Tan lejos? ¿Con el lodo que hay? Veo que mi estudioso discípulo tiene un asunto importante. ¿Ha recibido usted alguna carta de su casa?—exclamó Vann con solicitud.

Como Brzeski no respondiera, añadió dulcemente:

—No le aconsejaré que se aleje mucho de la casa en estos momentos... y Madgi está ocupado.

—Entonces iré solo.

Vann alzó los brazos, arqueó las cejas y dejó de protestar; hasta prometió que Madgi estaría libre.

La proposición del barón había turbado la tranquilidad de espíritu de Brzeski. Invadiéronle vacilaciones, pensamientos y deseos contradictorios, dudas de las que era incapaz de salir por sí mismo. Experimentaba la imperiosa necesidad de someter sus dudas á alguien, y se acordó del abate Plonski.

Le encontró en el fondo del jardín de la misión, con un libro en la mano.

El sacerdote le recibió con afabilidad, casi alegremente, y le interrogó solícitamente sobre su vida. Brzeski respondía distraídamente y dirigía hacia todos lados miradas escrutadoras.

—¿Ha visto usted al padre Paolo?—preguntó Plonski.

—No.

—Iremos á saludarle.

—No, señor cura. Quería ante todo... ¿Podríamos dar una vuelta por las fortificaciones de la ciudad? No las he visitado—añadió mirando hacia la muralla, almenada y sombría, que se veía al otro lado de la cortina de los árboles sin hojas.

—Con mucho gusto. Es mi paseo favorito.

La entrada estaba próxima, y á los pocos momentos el sacerdote y su amigo, precedidos por Madgi, caminaban por

medio de la calle aérea. Los rumores de la ciudad no llegaban hasta allí. La solemnidad del silencio no era turbada sino por el viento que gemía entre las hierbas crecidas en las hendiduras de las piedras. Bandadas de palomas grises corrían largo trecho delante de los paseantes, antes de alzar el vuelo y desaparecer asustadas á derecha é izquierda, tras las balaustradas bajas, más allá de las cuales se extendía, como en el fondo de un abismo, un vasto mar de techos multicolores, fantásticamente conformados. Sus matices amarillos, rojos, violados, azules, verdes, abriantados por las recientes lluvias, relucían al sol, como pedazos de tela policromos sobre el fondo pardusco de los jardines despojados por el invierno. Las nubes, interponiéndose entre el sol y la ciudad, proyectaban una sombra suave sobre el amontonamiento de los techos. Al través de una columna azulada de brumas, asomábanse en el espacio, en el límite del horizonte, las torres de techos lanceolados y los edificios de los templos de la tierra y del cielo.

De lo alto llegaba á veces un murmurio extrañamente melodioso.

—Son las flautas sujetas en las alas de las palomas... ¿No es verdad que se parece mucho al canto de nuestras alondras?

—También en Mongolia hay alondras—respondió gravemente Brzeski.

El abate Plonski sonrió.

—¿No tenía usted que decirme algo, hijo mío?

—Sí, señor. No sé á quién consultar. Pero es preciso que le cuente todo, desde el principio, y sin duda será muy largo y muy enojoso. Tal vez no tendrá usted tiempo...

—Habla, hijo mío, habla. Soy, por vocación, un consejero y un confidente.

Brzeski contempló el rostro joven del sacerdote, en el que se leían, no obstante, las huellas de grandes dolores ya vividos; la voz vibraba grave, pero dulce, extrañamente cordial.

El joven se puso á hablar de su madre, de la casita del barrio siberiano, de sus sueños universitarios, de Teodoro, del

tío, de su marcha á China, del resultado de la expedición, del fotógrafo, del doctor, del topógrafo, del barón, del juicio, de la fuga, del socorro que salvó á la caravana; en fin, de la última proposición del barón.

—He rehusado... Tal vez no he hecho bien. Quizás no tengo derecho á ello, á causa de mi madre... Me dicen que renuncio á un porvenir brillante, que no se volverá á presentar semejante ocasión, que el barón ha dado el primer paso y que nada, por consiguiente, debe detenerme, estando á salvo mi dignidad.

El sacerdote contemplaba los tejados de la ciudad extranjera, que brillaban al sol, y escuchaba atentamente.

—¿De qué porvenir hablas, hijo mío? ¿Marcharías con ellos, con la esperanza de llegar á ser un sabio explorador, miembro de sus diversas sociedades? ¿Te he comprendido bien?... No hagas eso, hijo mío... A ese precio, tu madre no aceptaría el bienestar, porque equivale al suicidio. Desde el día en que comiences á modificar la ortografía de tu apellido y en que le hagas preceder de un *von* ó de un *de*, perecerá en ti una parte de algo grande, de que Dios, en sus impenetrables designios, te ha hecho el depositario, la encarnación frágil. Una vez encadenado en sonidos extranjeros, tu pensamiento perderá sus alas. Ciertos sentimientos enmudecidos morirán en ti, porque no viven sino en las palabras oídas en la cuna. Conocerás momentos de terrible melancolía, ó lo que es peor todavía, te convertirás en el sepulcro ambulante de un hombre... Tenemos muchos sepulcros de esos, y se multiplican sin cesar. Cier- to es que sus negocios marchan bastante bien: no carecen de nada, tienen comodidades, un trabajo agradable, la consideración de todos; pero no creo en la duración de su obra. Hijo mío, el mundo es un lugar de sacrificio; Dios ha creado los pueblos por designios que Él conoce, y ha querido que cada individuo, por su pueblo, sirva á la humanidad entera; la fuerza de un pueblo descansa en el corazón de sus conciudadanos. No busques los umbrales extranjeros, los honores y las rique-

zas de los extranjeros; conserva intactas las virtudes de tus antepasados. Limpia de toda mancha lo que se manchó en el pasado, pero no trueques tus vestiduras por vestiduras extranjeras. Permanece siendo tú mismo y no te avergüences de ser inerte en apariencia. Trata de aventajar á los otros solamente por tus virtudes. Sé puro, sé animoso, sé bueno...

—Sí, padre mío; quiero ser bueno.

—Las circunstancias te han traído hasta aquí. Tal vez, con el tiempo, llegarás á ser el director de la fábrica de tu tío... No oprimas á las gentes del país. Que el nombre de tus compatriotas se una, en la imaginación de los pueblos extranjeros, á una imagen generosa y grandiosa. Hubo un tiempo en que así era... Pero, sobre todo, en cuanto puedas vuelve, vuélvete con los tuyos. Allí está el campo que debes cultivar.

—¡Ah! ¿Y...?—articuló Brzeski; pero, turbado, no concluyó su pregunta.

El sacerdote sonrió tristemente.

—Adivino, hijo mío, lo que quieres preguntarme. Yo soy del ducado de Posen. Nosotros los sacerdotes somos como los soldados. Por no haber querido prestar la mano en la destrucción de las flores de Dios, me encuentro aquí. Que se esté más cerca ó más lejos, poco importa, desde el momento en que ya no se está con los suyos... Lo peor es que no creo en la conversión de los chinos. El comercio y la política han abierto un abismo insondable entre estas almas y la enseñanza de Cristo. No hay calamidad más terrible que nuestras relaciones con los indígenas; hablamos de amor y de caridad, y tras estas palabras se esconden instrumentos de opresión y de exacción.

Seguían andando y asustando á las palomas grises. De las garitas, colocadas á distancias de doscientos ó trescientos pasos, salían soldados ó sus mujeres, y después de haber saludado á los paseantes agitando sus puños, los examinaban atentamente.

Brzeski les oyó murmurar:

—Son extranjeros, cristianos. ¿Qué hacen aquí?

—Vuélvete, joven, vuélvete...—dijo el sacerdote.

—Sí, padre; volvamos. Nos han reconocido y nos espían.

—No hablo de esa vuelta... Pero es cierto que nos siguen. Nunca me ha ocurrido eso...

—Allí, cerca de la misión, están acostumbrados á los extranjeros. Entretenidos en la conversación, hemos llegado á un barrio lejano. ¡Vamos, Madgi, que volvemos! —gritó Brzeski en chino.

El muchacho, inclinado sobre la balaustrada, seguía atentamente las evoluciones de las piedras que tiraba, y no oyó que le llamaban.

—¡Madgi!—volvió á gritar Brzeski.

—¡Magdi!—repitió servicialmente un soldado que iba tras ellos.—El paseo es agradable en la muralla.—añadió, volviéndose hacia Brzeski.—Aquí no hay ruido ni polvo.

—Así es—contestó el joven, dándole unas monedas.

El padre Paolo les recibió en el umbral de la misión.

—Ya sé, ya sé, joven. Le felicito y le deseo buena suerte. ¿Se va usted con el barón?

—No, padre; me quedo en Pekín para estudiar.

—Tanto mejor, tanto mejor; está muy bien. Se dice que el barón se dispone á ir muy lejos. Ya lo creo: me han contado que tiene la intención de buscar un camino cómodo para el establecimiento de una vía férrea que pasaría por el Tibet y el Asia Menor, é iría á parar al Bósforo. Es una concepción espléndida. Usted podría, joven, adquirir una ventajosa situación en ese camino de hierro; pero puesto que prefiere usted el estudio...

—Nadie me ha hablado de ningún camino de hierro...

—Comprendo y apruebo esa discreción. ¿Pero quién es ese chinito?

—El hijo de mi propietario: Madgi.

—Ya es un mozo. Sabía que Vann tenía hijos, pero me había dicho que eran muy pequeños. ¿Vas á la escuela, chiquito?

—Sí.

—¿Y qué aprendes?

—He empezado el *Libro de las Tres Palabras*.

—¡Ah! veo que eres un muchacho inteligente. ¿Y cuándo está en casa tu padre?

Madgi miró de reojo al misionero.

—Mi padre... está escribiendo siempre—respondió entre dientes.

El padre Paolo le dió un dulce, y le envió á la cocina; después pasó á su cuarto con Brzeski, reanudando la conversación del ferrocarril.

.....
El barón se marchaba.

En la embajada se aprovechó la ocasión para organizar, en honor de la expedición, una comida de despedida.

A las seis y media los invitados se sentaron en derredor de una gran mesa larga.

Erguíanse en el centro seis enormes ramos. Los blancos cálices de los lirios se mezclaban con las lengüetas de fuego de los tulipanes; las corolas de las rosas amarillas se inclinaban sobre las pálidas azaleas; enormes claveles formaban un lindo tejido con los menudos pétalos de las flores de azahar y las aterciopeladas tuberosas. Cada ramo estaba rodeado de hierbas delicadas y ligado á los otros por lazos de laurel.

Cintas de color de rosa pendían de los altísimos candelabros de plata y unían las flores con las luces.

A los dos lados de la florida barrera formaban botellas y esbeltas ánforas de cristal; los fruteros contenían pirámides de frutas amarillas, rojas y violadas; frente á cada cubierto se hallaba dispuesto un juego de copas de colores y formas diversos; las servilletas salían de las copas para agua como blancos abanicos.

Al lado de los platos, cuya blancura, animada por un filete de oro, resaltaba apenas sobre la blancura de nieve del mantel, brillaban á intervalos iguales los cubiertos de plata, semejantes á tiras de cristal pulimentado.

Cada convidado tenía ante él un salero japonés diferente, primorosamente trabajado. Esparcíanse por la estancia aromas de flores y de vinos.

Bajo la luz verde suave de la alta lámpara eléctrica proyectaban los objetos sombras indecisas, temblonas, como las sombras de un día de invierno. En el techo, encima de la lámpara, inmensos abanicos con armaduras de caña balanceaban sus brillantes colores, como gigantescas mariposas.

En medio de los vapores ligeros y perfumados que despedían los manjares, un grupo de señoras con trajes claros y de señores vestidos de negro hablaban alegremente y hacían resonar los cubiertos.

De los escotados corpiños brotaban, blancas como el mármol, tibias como frutas caldeadas al sol, las carnes de las damas. Los ojos y los labios prodigaban sonrisas. Los hombres ostentaban una actitud digna y elegante.

Mezclábanse amigablemente las conversaciones en inglés, en francés, en alemán, en italiano. Por detrás de los invitados, en la fresca penumbra, circulaban los criados chinos, vestidos de blanco, silenciosos y diligentes.

Brzeski estaba sentado, taciturno y silencioso, al lado del topógrafo, y sus dedos arrugaban maquinalmente el bordado del mantel. ¿Qué hacía allí? ¿De qué podía ser útil su presencia? Luchaba en vano contra la timidez que le irritaba, le apretaba la garganta.

Su levita europea, á la que se había deshabituado, y su postiza trenza, arrollada sobre su afeitado cráneo, acababan de hacerle perder su sangre fría. Observó ciertas miradas curiosas que se dirigían discretamente hacia él, y temía á cada momento ver que alguno de los invitados le dirigiese una serie de preguntas formuladas en cualquiera lengua extranjera, ininteligible. Así fué que, cuando le interpeló el topógrafo, la voz ronca de éste le pareció una música celeste.

—Se encuentra usted cohibido, joven, porque, á pesar de sus teorías, respeta usted todavía todo esto. El aparato le impone...

Mire mejor: son salvajes de las cavernas, que se han perfumado... Tenga usted conciencia de sí mismo: usted vale por todos. Desprécielos como yo. Enamórese de algún jeroglífico chino, como me he enamorado yo de las convexidades del suelo y de sus depresiones.

Brzeski no sabía qué hacer, si reirse ó enfadarse.

—Siempre es usted el mismo—dijo en tono de censura.

—¡A tu salud, muchacho! Bebe—exclamó el topógrafo con su voz natural.—Mereces la salvación eterna. Gracias á ti fallaron las leyes de la estepa, y además tendremos un soberbio mapa. El «Sajón» ha capitulado por completo. Nos concede una autonomía australiana. Ha permitido al doctor que lleve un océano de alcohol: si no nos lo bebemos, habrá para todos los animales de la creación... Bebe, muchacho, no economices: es el vino de la embajada. Vale más que lo beban los hombres que uno de esos individuos decorativos. ¡A tu salud! Continúa siendo, en lo posible, lo que eres, y reza alguna vez por mi alma. Estudia la China á fondo. Tienes suerte: he visto una linda carita en la ventana de tu propietario... Pero no te dejes encadenar... Vuelve al país—concluyó diciendo con enterrecimiento el viejo vagabundo.

—Volveré, seguramente que volveré. Sé lo que quiere usted decir. ¡Por el pueblo, por la humanidad!—exclamó Brzeski.

—¿Cómo? ¡Por la humanidad! No. Es una filosofía demasiado profunda, no es ese mi género. Vuélvete, porque aquí la vida no conduce á nada. Te diré confidencialmente que, por bien que te fuera, lo sentirías como alguno que conoces, y al morir lamentarías no haber vivido de tu propia vida... Hubo un perro, el perro cazó, el perro murió, ya no hay perro. Además—¡cosa terrible!—estos asiáticos no se lavan nunca, y desean todo el mal posible... á sus enemigos. Cada uno de ellos necesitaría, por lo menos, media onza de jabón y una libra de virtud. Dado lo muchos que son, sería un gasto considerable... y hay varios proveedores dispuestos á añadir á esos artículos

otros muchos. Pero... nuestra «civilización» no triunfa aquí, y el que la propaga no cosecha ningún agradecimiento. Deja ese cuidado á los demás. Todo es polvo vano y volverá al polvo. ¿Te acuerdas de aquel mongol de las arenas que enseñaba los dientes? Todos moriremos. Mientras tanto, bebamos el vino de la embajada para tener algo que trasudar en lágrimas. ¡Qué bodas de cocodrilo las de Caná en Galilea! Ilumina tu rostro, joven, bebe, y habla... de ti.

Brzeski se animó un poco y se enterneció. Experimentó un violento deseo de demostrar alguna simpatía, aunque no fuese más que en palabras, al mocetón aquel, gastado y solitario.

—Tal vez más que nunca, no...—balbuceó conmovido.

—Habla de ti, joven—le interrumpió alegremente el topógrafo.

Brzeski sonrió, vació un vaso de vino, y se puso á hablar de su propietario, de Madgi, de Tchang y de su nariz eternamente húmeda, de las voces de detrás del biombo y del chisporroteo de la pipa.

El topógrafo le escuchaba atentamente.

—Eso no está bien—dijo por fin.

—¿Por qué?—preguntó Brzeski, asustado.

—No dices nada de la joven.

—No digo nada, porque no sé nada. No la he visto nunca.

Sin embargo, ante la mirada del coloso, se puso encarnado como una cereza.

Felizmente, se levantaban de la mesa. Entre el tumulto, el topógrafo fué abordado por unas señoras que, al parecer, deseaban conocer á Brzeski. Durante un momento estuvo en peligro de convertirse en la *great attraction* de la comida de la embajada: numerosos ojos curiosos convergían hacia él; pero pudo esquivarse á tiempo.

Llamó al doctor y al topógrafo en el vestíbulo, les abrazó afectuosamente y salió, disimulando sus lágrimas.

Un criado chino la acompañaba llevando una linterna. La ciudad dormía ya, sepultada en la humedad y en las tinieblas.

El agua chapoteaba bajo los pies de los caminantes; se hundían á cada paso en el fango, aunque el guía distinguía hábilmente, al vago resplandor de su linterna, el sendero que serpenteaba entre dos surcos de un negro de tinta. Iban uno tras otro, deslizándose con circunspección á lo largo de las paredes, de las tiendas cerradas y de los tinglados abandonados. A veces, sobre sus cabezas, bajo los rayos indecisos de la linterna, brillaba un escudo dorado, ó bien se agitaba una muestra roja; en la obscuridad vacilaba á veces á lo lejos la estrella amarilla de la linterna de un transeunte, retrasado como ellos. A intervalos iguales resonaban sordamente los gongs de madera de los vigilantes nocturnos.

Brzeski ignoraba absolutamente en qué se guiaba el criado para la elección de camino. Él no distinguía nada, salvo las manchas negras y confusas de los edificios y el cielo nuboso, sin ninguna estrella.

De repente, el guía se detuvo, alzó la linterna y dió un grito. Ante ellos había un espectro, un esqueleto revestido con tiras de paja que desde su cuello colgaban á todo lo largo del cuerpo como un tejido de escamas.

Antes de que Brzeski hubiera podido examinarle, otro espectro, igualmente descarnado, completamente desnudo, surgió de las tinieblas y se apoderó del paquete que contenía el traje europeo de Brzeski; después, los dos fantasmas desaparecieron.

—Unos mendigos, unos leprosos, sin duda—murmuró el chino, asustado.—Ya había dicho yo que era mejor no salir de noche. No sé verdaderamente cómo he de volver á casa.

—Pasarás la noche en nuestra casa... ¿Leprosos? ¿Hay leprosos aquí?—preguntó Brzeski con repugnancia.

—Sí, hay. Pero les está prohibido entrar en la ciudad. Viven en los cementerios. Ha sido una suerte que no hayan conocido que era usted un extranjero: nos hubieran restregado su suciedad. Creen que de esta manera se libran de su mal.

Al día siguiente supo Brzeski que durante su ausencia ha-

bía estado el padre Paolo en casa de Vann. Este permaneció sentado, absorto en su caligrafía y con los labios estúdiosamente apretados; en cambio, tras del biombo, las regañinas menudearon todo el día. La manecita larga y fina no volvió á mostrarse, porque se habían dispuesto los biombos de tal manera, que se podía ya coger el té sin que lo viera el extranjero.
.....

Las lluvias y las nieves, con violentos huracanes, hicieron de las suyas. El techo de la habitación de Brzeski se llenó de goteras; el papel de la ventana se desgarró en varios sitios. El «Señor de la Puerta Occidental» no pensaba para nada en reparaciones.

—En nuestra ciudad hace frecuentemente frío en invierno —declaraba cuando su huésped se quejaba del rigor de las noches.—¡Qué no hará en sus países del Norte!

Brzeski le explicaba el arreglo y la calefacción de las casas europeas, y Vann respondía invariablemente, con afectada cortesanía:

—La alta inteligencia de las gentes de Ultramar sabe obviar las vicisitudes.

Pero no hablaba ya de la estufa, ni siquiera del brasero. Cuando por fin Brzeski, exasperado ya, le declaró sin ambages que no quería continuar habitando en un lugar frío y húmedo, y le obligó á que comprobase el estado de cosas, Vann entró en la habitación, meneó su cabeza como ante un espectáculo inesperado, y propuso al joven, mientras que se arreglara el techo y se pusiera un calorífero, que se fuese á vivir con ellos á la cocina.

Hacía ya mucho tiempo que Brzeski pensaba en aquella solución; pero no había dicho nada para no dar lugar á la desconfianza del chino. No quería cambiar de profesor, y dudaba de encontrar otro que uniese á una sólida instrucción china algún conocimiento de las lenguas y costumbres europeas. Trasladó, pues, su cama sin más tardar, y la puso en el rincón relativamente más seco y más caliente, al lado de la chime-

nea. No había seguramente lugar más confortable, excepto quizás tras del biombo, adonde llegaba el calor de la chimenea por un grueso tubo de barro cocido.

El joven sentía curiosidad por saber cómo se las iban á arreglar las dos mujeres. Suponía que por fin la señora y señorita Vann tendrían que mostrarse. Pero se engañaba. El biombo sufrió un nuevo arreglo, y todo continuó lo mismo; sin embargo, en adelante no cesó de oír consonantes chinas, é hizo rápidos progresos, tanto más cuanto que Vann escribía menos por entonces y le consagraba más tiempo.

Tras el biombo continuaban los mismos rumores, los mismos pasos sordos, las mismas risas ahogadas, el mismo ruido del huso, y las exclamaciones de cólera, y las respuestas tímidas, y el ligero chisporroteo de la pipa, y, de cuando en cuando, conciliábulo secretos con Tchang, en ausencia de Vann.

—¿Qué significa esto, cocinero? ¿Por qué tenemos tan pocos guisantes? No hay carne. Sin embargo, te he dado el mismo dinero de siempre—recriminaba por su parte Vann, irritado ante una comida en exceso frugal.

—Había bastantes guisantes cuando los compré, en apariencia por lo menos. Pero el tuno del tendero los debe de haber escamoteado—replicaba Tchang.

—¿Por qué los tomaste? ¿Estabas ciego?

—Ha encarecido todo de una manera terrible en el mercado. Sin duda ha llegado á la corte algún vasallo eminente, y su innumerable acompañamiento ha acaparado los géneros.

—Te ruego que no compres nada en donde se surten los grandes personajes.

—Está bien—respondía humildemente el criado.

Pero no tardaba en escasear la comida.

—¿Qué es esto? ¿Algún otro eminente vasallo?

Tchang se encogía de hombros, como quien no puede remediar una cosa.

—¿Adónde vamos á parar?—exclamaba Vann.—Se acerca el nuevo año. Cada vez tengo menos trabajo y ningún ahorro.

El dinero se va como agua. Y en casa no hay nada: parece la del más pobre menestral.

—Cállate: me mareas con ese torrente de palabras — gritaba, desde detrás del biombo, la voz ronca de la señora de Vann.

—Estáis de acuerdo para robarme tú y este viejo diablo, al que me voy á ver obligado á ponerle en la calle.

—¡Que te robamos! ¡Pobre de mí! ¡Qué vida! ¿No soy una dama, una hija de elevada familia? ¿No han sido varias veces mis hermanos gobernadores de provincias? Ingrato, ¿hubieras llegado á ser lo que eres sin la ayuda de ellos? ¿Lo has olvidado ya? Con la esperanza de que rodearías de todos los cuidados necesarios á su hermana, á la madre de tu hijo, te consiguieron un puesto en Mongolia. Pero tú, por amor á una mongola de pies grandes, preferiste perder tu honor y dejarla á ella y á su progenitura todo lo que adquiriste. Y ahora... ¡dices que te robamos! ¿A quién robamos? Tú me has robado mi juventud, mis encantos. ¿A quién echaron del servicio por sus rapiñas sin límites, á mí ó á ti? Hiciste que se sospechara de mis hermanos, y ahora haces que su hermana viva en la miseria. La privas de todo. No tengo marido, no tengo hijos... sin lo cual no sufriría tan horribilmente; ellos encontrarían el medio de aliviar á su anciana madre, á la esposa de elevado nacimiento. No, yo no puedo soportar esto por más tiempo, y estoy resuelta á morir de una manera ruidosa y grandiosa.

Ante esta amenaza, Vann se callaba por lo general, y á veces tomaba la puerta precipitadamente.

Pero cuando por acaso había algún ingreso extraordinario, la humareda del opio se esparcía por la habitación, y reinaban períodos de paz. Entonces el «Señor de la Puerta Occidental» cogía por la noche un libro y leía, á la luz de la lámpara de petróleo de Brzeski, la relación de las aventuras del «heroico estudiante Tien-Tchung-Yu y de la bella y fiel Chuei-Ping-Sinn».

El pequeño Madgi apoyaba los codos en la mesa y no apartaba los ojos de su padre.

El viejo Tchang se sentaba sobre los talones, apoyado en la pared, y de cuando en cuando hacía observaciones llenas de buen sentido y de sensatez; los biombos se apartaban un poco, y al ruido monótono de los husos se mezclaban á veces sordas exclamaciones de admiración ó de indignación.

.....

Por Navidad recibió Brzeski una carta de su madre.

«Hijo mío, queridísimo—escribía la buena anciana,—¡qué lejos estás de mí! ¿Qué haces? ¿En dónde estás? ¡Qué martirio no saber de ti sino de tarde en tarde!... Espero tus cartas como se espera la salud, y cuando llega una, ¡es siempre tan breve y me hablas tan poco de ti! Dímelo todo, querido mío. He llorado mucho al saber que has tenido que vestirme de pagano y hasta ponerte una trenza. ¡Qué fácil es perder el alma en semejante país! El mal se desliza como un ladrón. Al principio nos inspiran aversión las costumbres extrañas, después nos son indiferentes, y á la larga concluimos por adoptarlas nosotros mismos. ¿Rezas, hijo mío, por lo menos una vez al día? Me has escrito que tu profesor es cristiano, pero confieso que no creo en el cristianismo de un hombre que se viste como las mujeres y gasta trenza. No me dices si tiene alguna hija, ni si su mujer es joven ó vieja, fea ó bonita. Vuelve sin mancha, hijo mío, como se lo pido siempre á Dios en sus oraciones. A veces me enfado con tu tío por lo que ha hecho. Vuelve lo antes posible. He pensado en lo que te ha dicho el abate Plonski, y he decidido que cuando vuelvas compremos en nuestro país un pedacito de tierra donde instalar definitivamente nuestro nido. Te casarás, y mis nietecillos corretearán por el jardín, como lo hacías tú por el jardincillo que ahora cultivo sola... Teodoro sigue bebiendo y sin pagar el alquiler, pero es un buen hombre».

La carta era larga, estaba llena de detalles; conmovió á Brzeski y le puso pensativo. Se le ocurrió ir á enseñársela al abate Plonski; pero le hubiera hecho perder todo el día: mejor era esperar á las fiestas para hacer tal visita.

Estudiaba asiduamente el chino y el inglés, leía las obras sobre China, su comercio y el cultivo del té.

Transcurría el tiempo monótonamente, pero con rapidez. En la casa de Vann se habituaban á Brzeski poco á poco; por detrás del biombo comenzaron á mostrarse no solamente manos, sino cabezas de mujeres.

Se acercaba el día de Año Nuevo, la principal de las fiestas nacionales de China; también se preparaban en casa de Vann. La víspera de la primera neomenia del primer mes del invierno, se barrió cuidadosamente el cuarto, se quitó el polvo y se pusieron flores naturales en todos los rincones; el propietario compró un cesto de ellas en el mercado. En el altar de los antepasados se desparramaron pétalos de rosas y de camelias y flores de azahar traídas á la capital de las lejanas regiones del Mediodía.

Las flores alternaban con bandejas de frutas y alimentos consagrados, bujías de resina coloreada y vasos con aromas. Toda la noche estuvo encendida la cocina; y la grasa chisporroteaba, cociendo galletas, carnes, pescados y legumbres. Las mujeres no se acostaron.

El día de la fiesta empezó por la lectura de varios pasajes del libro de familia de los Vann; quemóse incienso, se encendieron las bujías de ritual, se prendió fuego á largas tiras de papel dorado con diferentes dibujos. En aquel momento se separó el biombo, y las mujeres permanecieron cerca de la entrada. Brzeski oía sus movimientos y sus cuchicheos; pero, durante la ceremonia, no se atrevía á volverse; cuando se decidió á ello, habían desaparecido.

Hacía un hermoso día: el sol inundaba con un raudal de oro la ventana de papel. La nieve recién caída avivaba el resplandor de la luz. Después de comer, los hombres se pusieron unas gorras de piel y marcharon á la ciudad; Madgi, por supuesto, acompañaba á su padre.

Por las calles, empavesadas, circulaba la multitud, de preferencia en la misma dirección. Parecía un río de nankin azul.

De aquel río emergían miles de cabezas, miles de abanicos rojos, sombrillas multicolores, linternas de extrañas formas y caprichosos emblemas. Los sonidos de las campanas y los profundos rugidos de los enormes gongs de cobre ensordecían las voces humanas y se esparcían por el espacio; el viento agitaba innumerables banderas.

Brzeski se perdió con sus compañeros entre aquella multitud que se divertía. Tomó parte, con sincera complacencia, en la procesión del «Gran Dragón de la Prosperidad»; bailaba, reía, gritaba al igual de todos, y agitaba las guirnaldas de flores que le daban para que las sujetase.

Pasaron la noche en el teatro, en donde los fenómenos «de la Tierra, del Cielo y del Agua» desfilaban ante ellos en fantástica danza. Cuando volvieron á casa, á eso de las doce, las calles, iluminadas con linternas y luces de bengala, adornadas con banderas y guirnaldas, parecían avenidas de fantásticas flores movientes. Quemábanse en todas partes fuegos artificiales, y bajo los pies estallaban petardos á cada paso. Los cantos, las risas, la música, la algarabía, duraron toda la noche.

Mientras tanto, la señora de Vann y su hija recibían la visita de sus amigas y parientes. Tomaron pasteles, dulces, bombones, y bebieron una cantidad incalculable de tazas de té.

Jamás se había sentido Brzeski tan unido con lo que le rodeaba como durante aquellos regocijos. Y lo que había considerado más de una vez como ridículo y estúpido en las costumbres chinas, le pareció racional y lleno de poesía.

.....

Poco tiempo después de las fiestas recibió la visita del padre Paolo. El sacerdote llegó calado por una lluvia torrencial.

—¡Qué tiempo de paganos! Cuando salí estaba raso... ¿Dónde está Vann?—preguntó, examinando la habitación y dejándose caer pesadamente en una silla.

—No está en casa; se encuentra en la ciudad desde esta mañana.

—¡Hum! ¿Sale á menudo?

—Algunas veces... Frecuentemente ahora... Antes trabajaba escribiendo.

—Veo que vive usted con ellos, en la misma habitación. ¿Hace mucho? ¿Se encuentra usted bien?

—El techo de mi cuarto estaba lleno de goteras.

—Eso es otra cosa. ¡Ah! ¿qué es esto? ¿Cómo puede usted soportar sus diablerías?...—añadió el padre, indicando con la cabeza el altar de los antepasados.—¿Cómo pasa usted el tiempo?... ¿Qué ha hecho usted durante las fiestas? ¿Por qué no ha venido usted con Vann á la iglesia?

Brzeski se turbó. Espontáneamente comprendía que su madre le hubiera hecho la misma pregunta, y se le oprimió el corazón.

—Como está tan lejos...

—¡Lejos! ¿Para ir á la casa de Dios? ¡Sapristi!—exclamó el italiano con relámpagos en los ojos... —Pensaba que me ayudaría usted á convertir á estos paganos, que viviendo con ellos les arrastraría usted con el ejemplo; pero veo que pertenece usted á los paganos del siglo... ¿Reza usted siquiera todos los días?

El mal francés del padre Paolo, al que apenas entendía Brzeski, amortiguaba sensiblemente el efecto de la amonestación. Pero la pregunta de su madre, «¿Rezas siquiera por lo menos una vez al día?», repetida por el misionero, turbó al joven. Creía en Dios, amaba la dulce imagen de Cristo; pero nunca había sido devoto. En su casa cumplía puntualmente las prácticas religiosas, por cariño á su madre; desde su marcha no había rezado más que una vez, durante aquella memorable noche, en las arenas de la Mongolia. No experimentaba la necesidad de rezar, y consideraba la oración que se hace con los labios solamente como una injuria á la clarividencia del Eterno.

Gracias á la carta de la madre, el padre Paolo hubiera tal vez logrado volverle á los hábitos de su infancia, si no hubiese

abrumado desde luego al joven pecador con una descripción harto detallada de los lazos de toda especie tendidos por el diablo á las almas inocentes, y no le hubiese fatigado con la enumeración, pintoresca pero penosa, de las condiciones en que los condenados moran en el infierno.

Brzeski interrumpió en seco el largo discurso italo-francés del padre.

—¿Se ha marchado ya el abate Plonski?

—¿Si se ha marchado?—repitió el misionero, asombrado de aquella inesperada pregunta.—Veo que nada tengo que hacer aquí. Que vaya Vann á verme uno de estos días—añadió, y se despidió en el acto.

Brzeski quiso detenerle; pero antes de que hubiese encontrado una fórmula adecuada á las circunstancias, los pasos del padre resonaban ya en el patio.

—Se ha marchado. Ha reñido violentamente y se ha marchado. Agitaba furiosamente los brazos... Es un bonzo terrible—cuchicheaban detrás del biombo.

A Brzeski le apenó realmente este incidente. Después de la marcha del topógrafo, del doctor y del abate Plonski, el enfado del padre Paolo rompía el último lazo que le unía con la colonia europea. Resolvió ir con Vann á presentar sus excusas al sacerdote.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha ocurrido? ¿De qué enorme disgusto se trata?—interrogaba el «Señor de la Puerta Occidental», alarmado por la narración de su mujer y de su hija.

—No ha sucedido nada: el padre Paolo quiere, sencillamente, ver á usted.

Vann desapareció tras el biombo, en donde comenzó á disputar en voz baja con su mujer. La conferencia acabó á gritos.

—A pesar de tu edad, te conviertes, por sortilegio de su Ya-Su, en un verdadero bruto. Te olvidas del respeto debido al pasado y al nacimiento. ¿No me elegiste en una familia ilustre? ¿No han sido mis hermanos gobernadores de provin-

cia, y no construyó mi abuelo un puente sobre el río Hoanké, para que te atrevas á sospechar que haya hablado yo con un hombre extranjero?... No solamente no me das las comodidades á que una esposa tiene derecho, sino que todavía me ofendes y quieres privar á mi alma de la protección y las oraciones de mi hijo. ¡No! prefiero sufrir todos los géneros de muerte que entregar á mi hijo á su maldita escuela. Ya es bastante que, por culpa de ellos, se vea Lienn afligida con pies grandes. Diles, sí, diles que para eso deberían darte dinero, mucho dinero. Nuestra hija tiene aspecto monstruoso, no encontrará marido. ¿Lo oyes? Tú la has perdido. ¡Y ahora quieres vender á tu hijo! No, no lo conseguirás. Antes que tolerar tal infamia, me quejaré inmediatamente al Che-Fu—chillaba la señora de Vann.

El «Señor de la Puerta Occidental» refuló vencido.

Al día siguiente, Brzeski se dirigió á la misión con Vann, vestido con el traje de los días de fiesta. El chino no quería una ruptura definitiva y franca.

El tiempo les favorecía. Enjambres de transeuntes apremiados llenaban las calles. Las gentes, aprovechándose de un claro, marchaban, corrían, se cruzaban, iban á caballo, en burro, en literas, cuyos portadores medio desnudos gritaban para abrirse paso. Pululaban por todas partes vendedores ambulantes de pasteles, flores, frutas, legumbres y pescados.

En cocinas partátiles, los cocineros preparaban lo que se pedía; barberos afeitaban en silencio los cráneos de sus clientes; médicos, sentados bajo sombrillas, ensalzaban sus medicinas; herreros trabajaban en fraguas al aire libre. Los camellos, procedentes de las lejanas estepas, andaban torpemente por el fango de las calles; los cocheros juraban y se injuriaban. Por el puente no se podía pasar: un búfalo enorme, enganchado á un carro, se había caído en el centro y no quería moverse.

Vann y Brzeski hubieron de pararse y aguardar pacientemente á que se pusieran en movimiento las primeras filas. De pronto se oyeron gritos salvajes, y la multitud empezó á mo-

verse bruscamente. Cundió el tumulto. No tardaron en aparecer unos jinetes europeos, que fustigaban despiadadamente á cuantos se les ponían por delante.

Los ojos de Brzeski relampaguearon. Todo se hubiera reducido, sin embargo, á esa indignación muda, si un inglés, al tropezar el asno que montaba con un anciano, no le hubiese dado un palo en los dientes. La sangre brotó de los labios del chino, cuyo único delito era el no haberse apartado demasiado pronto.

Brzeski cogió el asno por las riendas, y en el mismo momento recibió un bastonazo en la cabeza. Entonces perdió su sangre fría: se precipitó sobre el inglés y le tiró de la silla. Se originó un escándalo; los espectadores se pusieron á golpear á los dos combatientes, hasta que los dispersaron los jinetes europeos y los agentes de policía, provistos de estacas. Los dos delincuentes, llenos de sangre y de lodo, fueron llevados á la embajada.

.....
«Mi querido tío:

»Me ha ocurrido una aventura imprevista. Un inglés me ha pegado en la cabeza y le he devuelto el golpe. El embajador, aun dándome la razón en principio, me ha censurado por haber obrado á la ligera y provocado un conflicto internacional, y me ha dicho que se vería probablemente obligado á expulsarme de la ciudad. Los periódicos ingleses y americanos me tratan de agente pagado para sublevar contra las dos naciones al populacho chino. No puedo soportar esto, y le ruego que me autorice para salir inmediatamente de esta población. Sé ya bastante chino para poder casi sostener una conversación. Por lo demás, mi Siann-Chann consiente en marchar conmigo, con tal de que le prometiera usted un puesto en la fábrica. Ha perdido, á consecuencia de esta historia, lo que podía ganar en las embajadas, en donde copiaba los documentos chinos. El padre Paolo le ha negado también su apoyo; cuando le he hablado de Vann, me ha respondido que tenían

á su cargo bastantes pobres cristianos y que mi Siann-Chann no iba á la iglesia ni enviaba á su hijo á la escuela de la misión. El desgraciado se encuentra en una situación muy penosa. Es pobre, virtuoso, muy inteligente, y conoce perfectamente las costumbres chinas. Quedará usted muy satisfecho de él si le emplea. Como por mi culpa se encuentra en ese caso, sufragaré sus gastos de viaje con mis ahorros, de suerte que no costará nada á la casa. Tenemos bastante dinero. Avíseme, querido tío, lo antes posible, por telégrafo si es preciso; porque si me expulsan antes de su respuesta, no sé verdaderamente qué podré hacer. Perdone usted tanta molestia; pero ¿me iba á quedar sin responder á ese inglés?... Sé que usted desea mi felicidad, y, por mi parte, procuraré corresponderle.

»Su afectísimo sobrino,

JUAN BRZESKI».

Después de haber enviado esta carta, el joven se calmó un poco. La vida recobró su curso ordinario. Únicamente, por las noches se hablaba del próximo viaje y de la futura estancia en el lejano Mediodía.

—Compraremos un coche cerrado, dos caballos de tiro y uno de silla para el muy respetable extranjero.

—Yo también iría con gusto á caballo—dijo Madgi.

—No nos importunes. Eres demasiado pequeño: viajarás en el coche con tu madre y Lienn... Siguiendo á lo largo del gran canal tardaremos un mes en llegar á Tchen-Tsian.

—En vez de correr el mundo, deberías más bien buscar trabajo, viejo—gruñía la señora de Vann tras el biombo.

—En Ju-ku alquilaremos una casita con un jardinillo, en donde podremos cultivar flores. La venta de las flores puede procurar también recursos. Lienn encontrará en ello una ocupación.

Detrás del biombo se oyó un suspiro débil, medroso. Y de nuevo resonó la voz de la madre:

—Tonta, pereceremos de mil muertes antes. No suspires y no te quiebres la cabeza. ¿Se ha visto nunca á ningún bárbaro extranjero hacer algo por un chino? Se necesita la estupidez de tu padre para entregarse á sueños dorados, mientras que negras ideas torturan á su esposa abandonada, privada de toda comodidad.

El mal humor del ama de la casa se hizo permanente á partir del momento en que se despidió á Tchang, y Vann tenía que ir en persona á la compra, al volver de la cual preguntaba casi todas las mañanas:

—¿Ha habido carta?

—No—respondía Brzeski,—y no puede haberla hasta dentro de dos meses. Esté usted tranquilo: en cuanto venga se lo diré. De todos modos, no le abandonaré en la miseria. Busquemos juntos alguna combinación.

El chino callaba, pero cada vez se mostraba más taciturno. Despachaba en un vuelo las lecciones y se esquivaba.

—Mi mujer chilla cuando estoy aquí. Esto molesta el trabajo de mi discípulo eminentemente asiduo—decía á modo de excusa á Brzeski.

Su mujer, en efecto, se callaba durante sus ausencias; pero, en cambio, la casa se despojaba poco á poco, hasta de los utensilios de primera necesidad. Pero cuando hubieron desaparecido objetos más importantes, tales como una tetera de cobre y un jarrón de porcelana, ornamento del altar de los antepasados, se arrebató Vann. Abrumó á su hija de censuras por haberse hecho cómplice de su madre. Esta, sumida en aquel instante en una somnolencia beatífica, gruñía indistintamente.

La carta no llegaba.

Brzeski seguía con inquietud creciente las peripecias del drama doméstico. Escuchaba dolorosamente los conciliábulos secretos de madre é hija, los gritos de rabia de aquélla, las tímidas observaciones de ésta, hasta que por fin, cediendo á las órdenes y amenazas, salía Lienn con un paquete.

Por su parte, Vann se llevaba también de cuando en cuan-

do algún objeto. Llegó un instante en que no hubo más en la casa que las mesas, los bancos, el biombo, la marmita, el altar de los antepasados y los efectos de Brzeski.

.....

Era un hermoso día de primavera. Brzeski estaba solo. El joven no podía leer: los hálitos primaverales le enervaban... Sus vecinas cuchicheaban y disputaban...

De repente apartaron bruscamente el biombo. Se volvió. En el umbral estaba la joven china, con la cabeza baja; su pecho palpitaba bajo su larga túnica azul, que pendía de su cuello en dos medios círculos; sus manos finas colgaban á lo largo del cuerpo; sus párpados medio cerrados proyectaban dos sombras sobre sus mejillas pálidas y mates; sus labios frescos, rojos, como trazados por una delicada pincelada, temblaban.

—¡Anda pronto, más cerca!—decía tras ella la madre empujándola suavemente.

De menor estatura que su hija, tenía el cuerpo inclinado, largas manos flacas, una cara amarilla, huesuda y arrugada. Con sus dedos engarabitados sobre los hombros de la joven, se parecía á una repugnante araña que hubiese atrapado una bonita mariposa y la atormentara.

—¡Más cerca!, que vea que eres bonita, que vales. Salúdale, ruégale que te dé algo. Todos estos bárbaros son ricos y codiciosos de mujeres... ¡Anda!

Brzeski estaba asombrado.

—¿Qué es esto? ¿Qué quieren ustedes?—pregunto al fin, cuando la joven, empujada con mayor fuerza, dió un paso hacia él.

—¡Dinero, monedas!... Abre los ojos, extranjero. Mírala bien. Ningún hombre la ha visto todavía. El tendero gordo de la esquina me ofrecía diez liangs por tenerla en su casa solamente un mes. Tú la tendrás siempre á tu lado. Dame tan sólo con qué pagar una pipa... ¡Hace tanto tiempo que no he fumado! Dame aunque no sean más que unos sapeques.

Brzeski sacó, con mano temblona, un portamonedas, cogió un dólar y lo puso sobre la mesa. Los ojos de la vieja brillaron; empujó á su hija hacia el dinero; y como ésta no se moviese, agarrada al biombo, la madre se acercó á la mesa con paso vacilante, diciendo:

—Los hijos deben atender á sus padres ancianos: así lo quiere el cielo y lo ordenan las leyes... Le he dicho á usted que le entregaba mi hija, sin pensar en ello, para probar su magnanimidad, extranjero... Lienn, el señor es bueno, no te tocará, lo leo en sus ojos. Este extranjero se compadece de nosotros. Ahora vuelve á poner el biombo: podría verte alguien.

Brzeski miró involuntariamente á la joven, la cual al mismo tiempo alzó los párpados. El rostro de la joven se puso encendido. Brzeski sintió con delicioso asombro que de sus propios ojos brotaron tiernas chispas que fueron á sumergirse en los ojos de Lienn.

Desde este momento, los llamamientos á su bolsa menudearon. Él daba, y pensaba en un nuevo encuentro con los ojos de gacela de la linda china.

Por fin llegó el tan esperado aviso del tío, que telegrafió diciendo:

«Convenido. Liann-Chann más adelante. Toma el vapor. Escribo director. Dinero, banquero Ta-Yu-Tché. Bien hecho lo del inglés. Salud. *Snietycki*».

.....

He aquí lo que escribía Brzeski á su madre la víspera de la marcha:

«Aunque mi tío no haya respondido claramente respecto á lo de Vann, yo no podía dejarle aquí en la miseria: le hice concebir ilusiones que le apartaban de buscar trabajo. Por lo demás, no costará caro. Carezco, es verdad, de ahorros, lo que me apena mucho, porque no puedo enviarte nada, mamita; pero, en cambio, exploraré en el viaje una importante parte de la China, lo que representa un capital para lo futuro. Si Vann no consigue desde luego un empleo en la fábrica, le

ayudaré yo. Me pagará en lecciones. ¿Hago bien, mamá? Me han tenido en su casa como á uno de los suyos y me estiman. Además, me sería difícil encontrar un profesor mejor. Partimos los cinco: Vann, su mujer, sus dos hijos (Lienn y Madgi) y yo.»

.....

Compraron un vehículo usado. Se procuraron tres cabalgaduras, vendieron una parte del mobiliario, empaquetaron lo restante y se pusieron en marcha hacia el Mediodía, hacia el sol y la primavera florida.

Los caminos estaban llenos de viajeros, jinetes, peatones, correos. Á cada paso se cruzaban con vendedores cargados de frutas, de vituallas, de bebidas, panaderos con tortas y galletas, campesinos con legumbres, carnes y aves vivas. Caravanas de asnos y de mulos, con cargas de heno, leña, harina, caminaban con paso lento y regular.

Á medida que avanzaban hacia el Sudoeste, el movimiento aumentaba. El camino se parecía á una calle, y el campo á unos jardines. Los campos verdeaban con un verde teñido, ya por el color propio de tal cereal, de cuál planta leguminosa. Los árboles frutales ondulaban bajo la aromática nieve de sus flores. Las viñas trepaban por las colinas. Las plantaciones de té cubrían los montículos con sus alineaciones regulares. En el valle, las cañas de azúcar bordeaban los canales; las palmeras y los bambúes agitaban suavemente sus penachos. Por todas partes murmuraba el agua. Sus pálidos reflejos brillaban bajo el tapiz de los campos de arroz nuevo: en pequeñas venas argentadas lucía aquí y allí, entre los macizos de legumbres; en anchos anillos resplandecientes circundaba las alturas. El agua corría de colina en colina, muy alto, por encima de los valles, en lechos de piedra, sobre las arcadas de los acueductos. Brillaba en todas partes, caía á cascadas, se desparramaba en gotas de luz: adornaba todo el paisaje con colores del arco iris. La tierra parecía recubierta de un filete de metal y de piedras preciosas.

Aquí y allí, á orillas de un torrente, giraban las sombrías aspas de un molino.

En los jardines, rodeados de muros de piedra, se ocultaban las blancas granjas, como nidos entre floridos árboles.

Los viajeros avanzaban lentamente. Se ponían en marcha antes de amanecer y descansaban largamente durante el día, á fin de evitar las horas de calor. Atravesaban numerosas aldeas, ciudades comerciales, sucias y ruidosas, y otras ciudades habitadas por religiosos ó funcionarios, silenciosas, limpias y ricas, en las que había elevadas casas con techos esculpidos, en donde, en calles sombreadas por añosos árboles, veíanse escaleras de piedra que conducían á vestíbulos enriquecidos con pinturas. Elegían para pasar la noche aldeas apartadas, en donde su reposo no se veía turbado por el ruido de los huéspedes de paso.

Pero, por lo general, las mujeres dormían en el coche, y los hombres se acostaban bajo el vehículo ó en cuartuchos alquilados cerca de las cuadras, al lado de las caballerías.

El viaje hizo que Brzeski intimase más con la familia Vann. Las dos mujeres dejaron de esconderse de él; no evitaban ya su conversación y se descubrían francamente el rostro en su presencia. El «Señor de la Puerta Occidental» parecía mostrarse satisfecho con su suerte.

WENCESLAO SIEROSZEWSKI

(Concluirá.)

CRÓNICA LITERARIA

EL HOMENAJE Á ECHEGARAY

Toman á veces los sucesos humanos bien extraños caminos. El premio de Nobel, otorgado á D. José Echegaray á medias con Mistral, ha venido á ser causa remota de que se discuta, no sólo la personalidad literaria del autor de *Ó locura ó santidad*, sino su significación en la España contemporánea y hasta el discurso que pronunció en el Senado defendiendo al Banco de España. Reconozcamos también que el destino de los discursos políticos y económicos puede ser misterioso y extraño. Hasta puede salir de ellos un argumento contra un homenaje literario.

La Asociación de Escritores y Artistas de Madrid quiso organizar un homenaje á Echegaray, una muestra de simpatía, de admiración, de entusiasmo, ó simplemente de júbilo por la distinción que acababa de alcanzar nuestro compatriota. La Asociación creyó que ese homenaje podía ó debía ser un homenaje nacional. La Asociación ó los periódicos á quienes pareció bien la idea, se figuraron que al promoverla y propagarla representaban tácitamente, y podían atribuirse tal representación, las aspiraciones de toda la intelectualidad, de toda la mentalidad española. Estas graves y sonoras palabras, intelectualidad, mentalidad, provocaron en seguida el cisma. Vino la protesta. Varios escritores, de buena y merecida fama algunos de ellos, reivindicaron su derecho á ser tenidos por parte de la consabida intelectualidad española, sin perjuicio

de no estar conformes con el homenaje á Echegaray; dos derechos en verdad indiscutibles.

La protesta es mesurada y cortés; tiene, además, el mérito de la brevedad. «Parte de la prensa — dice — inicia la idea de un homenaje á D. José Echegaray, y se abroga la representación de toda la intelectualidad española. Nosotros, con derecho á ser incluídos en ella—sin discutir ahora la personalidad literaria de D. José Echegaray,—hacemos constar que nuestros ideales artísticos son otros, y nuestras admiraciones muy distintas». Dentro de lo desagradable que es toda protesta contra un homenaje, contra una muestra de admiración (desagradable ha de entenderse para el festejado y para los promotores de la idea), hay que reconocer la moderación de este acto de discrepancia. Es un chorro de agua fría que cae con suavidad y discreción, sin causar demasiado estrépito; una nota discordante que se hace presente sin una desafinación brutal. ¿Cómo extrañarse de que haya quien tenga ideales artísticos diferentes de los que inspiran el teatro de Echegaray? ¿Cómo sorprenderse de que los firmantes de la protesta reivindiquen para sí una parte de la representación de la intelectualidad ó de la inteligencia militante española?

Puede ponerse en tela de juicio la oportunidad de la protesta. Puede echarse de menos, al considerarla, cierta falta de benévola y generosa indulgencia hacia las exageraciones tan corrientes en nuestro lenguaje, y más todavía en nuestra retórica. Ciertamente, la Asociación de Escritores y Artistas, ó los periódicos, ó quien fuera, pecaron de ambiciosos, ó sencillamente de altisonantes, al hablar de homenaje nacional y de toda la intelectualidad española. Es conveniente la moderación en los vocablos y en las frases; hay que pesar con cuidado los adjetivos y huir de conceptos demasiado absolutos. Todo es relativo en el mundo. Pero aún sin escribirse la protesta, sus firmantes no hubieran representado más ni menos de lo que representan en la intelectualidad española, y de aquellos cuyas opiniones literarias son más conocidas, no hubiera podido

pensarse que la dramática de Echegaray era su dramática ideal, ni las ideas y sentimientos de esa dramática los de literatos que diariamente expresan otras ideas y otros sentimientos. El silencio puede ser una opinión. Y hasta con una opinión discrepante respecto al mérito y á las tendencias de la obra de un escritor, se puede ver con serena neutralidad, y aun con simpatía, una recompensa material y honorífica que corone en él una larga, fecunda y brillante carrera literaria, un potente y dilatado esfuerzo de fantasía creadora que supo llegar en ocasiones al corazón de las multitudes y estremecerle con la emoción de la tragedia.

Pero esa protesta, inatacable desde el punto de vista del derecho estricto de los escritores que la suscriben, ha tenido una glosa y una explicación. Las glosas son á veces terribles. Sacan del texto glosado lo que no dice, le agregan interpretaciones, le prestan finalidades que tal vez no se albergaron en las palabras primitivas de aquél. Aquí la glosa ha corrido á cargo de *Azorín*. ¿Qué mosca le ha picado al pequeño filósofo del paraguas rojo y la tabaquera de plata, para que en esta ocasión se haya apartado tan violentamente de la serenidad filosófica, de la cómoda y amable postura de espectador sonriente de las pequeñeces del mundo, de la ironía suave é inofensiva que suele animar sus escritos? ¿Cómo, por qué ha vuelto á salir agresivo y batallador como en los tiempos del *Charivari*? No lo sabemos, no nos explicamos bien las iras de *Azorín*, del *Azorín* de la segunda época, contra el Sr. Echegaray. El hecho es que lo acerbo de la protesta queda cristalizado en los artículos de *Azorín*, con los cuales no están conformes, al parecer, algunos firmantes de ella, que han hecho saber públicamente que se atienen al texto de la misma y no quieren ir más lejos, ni añadir otros motivos á los de una simple discrepancia literaria. Manuel Bueno, Unamuno, *Caramanchel*, en artículos llenos de consideración hacia Echegaray, han explicado también por qué no se asociaban al homenaje. De todas estas explicaciones á la protesta se infiere que, á no ser

por aquella frase poco feliz de *toda* la intelectualidad española, quizás la protesta hubiera quedado reducida al voto en contra del pequeño filósofo, que infiel en este caso á su pequeña y simpática filosofía, se ha ido de aventuras con esa mala hembra, atractiva pero alborotadora y engañosa, que llaman la pasión.

El voto en contra de *Azorín* se sale de la literatura. Es un voto político ó sociológico, si se quiere, más que literario. Plantea, echa sobre el tapete de la actualidad una porción de cuestiones interesantes: la disputa de los viejos y los jóvenes, el tema arrinconado de la regeneración española, la psicología de nuestro desastre colonial en relación con la dramaturgia de Echegaray. Hasta el Banco de España es citado á residencia en esta vivisección de un homenaje literario.

Azorín cree que los viejos están obligados á retirarse, y cita el ejemplo de Moratín. «Hay una hora de retirarse, como hay una hora de aparecer», decía M. de Jaucourt en la Enciclopedia. Pero ¿ha sonado para un escritor dramático esa hora de retirarse, cuando hay públicos que le aclaman con entusiasmo, como á Echegaray acaban de aclamarle en los mismos días en que se le exigía el retiro? Más radical que *Azorín*, un mi amigo que, sin darlas de intelectual, es ingenioso y gran partidario del avance de la juventud y de la retirada de los viejos, dice tener proyectado un Código penal en que se establece la pena de muerte para todo el que llegue á los setenta años, y la de inhabilitación absoluta perpetua para todo el que cumpla los sesenta y cinco. La naturaleza, poco amiga de la vejez, no anda muy disconforme con ese proyecto de Código, pero admite excepciones. Los impacientes deben admitir también los casos de longevidad del ingenio.

Los viejos perjudican menos de lo que se cree á los jóvenes, si es que los perjudican. El mayor mal para éstos es seguir á una generación inculta, estéril en letras y en estudios. Entonces es cuando tienen que emprender el trabajo hercúleo de formar públicos, de ser roturadores de espíritus. Es bien

tener precursores, predecesores, antepasados. Los viejos han preparado el camino á los jóvenes, han hecho más fáciles los senderos de la notoriedad, han enseñado á leer á las gentes y las han aficionado, lo poco ó mucho que están, á las letras. La fama y el buen éxito literario no tienen un número fijo y tasado de titulares, como los sillones académicos, de suerte que haya que esperar las vacantes que la muerte produzca para ocupar los puestos.

Pero *Azorín* alega otras razones contra el homenaje á Echegaray. Le hemos honrado, le hemos recompensado de mil maneras, ha monopolizado las glorias y los éxitos. La nación no está en deuda con él. Aquí surge otra vez la mala inteligencia que hay desde el origen en esta cuestión del homenaje. Es injusto, es absurdo decir que el premio Nobel nos ha revelado á Echegaray, que hemos desconocido su mérito hasta que le vino este galardón de Suecia. Pero ¿impiden sus triunfos teatrales, impide el aprecio de su saber científico, que de algún modo le manifiesten los españoles que sean gustosos en ello, ya se precien de intelectuales, ya se contenten con la medianía del nivel ordinario de la inteligencia, que esa distinción les ha sido grata y que se asocian á ella por un impulso de simpatía ó simplemente de solidaridad nacional?

Peor me parecen los motivos de índole política ó social que aduce el pequeño filósofo contra el homenaje. La literatura de Echegaray representa, á su juicio, el lirismo, la exageración, el olvido de la realidad, la exaltación de la personalidad, el estado de espíritu que nos llevó al desastre. En términos más suaves dicen algo semejante Unamuno y el escritor balear don Miguel S. Oliver, aunque enderezado hacia diferentes conclusiones. Castizo, casticísimo, le parece á Unamuno el espíritu de la dramática de Echegaray, y ve en ella el Sr. Oliver una exageración ó exacerbación del ideal calderoniano. Es dudoso que pueda hacerse cargo á un escritor, y menos á un escritor de un género esencialmente popular y en cierto sentido inferior, como la dramática, de haber seguido la inspiración

de sentimientos de su raza, vivos todavía en el público, cual lo demuestran las ovaciones que alcanzó Echegaray en su triunfal carrera dramática. Ser castizo en el espíritu, no en la forma, que es el casticismo más hondo, cuando sea un mal por la substancia de ese casticismo, será un mal colectivo antes que un defecto individual.

Para considerar con equidad la obra dramática de Echegaray, hay que atender á los tiempos y hay que mirar también la índole de la literatura dramática, que nunca puede prescindir de convencionalismos, que empieza por basarse en un tamaño como la representación, que tiende á sintetizar, á compendiar, á simbolizar en personajes y escenas la trama compleja y menuda de la vida, cuyos pormenores no puede ir presentando el autor dramático uno por uno. Empezó Echegaray su carrera de autor dramático hace treinta años; ¿puede hacersele un reproche serio de que no se adelantase á las nuevas tendencias de la dramática? El teatro de Galdós, por ejemplo, es, á mi parecer, un teatro más humano, más hondo, más artístico, pero no es un teatro contemporáneo del de Echegaray. Ha venido después. Y en el de éste, á pesar de todo lo artificial, de todo lo falso, de todo lo convencional que pueda hallarse en los personajes, en el curso de las acciones, en la encarnación del pensamiento; á pesar de todos los reparos que pueda poner, no sólo el burgués de la verosimilitud de que hablaba un crítico famoso, sino cualquier espíritu observador é inclinado á la humanización de la literatura, palpita una inventiva potente, una vena poética caudalosa, aunque desordenada; una facultad creadora de verdadero poeta, una expresión noble y magnífica, en ocasiones, de los ideales á que ha rendido y rinde culto la mayor y mejor parte de la humanidad.

Pero, además, estos sentimientos no nos llevaron al desastre. Recientes, frescos están aún los sucesos, para que de tal modo los desnaturalicemos. Nos hacemos una extraña y falsa ilusión al figurarnos que fuimos á la guerra por quijotismo,

con gallardo arranque de caballero andante. Fuimos con el temor y el desgano con que acompañaba Sancho á su señor en las aventuras, Fuimos con un *mínimum* de heroísmo y un *máximum* de anticipada resignación á la derrota, viendo que los molinos de viento eran molinos, los batanes batanes, y las estacas de los yangüeses estacas recias y muy de temer. Marchamos de mala gana, por la negra honrilla, como el duelista que se bate por el bien parecer, á causa de no haber tenido padrinos acertados que encontrasen á tiempo salida honrosa para evitar el lance. Hicimos lo posible por no pelear, hasta que los Estados Unidos nos presentaron su altiva notificación de desahucio. A torpeza, por no haber hallado coyuntura de evitar, marchándonos de Cuba, que nos echaran á viva fuerza, y no á un ilusorio quijotismo, hay que achacar aquel desastre. Esa es la pura verdad, y en decir lo contrario hay mayor lirismo que en todos los dramas de Echegaray juntos.

Pero Echegaray pronunció un discurso á favor del Banco de España, y lo pronunció á raíz del desastre. ¿Cabe abominación mayor? ¿Cabe tributar un homenaje literario á un hombre que defiende al Banco de España? *Azorín*, al llegar á este punto, llama en su auxilio al Sr. Moret y retrata al Banco con los pinceles de este hombre político, contemporáneo, amigo y colaborador de Echegaray en empresas de propaganda económica en los días brillantes del librecambismo. Pero el discreto filósofo del paraguas rojo ha de reconocer que la cuestión del Banco es de las que están entregadas á las disputas de los hombres, y que la infalibilidad del Sr. Moret no se ha decretado todavía. El que estime que el Banco es un órgano útil ó necesario en la economía nacional y lo defienda, puede hacerlo dignamente, sin desdoro, y si lo hace elocuentemente, como el Sr. Echegaray lo hizo, sin mengua de su fama literaria, en todo caso sin peligro para su renombre de autor dramático, si lo es y lo tiene. Pero ¿á qué insistir? ¿Tiene algo que ver el Banco con la dramática ni con el premio Nobel?

Mas el insaciable *Azorín* no se satisface con impugnar el

homenaje, sacando á colación estas razones traídas de tan varios y diferentes parajes. Quiere más. Quiere que sea éste el punto de partida de una agrupación de la juventud española, el origen de la formación de un núcleo de fuerzas vivas, como dicen los políticos, tal vez el cimiento de un partido con sus correspondientes ramificaciones en provincias. ¡Un partido naciendo de la oposición al homenaje á Echegaray! La aspiración es un poco, ¿qué un poco? excesivamente lírica.

Hay que decirlo con franqueza. La división entre una España citerior y una España ulterior separadas por Cavite, de que habla el citado escritor Sr. Oliver, ó de una España vieja anterior á 1898, y otra España nueva posterior á esa siniestra ó lamentable fecha, me parece pura ilusión, achaque de incomprendible optimismo. Hay que pedir una muestra, siquiera del tamaño de un grano de trigo, como la que pedían los mercaderes á Don Quijote, de esa renovación de España. Todo está igual, como cantan en la zarzuela. Triunfa como soberana la oratoria frondosa y palabrera en nuestras Asambleas, retoña en los Ateneos, inunda los periódicos, fijando en letra de molde la hinchazón oratoria. ¿Dónde hay en esa España nueva un movimiento de renovación, un esfuerzo como el que representó en la España de hace treinta y tantos años la Revolución de Septiembre, cualquiera que sea el juicio que sobre sus errores y sus desviaciones se forme? La renovación española posterior á 1898 es una renovación de palabras, de retórica, de renacimiento del arbitrista. Conversación, en pura plata. Unos cuantos centenares de artículos de periódicos y un par de docenas de libros forman todo el activo de su balance.

No sería equitativo comparar la obra de los viejos con la de los jóvenes. La de aquéllos está hecha, terminada ó casi terminada; la de éstos empieza. Podrá hacerse esa comparación cuando los jóvenes de hoy sean ya viejos, y otros jóvenes futuros encuentren que tardan demasiado en morir ó en irse á su casa. Mas, por ahora, la nueva generación literaria, en que hay escritores muy dignos de estima, no ha dado aún se-

ñales ciertas de que eclipsará á aquella otra en que se dieron á conocer ó llegaron á la plenitud de su renombre Galdós, Núñez de Arce, Campoamor, Valera, Pereda, Castelar, Echegaray y otros cultivadores ilustres de nuestras letras. Los jóvenes han aprovechado el progreso de la técnica literaria, los adelantos científicos, las nuevas ideas, la mayor cultura del ambiente y la mayor depuración del gusto: todo lo que es obra del perfeccionamiento gradual que se opera en las sociedades civilizadas. Pero esa juventud, considerada en conjunto, no ha demostrado hasta ahora una efectiva superioridad sobre la generación que la precedió, y que, en parte, convive con ella. Veremos si andando el tiempo la supera ó siquiera la iguala. Hasta ahora no parece llevarla otras ventajas que las que son hijas del progreso de los tiempos; en una palabra: la ventaja de haber nacido treinta años después.

*
* *

A pesar de todo lo que dejo escrito al correr de la pluma, abrigo yo también mis dudas acerca del homenaje á Echegaray. No dudo que lo merezca, sí que pueda ser lo que sus iniciadores pretendan.

Este hombre, que llega á la ancianidad conservando todavía fresca y vigorosa la inspiración poética; que sobresale desde las aulas en una ardua carrera científica; que profesa las ciencias exactas al par que escribe dramas románticos; que tomó parte en una de las campañas de propaganda más dignas de ocupar un lugar en la Historia moderna de la Economía política en España; que brilló como orador en las Constituyentes del 69; que fué ministro cuando se requería para serlo otra altura intelectual que en los días actuales, tan fáciles para cualquier abogado listo; que deja tras sí una docena de obras científicas y alrededor de cuarenta obras dramáticas; que ha sido traducido á cinco ó seis idiomas europeos; que ha alcanzado triunfos delirantes en la escena; que ha hecho revivir en la forma en que podía hacerlo un escritor del siglo XIX

la dramática calderoniana, me parece digno de que sus compatriotas le den el parabién por el lauro que acaban de otorgarle en tierras extrañas.

Mas ¿puede hablarse de un homenaje nacional? Hay que estirar mucho el concepto; hay que volverle muy acomodaticio para que sea de aplicación. En los tiempos que corren hay pocas, poquísimas figuras nacionales pertenecientes á las letras, por el fraccionamiento de los ideales que antes formaban fortísimos bloques, y por la consiguiente oposición y lucha de ideas. Y esa dificultad de hallar figuras literarias verdaderamente nacionales es todavía mayor en España, tierra de intolerancia, de una intolerancia que, después de haber sido bárbara y feroz en tiempos, se conserva hoy solapada y rencorosa. Y ¿cómo hablar sino en sentido muy lato de homenajes nacionales por merecimientos literarios en un país en que la masa de analfabetos es tan grande y son relativamente tan pocos, aun entre aquellos que tienen algunas letras, los que se interesan por las artes y la literatura? Hay que suponer una especie de tutela ó de representación, basada en títulos de cultura y ejercida por una corta minoría, para dar á los homenajes y á los aplausos que esa minoría otorgue el carácter de homenajes y aplausos nacionales.

Somos, además, actualmente, un pueblo poco dado al entusiasmo, muy accesible á un mezquino espíritu iconoclastico, que sufre impaciente las superioridades y se complace más en verlas rebajadas que en contribuir á su ensalzamiento. Con la misma avidez envidiosa con que se disputa el pedazo de pan, se disputa y se regatea también el aplauso, como si cada cual temiese que el triunfador fuese á usurparle algo de su porción. Achaque tal vez de pueblo pobre, en que cada uno tiene clavados los ojos en el plato del vecino y se desasosiega ante el bien ajeno, por si no queda para él.

La forma de estos homenajes es también difícil. Pareció mal el que proyectaba la Asociación de Escritores y Artistas. Quizás no satisfaga el que prepara el Ateneo. Y es que el es-

píritu ceremonial está en decadencia, y los actos que en otras épocas crédulas y entusiastas resultaban majestuosos y solemnes, parecen hoy teatrales y forzados.

Tal vez la protesta ha venido á favorecer al homenaje, haciendo que por afán de desagravio se le den proporciones mayores de las primitivas y se vigilen con más cuidado los detalles... Y entonces le habrá salido bien la cuenta al diablo.

Porque han de saber ustedes que el diablo tiene la culpa de que el premio Nobel viniese á parar á manos de Echegaray. Estaba acordado, según cuenta *Azorín* con referencia á periódicos italianos, que el premio se repartiese entre Mistral y Carducci. Y he aquí que uno de los patronos de la fundación Nobel, varón piadoso y timorato, recuerda que el poeta italiano escribió el célebre *Himno á Satán*, y se opone á que se le otorgue el premio, por donde Echegaray le obtiene. El diablo, que probablemente estará versado en la historia contemporánea, se sonreiría maliciosamente recordando que, si Carducci escribió la oda á Satán, Echegaray pronunció el discurso de la trenza del quemadero. Tal vez en España lo habrán recordado algunos en estos días y les habrá parecido de perlas la protesta. Pero el diablo es muy listo, y puede que se salga con la suya.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—LITERATURA: La poesía científica contemporánea.—HISTORIA: La ironía en la Academia Francesa.—COSTUMBRES: Cómo se viaja en tren á principios del siglo xx.—Lo que se encuentra en los periódicos.—PSICOTERAPIA: Lo maravilloso en la ciencia.—ENCICLOPEDIA: Los alemanes y la civilización.—SUPERSTICIONES: La fascinación ó mal de ojo.—IMPRESIONES Y NOTAS: El alma española.—El fin de las escuelas literarias.—El latín, lengua universal.—Imprenta sin tipos.—El servicio doméstico.

LITERATURA

LA POESÍA CIENTÍFICA CONTEMPORÁNEA.—¿Hay poetas científicos? ¿Existe la poesía científica? ¿Son incompatibles la poesía y la ciencia? Después de la Enciclopedia de Fontenelle y de Buffon, era natural que los primeros poetas del siglo xix trataran de componer poemas sobre la ciencia, materia de la educación de su tiempo, como dice en *La Revue* M. A. Leblond, y entre ellos sobresalió Delille con más éxito del que se cree. Los poetas del romanticismo, realistas y reaccionarios, nada sabían de la ciencia; pero los parnasianos, contemporáneos del positivismo, tuvieron el gusto, el sentido y á veces hasta el conocimiento de la ciencia: Leconte de Lisle era profundamente darwinista, y su labor poética, impregnada de la idea de la evolución, es una Historia natural épica; Sully-Prudhomme, apartado de la carrera científica á que se destinaba, ha conservado siempre sus aficiones á la Física y á la Astronomía, y hasta ha sido mirado como el único poeta científico, aunque es más bien un espíritu filosófico, lo que no es lo mismo.

La brutalidad estrepitosa de Richepin hubiera bastado

para apartar de la ciencia á los jóvenes artistas, una vez apurado el tema de la desilusión que sigue á los análisis científicos, y demostrado, sin hablar de los célebres versos sobre los espermatozoides, que las lágrimas, antes «diamantes del corazón», sólo son

«agua, sal, sosa, mocos y fosfato de cal».

Sus *Sonetos amargos* se burlan de los deseos de infinito y de los impulsos hacia el misterio, y sus *Verdaderos sabios* de la vanidad de la ciencia; en *Los blasfemos* no hay más que romanticismo modernizado y pervertido; pero en *El mar* se encuentra ya un espíritu maduro y un talento tenue; este poema es un poema científico, por la concepción general, por los pormenores y por la forma misma.

Por entonces apareció el manifiesto de Renato Ghill *Tratado del verbo*, publicado anualmente con retoques, y exornado con crudezas críticas muy leídas y comentadas; el manifiesto se divide en dos partes: en la primera pretende sacar de los estudios acústicos de Helmholtz los principios de la música verbal, sin éxito ninguno, y en la segunda estudia la inspiración poética en sí misma; según Ghill, el deber del poeta es la intuición de la ciencia del porvenir por la posesión de la de hoy, sin lo cual «la poesía no tiene derecho de existir»; esto es negar la poesía, pero fijando las verdaderas condiciones de la poesía especulativa. La poesía de Ghill es más bien filosófica que científica, una especie de escolástica adaptada al transformismo, siendo los asuntos de que trata materia de la ciencia, é inspirándose siempre en la evolución, con términos no siempre claros y con frases trabajadas y confusas.

Hacia la misma época llegó el *simbolismo* á su apogeo, reaccionando á la vez contra el naturalismo y el parnasismo, oponiendo al positivismo del primero la reacción espiritualista, y empeñándose en hacer prevalecer el verso libre contra las formas clásicas del segundo. Sus símbolos inmutables fracasaban ante las ideas triunfantes de la evolución universal; pero

sus reformas prosódicas, que respondían á las aspiraciones de la ciencia, tropezaban con la oposición de los apóstoles de la poesía, siendo curioso notar que la reforma del verso es la única que encontró tenaz oposición en Sully-Prudhomme. Según Becq, el principio generador de la versificación francesa «consiste en una ecuación fisiológica entre la longitud del acto espiratorio y la duración de los doce sonidos teóricos percibidos por el oído»; lo que no impide al decámetro ó al exámetro subsistir á su lado y hasta casarse con ellos, no pretendiendo en el fondo los versolibristas sino variar hasta lo infinito sus uniones como varían las emociones en nosotros.

Sebastián Carlos Leconte es también un poeta filósofo más que sabio, que ha llamado al libro más importante de su última colección *La tentación de la Ciencia*, en el que se siente el vicio fundamental de su inspiración, completamente oriental, especie de neoclasicismo cuya tiranía sufren desde Leconte de Lisle todos los poetas, como antes se sufría la tiranía de la mitología griega. Emilio Verhaeren nos ofrece un hermoso ejemplo con su transformismo, ilustrado por el conocimiento de la embriología y marchando á la conquista de la ciencia, siendo todo el libro un himno «á la triunfante Necesidad, reina del Mundo». Tras él, Roberto de Humieres ha publicado *Del deseo á los destinos*, en el que expresa el convencimiento de que el poeta debe á la ciencia la más alta poesía, pero sin indicar qué es lo que debe sustituir á las invocaciones, á las Musas y al Señor; Humieres ha escrito versos con alma científica, pero sin expresar la poesía de la ciencia contemporánea, como tampoco acaban de expresarla Moreas, Gustavo Kahn, Enrique Regnier, Stuart Merrill, Fernando Gregh, etc.

La poesía científica, aunque todavía no se haya manifestado en obras capitales, tiene su tradición francesa, y la poesía del porvenir será esencialmente científica. No hay que temer con Renan que el porvenir repudie la poesía. No sabemos en qué términos se efectuará la alianza; pero, de un modo general, puede decirse que será tratando siempre los grandes

temas primordiales y naturales, profundizando y renovando el culto de la Naturaleza, algo vago y confuso en los románticos, que sólo fueron intuitivos y precursores.

HISTORIA

LA IRONÍA EN LA ACADEMIA FRANCESA.—A pesar de la gravedad de rigor, que es como el emblema de la Academia, la ilustre sociedad cultiva tiernamente la ironía, haciendo de ella su mejor adorno en los días de gala. ¿Qué serían las recepciones si la ironía no brillase en ellas? ¿Se va allí por otra cosa más que por espiar finos sarcasmos y por sonreír á los ligeros chispazos de la sátira? Pedro Lalande cuenta en *La Revue* el origen de esta tradición de burlarse de los recipiendarios, y hace la historia de este fino entretenimiento.

La Academia, después de haber tenido por protector al cardenal Richelieu y al canciller Seguier, fué regentada por Luis XIV mismo; la Academia no trató de defenderse de su omnipotente director, pero acogía sus iniciativas malhumorada, aunque en público las acatara y aplaudiese. Luis XIV, sabedor de la crítica menuda y privada que los académicos se permitían, tuvo el capricho de someter á la Compañía á una singular vejación, imponiéndola la elección de M. de Noyon, obispo-conde de la poderosa familia de Clermont-Tonnerre, alto y ventrudo, fatuo como él solo, y repitiendo constantemente en sus inagotables peroratas la misma cantinela: su nobleza, sus títulos y sus méritos, pues pretendía ser descendiente de doce emperadores de Oriente y otros doce de Occidente. Su jactancia ridícula contrastaba con el ideal de aquella sociedad refinada, y el mismo Luis XIV se divertía en dar ocasión al obispo-conde para que hiciera alguno de sus discursos bufonescamente presuntuosos.

La indignación de la Academia al saber que el rey quería hacer nombrar á Noyon fué tan grande como unánime; pero era el golpe preparado por el rey para herir el orgullo de sus

protegidos, y había que recibirlo; y la Academia eligió por unanimidad al obispo-conde. El rey tuvo una gran satisfacción, pues además de humillar á los académicos suministraba á Noyon una ocasión más de ponerse en ridículo. ¡Qué énfasis no emplearía el hinchado descendiente de los Tonnerre, él, que ordinariamente era ampuloso y grotescamente enfático! La Academia confió el cuidado de la contestación al abate Caumartin, que, aunque sólo tenía treinta años y no había impreso nada, era citado por lo castizo de su frase, enemigo de toda exageración y de toda ampulosidad.

El día de la solemnidad toda la corte asistió á la recepción en el Louvre. El nuevo académico habló, y no fué inferior á sí mismo; pero la diversión de oírle no dejaba de ser fatigosa, y al terminar todo el mundó respiró. El abate Caumartin se levantó, y el silencio reinó en la sala. ¿Qué iría á contestar? Su discurso empezó por un elogio brillante del muerto á quien reemplazaba Noyon; el abate lo pintaba como tipo de perfecto académico, y las cualidades que le atribuía eran precisamente las que le faltaban al nuevo académico; el efecto era tan acertado como inédito, y el auditorio gozaba con el contraste, cuando el abate, cambiando de táctica, pasa del ataque embozado al directo, haciendo el elogio del obispo-conde con causticidad incomparable. «Nosotros conocemos—decía—esa sangre ilustre en que se hallan reunidas todas las grandezas de la tierra y que se enlaza por tantos sitios á tantas casas soberanas... conocemos esa elocuencia, que todavía nos tiene deslumbrados, y cuyo modelo habéis creado; las figuras más atrevidas y más marcadas, las que los más grandes escritores no emplean sino temblando, vos las derramáis con profusión y las hacéis pasar á países que hasta el presente les eran desconocidos». La mordacidad continuaba cebándose en todos los defectos del elegido en el mismo tono, y el auditorio saboreaba con sorpresa y con deleite los rasgos de ironía de Caumartin, preguntándose hasta dónde llegaría en su atrevida respuesta; el abate no se detenía ante nada; y, para terminar, aplicaba su

causticidad al mismo rey. «El rey—decía—sabe mejor que nadie lo que valéis; os conoce á fondo, se complace en conversar con vos, y cuando os habla, la alegría se difunde por su rostro; ha deseado que fueseis de esta Compañía, y hemos debido responder á sus deseos con consentimiento unánime; después del elocuente panegírico que acabáis de hacer de este gran príncipe, no obscureceré con débiles rasgos las ideas grandes y luminosas que de él habéis trazado; diré solamente que mientras sostiene el derecho de los reyes y la causa de la Religión, se digna todavía prestar atención á la pérdida que hemos sufrido con la muerte de vuestro antecesor, y para repararla nos da un sujeto en quien, sin él, jamás nos hubiéramos atrevido á pensar». La Academia estaba vengada, el ídolo había sido tocado; todos desfilaron en silencio, como aterrados; sólo un hombre corrió á felicitar calurosamente á Caumartin, abrazándole y dándole gracias: era el obispo-conde, á quien su coraza de vanidad hacía invulnerable, y que estaba persuadido de que le habían tributado todo género de elogios. Cuando más tarde llegó á comprender la burla, se encolerizó y obligó al abate á darle toda clase de disculpas, haciéndole pagar caro su atrevimiento, pues los veinte años que todavía vivió Luis XIV tuvo que pasarlos Caumartin obscurecido.

Al lado del discurso de Caumartin todas las demás citas palidecen. La ironía del atrevido abate no reapareció hasta la recepción de otro obispo, el de Senlis, impuesto por el duque de Richelieu en 1770 contra el candidato de los enciclopedistas, y que fué atrocemente y hasta algo groseramente maltratado por el abate de Voisenon en su discurso; después hay que saltar hasta la recepción de Nodier para volver á tropezar con hechos semejantes; pero desde entonces apenas se presenta ninguna recepción sin que unos ú otros, ya por proceder de distintas escuelas literarias, ya por la diversidad de las opiniones políticas, ya porque á ello se presten defectos personales, dejen de aprovechar la ocasión para propinarse alfilerazos más ó menos irritantes, y hasta estocadas á fondo, como la que el

conde de Molé dirigió en su discurso de contestación á Alfredo de Vigny, y que dejó tan herido al recipiendario que jamás quiso volver á poner los pies en la Academia. El reinado de la ironía se ha impuesto, y durante muchos años tuvo su cetro Renan, haciendo oír en el palacio Mazarino los acentos seductores de su pérfida palabra.

COSTUMBRES

CÓMO SE VIAJA EN TREN Á PRINCIPIOS DEL SIGLO XX.—El viajar representa en nuestros tiempos uno de los indicios principales de la intensidad de la vida económica y social de un país; pueblo que viaja, como dice en *La Nuova Antologia* el diputado Maggiorino Ferraris, es pueblo más laborioso ó más feliz que otro. El articulista se queja de que en Italia, con sus 16.000 kilómetros de ferrocarriles, no se viaja, y, al efecto, compara el movimiento de viajeros de varios países, según la estadística de 1899, presentando el cuadro siguiente del número medio de viajes de cada habitante al año:

Inglaterra.....	27,40	Holanda.....	5,90
Suiza.....	20,00	Hungría.....	3,53
Prusia.....	17,39	Suecia.....	2,01
Bélgica.....	17,18	Italia.....	1,43
Francia.....	9,57	Rumania.....	1,17
Dinamarca.....	7,54	Rusia.....	0,74
Austria.....	6,33		

Las razones que pueden determinar un viaje son tres: la necesidad, la utilidad ó el placer. En los tres casos, el que viaja experimenta la satisfacción de una necesidad, que es lo que constituye el goce ó la felicidad económica, que no siempre puede confundirse con la felicidad moral. Los elementos principales que determinan la intensidad de los viajes en un país son: 1.º La riqueza de las poblaciones y la actividad de los cambios. 2.º La instrucción. 3.º Los hábitos de la vida individual y social. 4.º La intensidad de las redes. 5.º Las co-

modidades del viajar. 6.º Las tarifas ferroviarias. Estos elementos se influyen y reaccionan unos sobre otros, pues un pueblo rico ó instruído viaja más que un pueblo pobre é ignorante; y cuando los viajes se facilitan y multiplican, el pueblo se enriquece y se instruye.

La extensión é intensidad de las redes ferroviarias de Europa eran en 1901 las siguientes:

Longitud absoluta.

Alemania.....	52.985 Km.	Hungría.....	17.271 Km.
Francia.....	43.607 —	Italia.....	15.494 —
Inglaterra.....	35.462 —	Bélgica.....	6.476 —
Austria.....	19.581 —	Suiza.....	3.764 —

Longitud en relación con la superficie del país. (Km. por 100 Km.²)

Bélgica.....	2,20	Francia.....	8,1
Inglaterra.....	11,3	Austria.....	6,5
Alemania.....	9,8	Italia.....	5,4
Suiza.....	9,0	Hungría.....	5,3

Longitud en relación con la población. (Km. por 100.000. habitantes.)

Suiza.....	113,1	Alemania.....	94,0
Francia.....	111,9	Hungría.....	89,6
Bélgica.....	97,0	Austria.....	74,8
Inglaterra.....	94,0	Italia.....	47,0

En las vías férreas, como en todo, renovar es vivir, y la inferioridad de Italia (¿qué diremos de España entonces?) se revela en la restricción del número de viajes; en la lentitud de los trenes; en lo deficiente en calidad y cantidad del material móvil; en la ausencia de caminos y medios de transporte; en los servicios accesorios, fondas, tocadores, retretes, etc.; en la excesiva distancia de muchas estaciones á la población respectiva; en el desconocimiento de las necesidades de cada comarca para subdividir é individualizar el tráfico, etc.

Las tarifas son generalmente el factor dominante del tráfico. Los billetes se acomodan á varios sistemas que á veces se combinan entre sí. 1.º Tarifa de un tanto fijo por kilómetro. 2.º Tarifas decrecientes con la distancia. 3.º Tarifas de zonas. 4.º Billetes á precio único, independientes de la distancia. En general pueden considerarse como países en que domina el primer tipo de billetes Italia, Bélgica, Francia, Alemania y Suiza; el segundo, Austria, Holanda, Rusia, Suecia y Noruega; y el tercero, Hungría. Para dar una idea de la diferencia de tarifas, véase lo que cuesta un billete de 100 kilómetros en un tren ómnibus, según los países:

PAÍSES	1. ^a clase.	2. ^a clase.	3. ^a clase.	PAÍSES	1. ^a clase.	2. ^a clase.	3. ^a clase.
Austria.....	8,92	5,41	2,97	Holanda....	9,45	7,56	4,72
Hungría....	7,64	5,09	3,18	Baviera.....	10,00	6,62	4,25
Dinamarca..	9,56	6,04	3,51	Prusia.....	10,00	7,50	5,00
Bélgica.....	9,40	6,40	3,80	Francia.....	11,20	7,56	4,93
Noruega....	9,16	7,05	4,40	Suiza.....	10,40	7,30	5,20
Suecia.....	»	7,38	4,92	Italia.....	11,60	8,15	5,25

Hay que contar con que en Prusia hay todavía una cuarta clase (2,50 francos los 100 kilómetros) que transportó, en 1902, 276 millones de viajeros. Y si se toman trayectos de 500 kilómetros, se verá que todavía las diferencias son mayores, pues van desde 23,47, 14,76 y 8,71 francos que cuestan, según la clase, en Dinamarca, hasta 58, 40,60 y 26,10 que cuestan en Italia, sucediendo otro tanto en los trenes directos ó expresos.

Comparando Italia con Austria, véanse las consecuencias de los diversos sistemas de tarifas, material, etc., de ambos países:

CONCEPTOS	Italia.	Austria.	DIFERENCIA	
Superficie en kilómetros cuadrados	286.000	300.000	—	14.000
Población.....	33.000.000	27.000.000	+	6.000.000
Kilómetros de ferrocarril.....	16.000	20.000	—	4.000
Número de viajeros	69.000.000	173.000.000	—	104.000.000
Viajeros-kilómetros	3.100.000.000	5.500.000.000	—	2.400.000.000
Kilómetros por habitante al año...	94	204	—	110
Producto de viajeros.....	135.000.000	166.000.000	—	31.000.000
Producto por habitante al año.....	4,10	6,15	—	2,05
Producto por kilómetro.....	8,840	8.300	+	540

Sin consignar más hechos, bastan los apuntados para hacer la crítica y formular la condena de la política ferroviaria italiana, que es exactamente la misma—bastante mejor, sin embargo, por todos conceptos—que la española.

* * *

LO QUE SE ENCUENTRA EN LOS PERIÓDICOS.—Paula Lombroso declara que lee periódicos, y que su lectura excita su curiosidad y la apasiona, sin sentir la necesidad de disculparse por ello, pues la interesan los periódicos porque representan cómo es el mundo de la calle.

¿No habéis sentido, al cruzar las calles de una gran ciudad en donde fluye la multitud, el deseo agudo, punzante, de saber el destino y la vida de toda aquella gente, dónde va, qué hace, cómo piensa? Leyendo los periódicos parece que se penetra en el alma de aquella multitud, en el laberinto de sus pasiones, de sus sentimientos, de los misterios en que el destino envuelve á los hombres.

A veces surge en el periódico una gigantesca representa-

ción, como en el asunto Dreyfus, donde aparecen conjuras, traiciones, duelos, falsificaciones, damas veladas, suicidios y todo el andamiaje de un drama emocionante, cuyos actores son ministros, generales, embajadores y diputados. Y tras el drama viene la farsa colosal de los Humbert, con banqueros y financieros, los hombres que parece debieran ser los más expertos y avisados, y que caen como novatos en las redes que les tiende la astucia de una mujer que sabe sacar partido de su codicia. Y luego vienen los dramas políticos, con los hombres que en un instante ven toda su carrera destruída, todo su porvenir destrozado...

¡Las aventuras! Esa es otra página de vida que el periódico revela, con todas sus intrigas de antecámara, misterios de alcoba y vergüenzas de tapete verde, llena de peripecias y extravagancias dignas de la fantasía de un Dumas. No hace mucho era la historia de una mundana polaca que inventa y hace creer á su marido que es hija natural de su amante, y cuando éste la abandona le intenta un proceso para que la reconozca como hija, sugestionada por su misma ficción, y cuando él se niega le pega tres tiros. Después ha sido la historia de aquella criada genovesa que á los diez y seis años se casa con un zapatero que la maltrata y la abandona marchándose á América; atormentada por instintivo deseo de goce, ella se hace camarera de un Gran Hotel y luego amante de un rico señor francés; comprendiendo el partido que puede sacar de una buena educación, aprende lenguas vivas, el piano y el canto; y de amante en amante, siempre refinándose y perfeccionándose, toma el título de condesa y hace vida de gran dama; el conocimiento del ruso la permite hacerse espía del gobierno francés en San Petersburgo, donde logra ser presentada en la corte; marcha á Puerto Arturo, y desde allí envía telegramas por miles y miles de francos á la potencia á que sirve de corresponsal; discretamente despedida, marcha á París y á Montecarlo, y vuelve á Génova; allí el marido, á quien se creía muerto, reaparece y formula sus exigencias, hasta que, irrita-

do un día, la mata horriblemente, atrayéndola á una emboscada y acabando con aquella vida de energía, de astucia y de tenacidad. Historia menos tristemente torpe que la de aquella vieja hetaira parisiense que á los ochenta años no renunciaba todavía á sus hábitos de cortesana, y con la piel cubierta de menjurjes, los dientes postizos y una peluca roja, con el pecho lleno de diamantes, invitaba á los jovencillos á sus festines orgiásticos, hasta que uno de ellos la mató en la alcoba para robarla.

Más interesante todavía es la vida de los reyes y de los príncipes, que parece debieran vivir en un ambiente de bienestar, dignidad y serenidad completas, y que viven, sin embargo, muy de otro modo: como aquella princesa que á los treinta años, y madre ya de cinco hijos, se enamora de un pobre maestro de 120 pesetas mensuales, y huye con él; ó como aquella otra que á los cuarenta años cree poder comenzar un nuevo idilio de ternura, ya que tan mal le había salido el que soñó con su marido en el trono; como la que en su primer baile se enamora del primer teniente que la pide una vuelta de vals, y casada con él, vencidas las razones de Estado, tropieza con una carta en que se hallan las mismas expresiones que conquistaron su corazón dirigidas á ¡una bailarina!; ó como aquel pobre muchacho que, apenas libre de las faldas maternas, quiere probar su realeza arrojando flores y besos á las muchachas y embriagándose de licores y de tabaco. Oprime el corazón ver el trono rodeado de tantas flaquezas.

Otro misterio que revelan las crónicas periodísticas es el de los suicidios: no ha mucho contaron el de un hombre rico é inteligente, adorado por su mujer y por sus hijos; un día, dada cuenta á una asamblea bancaria de la memoria anual, y mientras los socios acordaban un expresivo voto de gracias por su brillante gestión y le esperaban para un banquete de honor, él se extiende sobre la verde hierba en un ángulo de un jardín desierto, y se salta de un tiro la tapa de los sesos; no era por cansancio de la vida, ni por desilusiones ni contrariedades:

era que sentía las primeras acometidas de una enfermedad horrible, la parálisis general, y no podía soportar la idea, después de haber estado á la cabeza de cientos de hombres, de verse como envilecido y deformado, humillado por la compasión de los que antes había sabido dirigir. Son misterios que se explican; pero hay otros inexplicables, como el de la pequeña Sicora, muchacha de quince años nacida en Madagascar é hija de un gran explorador africano, con el que había corrido en su niñez todos los peligros de los bosques vírgenes y de los países salvajes; muerto su padre, la madre volvió con ella, de trece años, á Viena, de donde procedía; y en la gran ciudad austriaca la niña se aburría, y ni los comercios, ni la animación de las calles, ni los teatros, ni los circos, podían dominar su terrible nostalgia; hasta que un día, sucumbiendo á la melancolía, aprovechó una salida de su madre, y apoderándose de un revólver se disparó un tiro, y murió poco después pidiendo perdón á su madre y diciendo: — No puedo vivir en este desierto de piedra.

Donde el confuso correr y el cruzarse y afanarse de la gente callejera está reproducido con admirable viveza es en los anuncios de la cuarta plana: en aquellos rengloncitos lacónicos, todo lo que la vida contiene de cómico, de lamentable, de triste, de alegre, de fantástico y de novelesco pasa ante nuestros ojos como un cinematógrafo. He ahí una agencia matrimonial para viudas y núbiles, para oficiales del Ejército y para simples comerciantes, que dispone de dotes en bienes inmuebles y en títulos de renta; hay también jóvenes disponibles que, llenos de delicada idealidad, avisan que no quieren tratar más que con los padres, y cuando las cuentas están bien ajustadas y todo puesto en claro, se reservan un desenlace de novela: los novios se encontrarán como por casualidad en un café, y, antes de terminar el helado y la música, se producirá el *coup de foudre* que ha de hacerles enamorados y á propósito el uno para el otro.

Hay toda una colección de estos pequeños avisos á cinco

céntimos línea: tal el de una viuda «dispuesta á vender, por contraer segundas nupcias, el mobiliario del primer matrimonio: muebles de buen gusto, comodidad, poquísimos usados»; no le falta al anuncio más que una juiciosa advertencia, «muerto de simple apoplejía», para animar á los compradores; es una viuda sincera que da al segundo marido conocimiento exacto de lo que ha de hacer si se le ocurre morirse también antes que ella. Luego hay un tal que vende «una levita de sociedad, puesta una sola vez, y que ha costado 300 liras, ¡en 50 liras!» ¡Qué de historias se imagina uno ante semejante anuncio! ¿Y la elocuencia de este otro, de sólo seis palabras: «Cambio gustoso mandolina por cochecito infantil»? Se adivina toda la historia: algún obrero distinguido, tipógrafo ó mecánico, con buena parroquia, que en las horas libres de soltero se divertía en tocar la mandolina, dando con ella serenatas á su novia, y, casado después, la hermosa doncella se convirtió en máquina de hacer hijos, y volvió á casa un día diciendo á su marido: «¡Si tuviéramos un cochecito en lugar de la mandolina!» Luego viene una excantante que perdió la voz por el tifus, y que, con gran dominio de la escena, se ofrece como mima ó figurante. Luego, una planchadora que se ofrece por 15 céntimos, á domicilio, aunque sea en cuarto piso, y nos parece verla á la infeliz bajar y subir sudando, fatigada, consumiendo en zapatos y pan el flaco producto de su labor. Luego, una señora distinguida que consiente en tener á su cuidado perros, gatos y canarios de familias distinguidas que salen al campo. Luego, el eterno desocupado, inútil para todo trabajo, que ensaya todos los empleos, sin servir para ninguno, y que ofrece 100 liras á quien le proporcione una ocupación duradera...

Y el vasto hormiguero humano sigue desfilando á nuestra vista con todos los episodios de la vida que el periodismo revela, mostrando la cruz que cada hombre está condenado á llevar desde el nacimiento hasta la muerte.

PSICOTERAPIA

LO MARAVILLOSO EN LA CIENCIA.—Los descubrimientos más recientes de la ciencia, desde la telegrafía sin hilos y los rayos Röntgen hasta las propiedades del radio y de los rayos N, llevan constantemente la atención hacia el magnetismo, la magia, el ocultismo y los fenómenos espiritistas.

¿Qué hay de real, de útil, de instructivo—se pregunta Guillermo Evans en *La Italia Moderna*—en todo esto? ¿Cuáles son los descubrimientos ilusorios y cuáles las promesas fructuosas que nos reserva el porvenir? Con las quimeras de la piedra filosofal echaron los alquimistas los cimientos de la química; muchas creencias consoladoras serán abandonadas; pero esas concepciones preliminares no habrán sido inútiles, y no conviene despreciarlas.

Las *almas* de los muertos, por ejemplo, habrán tenido, como el polvo de proyección y los horóscopos, su razón de ser, como hipótesis y excitaciones á la investigación. Las curaciones casi milagrosas del hipnotismo y de la sugestión, los beneficios de la psicoterapia, los privilegios incontestables de la fe y de la voluntad, los extraordinarios mensajes de la telepatía, los presentimientos, la lectura del pensamiento, el desdoblamiento de la personalidad, la exteriorización de la fuerza vital, que hoy se llega á fotografiar y medir; las enseñanzas de nuestros sueños, las adivinaciones, las acciones frecuentemente sinceras y auténticas de los médium y de los fakires, componen un gran conjunto de fenómenos que no es posible despreciar, so pena de que, abandonados por la ciencia, se apodere de ellos la charlatanería, como decía Víctor Hugo: «Donde Laplace no aparece, interviene Cagliostro». Este consejo ha sido al fin escuchado, y hoy las Sociedades de investigaciones físicas de Londres, Nueva York, Italia, Francia, Alemania y Rusia estudian los hechos.

Todos nos damos cuenta del magnetismo humano; las brus-

cas y en apariencia absurdas emociones de simpatía ó antipatía atestiguan el incontestable ascendiente que un temperamento puede tomar sobre otro; en la vida hay que ser yunque ó martillo: tal es la imagen del hipnotismo. Todos los hombres, y sobre todo los inteligentes, son sugestibles en diversos grados; á veces esta impresionabilidad es enfermiza, y de ahí el histerismo y la demonialidad; en la Edad Media, la oración y las aspersiones curaban estos desórdenes; se creía en el mal de ojo y se bosquejaba la teoría del fluido magnético, que dió á Mésmer su nombradía; muchos mesmeristas practicaban sus curas por la mirada, el aliento y los apretones de manos; pero todos ellos, como los doctores, carecían de espíritu crítico, y muchos desconocían la fisiología; los sonámbulos contaron historias fabulosas que hicieron desconfiar de ellos al mundo científico, hasta que apareció Braid, sustituyendo la acción de la mirada por la de un simple botón de cristal ó de metal, bastante brillante para producir la catalepsia en los nerviosos que lo miraban, haciendo así el fenómeno explicable y analizable; el braidismo preparó el hipnotismo, como el abate Faria fué el precursor de la sugestión terapéutica al mandar dormir á sus enfermos. Charcot, el Napoleón del histerismo, consiguió hacer la hipnosis científica, evidente, indiscutible, despejando radicalmente las nieblas del misticismo con la repetición á voluntad de los fenómenos mediante sus espejos, focos eléctricos y demás medios puramente materiales de acción. La escuela de Nancy, con Liebeault á la cabeza, sostuvo, por su parte, que las crisis de los modernos demoníacos, el letargo, la catalepsia y el sonambulismo eran debidos, no á procedimientos físicos, como se creía en la Salpêtrière, sino á la educación del cerebro, proclamando así la supremacía de la idea.

¿Qué es lo que cura la psicoterapia? El cuerpo y el alma. Ante todo, los trastornos nerviosos y psíquicos: las neuralgias, lumbagos y hemicráneas; puede insensibilizar el cuerpo, sin peligro, para las operaciones quirúrgicas; corta las convulsiones y ciertas fiebres; atenúa la dispepsia; disuelve las paráli-

sis y hasta tumores de origen histérico; mejora los síntomas de las enfermedades orgánicas, como la ataxia y la tuberculosis, y reproduce los milagros que tanto prestigio dieron á los fundadores de religión. «Recuerdo una joven—decía á Evans un docto médico—que desde los tres años tenía paralizada la parte derecha del cuerpo, estando, además, ciega del ojo izquierdo; sus primeras palabras al entrar en el gabinete fueron éstas:

—Doctor, no quiero que me duerman.

—No, no, no hay necesidad—reliqué;—sentaos en ese sillón, y al levantaros estaréis curada; decís que estáis paralizada del lado derecho, ¿verdad? ¿Sentís la picadura de un alfiler? ¿No? Pues os equivocáis: el lado paralizado es el izquierdo; mirad: no sentís la picadura á la izquierda, y sí á la derecha, ¿eh?; no podéis sosteneros sobre la pierna izquierda, pero sí sobre la derecha. ¡Probad, levantaos!

—Es verdad, doctor.

—Pues bien, ahora sentís la picadura á la izquierda y á la derecha: podéis andar; ¡pasead!

Y la joven dió algunos pasos, lloró de emoción y se echó en brazos de sus padres.

Yo continué: —¡No es eso todo! ¿Es el ojo izquierdo el que está ciego?

—Sí.

—Os engañáis: es el ojo derecho; ¡mirad!

—¡Oh! Es verdad.

—Pero tampoco estáis ciega del ojo derecho: veis con los dos ojos.

—Sí, sí, es verdad.

Y la muchacha salió de mi gabinete con los ojos sanos y andando con sus propias piernas. Esto sucedió en 1893, y desde entonces la joven está completamente curada».

Esta ciencia racional de la voluntad está hoy todavía en formación, pero está en camino de ser el descubrimiento más eficaz del siglo xx. Los estudios decisivos de F. Reymond,

después de Charcot, el maestro; las investigaciones de Janet sobre las neurosis; las atrevidas indagaciones de Julio Ochorowicz; las tentativas de pedagogía sugestiva y de ortopedia mental del Dr. Besillon; la medicina del espíritu bosquejada por Mosse; los sutiles informes de Binet, de Max Nordau, de Postigliotti, de Jenani, etc., sobre las de Charcot, Liebeault, Bemheim, etc., nos han conducido al otro lado de esta revelación laica y experimental, y la educación, la moral, el derecho y la sociología aprovechan los resultados de esta labor.

En los Institutos de Psicología y en las clínicas se desenvuelven á veces verdaderos dramas curativos. Ante un borracho adormecido se trazó una raya blanca.

—¿Veis esta raya? Pues es la puerta de una taberna—le dijeron.

En seguida el borracho se movía para pasar la raya tentadora, pero una orden le detuvo.

—¡Alto! No podéis pasar esa línea, y cuando os despertéis tampoco podréis pasar esa puerta peligrosa.

La táctica dió buen resultado; pero la afición á beber triunfó, y unos días después volvió más borracho que nunca; cuando se le adormeció, todo quedó explicado: el umbral de la taberna seguía siéndole infranqueable; pero su mal genio le había sugerido la idea de que le sirvieran el vino fuera, y tomó la costumbre de beber en un banco. Había que buscar otro remedio: se llenó un vaso de vino, y, en el momento en que el borracho lo acercaba á los labios, el doctor le inmovilizó el brazo con una orden enérgica.

—Cuando os ofrezcan de beber—le dijo el hipnotizador,—la pereza de vuestro brazo incitará vuestras reflexiones y vuestra resistencia; os acordaréis del abatimiento que sigue á vuestras libaciones, y renunciaréis con razón á vuestro vicio.

Con estos ejercicios de psicoterapia se transforman completamente ladronzuelos de doce y catorce años, sucediendo lo mismo con los morfinómanos y los que se roen las uñas, reaccionando así contra tan deplorables costumbres.

El más atractivo de todos los misterios es, sin embargo, el de la autosugestión. Los americanos lo han comprendido, y se han dedicado con ahinco á formular proyectos y á crear hasta «profesores de voluntad». El deficiente—afirma uno de ellos—no es más que un perezoso, y no tener fortuna significa tener un carácter nefasto ó demasiado débil. Estos profesores propenden bastante al charlatanismo, pretendiendo obrar sobre su clientela por medio de carteles, por ejercicios respiratorios semejantes á los de los fakires de la India, etc. Pero en medio de todas las exageraciones, charlatanerías, lo evidenciado ya científicamente é indiscutiblemente es que podemos hacernos más fuertes ó más felices por medios físicos ó mentales. Antes de conquistar los espíritus del otro mundo es más prudente pensar en los de éste. El hipnotismo y la sugestión han demostrado que se puede hacer á las demás almas la caridad de un poco de voluntad y de inteligencia; pero la caridad bien ordenada empieza por sí mismo, y la autosugestión nos hace esperar que podremos ser más vivaces, más vigorosos, más atentos, y que podremos librarnos totalmente de todos esos pequeños disgustos que son como los parásitos del yo. Saber esto es ya mucho; descubrir los medios de lograrlo, ó sea la receta para hacer grandes hombres, es asunto de estudio y de paciencia, y por lo tanto fácilmente realizable.

ENCICLOPEDIA

LOS ALEMANES Y LA CIVILIZACIÓN.—Entre los papeles póstumos de Nietzsche figuran, con el título que encabeza estas líneas, unos fragmentos interesantes, que *La Renaissance Latine* reproduce y de los que ofrecemos amplio extracto á nuestros lectores.

El alemán provoca hoy en el extranjero cierto asombro y estimación porque se recuerda lo que fué en otro tiempo, pero su vista no agrada; el prusiano, especialmente, produce impresión penosa, sobre todo en el Mediodía, no por su orgullo,

sino por su arrogancia y por sus malas maneras; el alemán del Sur es pesado, bonachón y de facha aldeana, pero con todo eso, no inspira confianza: se sienten en él las «dos almas en un solo pecho», de famosa memoria.

Quizá los alemanes han caído en un clima que no es el suyo; su modo de alimentarse fué también una fatalidad que engendró el espíritu filisteo. La reforma de Lutero fué una de las erupciones más embusteras de los instintos groseros; Lutero es un tipo psicológico: es un aldeano inculto y desviado, que por medio de la «libertad evangélica» abre paso á todas las necesidades violentas, largo tiempo acumuladas. El efecto de la oración repetida, que envilece y hasta priva de toda virilidad, es también uno de los perjuicios causados al carácter alemán desde la Reforma; es una prueba de mal gusto rogar mucho en lugar de dar mucho; las relaciones con Dios en la oración provocan esa actitud de rebajamiento que conserva sus derechos por herencia hasta en tiempos de impiedad.

El alemán es místico por naturaleza; todavía no ha habido cultura alemana; ha habido ermitaños que con asombrosa habilidad han sabido mantenerse ocultos en medio de la más grosera barbarie. Lo que me gusta observar en los alemanes es su naturaleza mefistofélica; pero el verdadero Mefistófeles alemán es mucho más peligroso, más audaz, más malo, más astuto y por consiguiente más sincero que el de Goethe; pensad en el alma íntima de Federico el Grande. El verdadero Mefistófeles alemán pasa por encima de los Alpes y cree que del otro lado todo le pertenece; considera *Fausto* y *Hamlet* como caricaturas que se han inventado para hacer reír, y Lutero lo mismo; Goethe mismo ha tenido buenos momentos *alemanes* en que se reía de todo en su fuero interno; pero volvía á caer por sí mismo en estados de alma *húmedos*.

Hasta ahora todavía no ha habido civilización en Alemania; sólo ha habido separatistas místicos. ¡Siempre individuos... es un consuelo! Goethe es una excepción; vivió de un modo sutil, sabiendo encastillarse y disfrazarse. Schiller es de

los que gustan de oropeles y de las actitudes pomposas de la virtud; si hay algo que honre á los alemanes de hoy, es que no pueden ya soportar la grandilocuencia de Schiller. La pequeñez del alma alemana, su «perspectiva de rana» respecto á toda cosa elevada, es muy dolorosa.

Me parece que soy algo así como un alemán de una especie que se extingue; «ser un buen alemán es dejar de ser alemán», he dicho un día, pero hoy no me quieren conceder esto; Goethe me lo hubiera concedido. En Alemania ha faltado siempre el espíritu; lo que más se aprecia es la aplicación y la perseverancia, y cierto juicio frío y crítico; por tales cualidades se han apoderado de Europa la filología alemana y la ciencia militar alemana.

Entre los hombres superiores y los pueblos hay que distinguir los que conciben el mundo en su conjunto, con contornos sólidos, y los que lo ven entre nubes; y los alemanes son de estos últimos. Los alemanes se creen profundos cuando se sienten pesados y melancólicos; traspiran cuando piensan, y el sudor es para ellos la prueba de su «seriedad»; su espíritu es pesado, el espíritu de la cerveza es potente, hasta en las ideas que les vienen, y ellos llaman á eso su «idealismo». Verdad es que los alemanes han ido muy lejos con ese idealismo, muy lejos... «hasta las estrellas».

Los alemanes son un pueblo peligroso: se entienden hasta embriagarse; han inventado el gótico y quizá el rococó; el sentido histórico y el exotismo; Hegel, Wagner y también Leibnitz y el alma de criado, idealizada bajo el nombre de virtud de sabio ó de soldado.

La pequeñez y pobreza del alma alemana no eran ni son consecuencia del sistema de pequeños Estados; el que oye en el fondo de su alma el imperativo de los esclavos, «hay que arrodillarse», se encorvará más en el «Imperio» y lamerá con más fervor el polvo de los pies del gran soberano que el de los pequeños; un pobre gondolero veneciano tiene mejor apariencia que un verdadero consejero íntimo berlinés; y hasta

como hombre, vale mucho más. ¡Preguntadlo á una mujer!

Todos los verdaderos germanos fueron al extranjero; la Alemania actual es una estación avanzada del mundo eslavo, y prepara el camino de la Europa panslavista.

¿Dónde se encuentra una familia noble que no tenga la sangre corrompida por el contagio de las enfermedades venéreas? Bismarck es un eslavo. Examinad los rostros de los alemanes: todos los que tenían en sus venas sangre viril han ido al extranjero; la población quedada en el país, esa población de alma de lacayo, fué mejorada por una infusión de sangre venida del extranjero; sangre eslava sobre todo. La nobleza de las Marcas prusianas en particular, y la prusiana en general, encierran actualmente las naturalezas más viriles de Alemania, que son las que gobiernan, como es natural.

Bismarck está tan lejos de la filosofía como pudiera estarlo un labriego; desconfía de los sabios, ha rechazado todo lo que la estúpida cultura alemana, con sus gimnasios y universidades, quiso enseñarles; es evidente que prefería una buena comida, con vino, á la música alemana, que no es frecuentemente más que una especie de hipocresía femenina para envolver la ansiosa inclinación que impulsa á los alemanes á embriagarse. Bismarck quería hacer del Parlamento una especie de pararrayos para el uso del hombre de Estado que gobierna, una fuerza *contra* la corona, y, en ciertas circunstancias, una palanca para ejercer presión sobre el extranjero: así como Federico el Grande se burlaba del *feminismo* en la regencia de los Estados vecinos, así Bismarck se burlaba del «parlamentarismo», que consideraba como un modo nuevo de hacer lo que se quiere. Tal vez los Parlamentos sean excesivamente útiles á un hombre flexible y fuerte; yo, sin embargo—dice Nietzsche,—desearía que la locura del mayor número y la superstición de las mayorías no se implantase todavía en Alemania como en los pueblos latinos, y que se acabe, en fin, por inventar algo nuevo en el dominio de la política; no hay apenas sentido y sí un gran peligro en dejar que se arraigue más profundamente el

hábito reciente del sufragio universal, todavía tan fácil de extirpar; deseo que Europa produzca pronto un gran hombre.

«¡Alemania! ¡Alemania por encima de todo!» es acaso la consigna más estúpida que se haya dado jamás. Alemania no es, en suma, sino un Estado más, una tontería más en el mundo. La era bismarckiana es la era del embrutecimiento de Alemania, que tiene su origen en aquel año 1815, en que la noche cayó sobre el espíritu alemán con las ideas de patria, frontera, terruño, antepasados. Desde entonces, es decir, desde que Alemania se ocupa de política, perdió la dirección intelectual de Europa, y ya no ha salido ningún hombre eminente de Alemania, pues Wagner es de 1813 y Bismarck mismo de 1815. La locura de las nacionalidades y la torpeza patrioterica no tienen encantos para Nietzsche. ¿Cómo puede uno interesarse por el Imperio alemán? ¿Dónde está ahí la idea nueva? ¿No es, quizá, más que una nueva combinación de potencias? Dominar y ayudar á la victoria del más alto pensamiento es todo el interés que puede ofrecer Alemania con su Imperio. ¿Qué importa que en eso haya Hohenzollern ó no los haya? La pequeñez de espíritu propia de Inglaterra, he ahí, en nuestros días, el gran peligro sobre la tierra. Hay en los sentimientos de los nihilistas rusos más inclinaciones á la grandeza que en los de los utilitarios ingleses. Una mezcla de la raza alemana y de la eslava, con hombres hábiles de dinero, como los judíos, eso es lo que se necesita para conquistar el dominio de la tierra.

Por lo que hace á los dos imperativos del instinto alemán, «no dejéis entrar más judíos» y «tened cerradas las puertas al Este», un sabio examen aconsejará esta reglamentación de fronteras á los judíos alemanes mismos. Si el talento, la aplicación y la habilidad se tuvieran sólo en cuenta, los judíos prusianos tendrían ya el poder *entre las manos* como lo tienen *en los bolsillos*. Lo que les excluye del poder es su incapacidad para representarlo. Los judíos no han sido casta dominante ni siquiera en su patria. El modo con que un judío monta á ca-

ballo no deja de suscitar objeciones, y deja entender que los judíos jamás fueron de raza caballeresca. Si se considera que son frecuentemente incapaces de desempeñar funciones de juez, no se entiende por eso que se condene su moralidad, sino la falta de seguridad que tienen cuando representan esa moralidad. De todo esto puede deducirse que el judío de Prusia debe ser una especie de semita caída y degenerada. Los peligros del alma judía son éstos: trata de instalarse dondequiera que sea de un modo parasitario; sabe «asimilarse», como dicen los naturalistas; por ende, los judíos se han hecho cómicos de nacimiento, semejantes al pólipo, que toma el color de la roca á que se adhiere.

Los americanos se gastan demasiado pronto. Es posible que sólo sean en apariencia una potencia mundial del porvenir.

Me parece—dice Nietzsche—que la capacidad inventiva y la acumulación de fuerza de voluntad se encuentran en grado superior, sin que haya todavía síntomas de agotamiento en los esclavos, gracias al régimen absoluto. Una dominación mundial germano-eslava no sería imposible. Los ingleses no saben dominar las consecuencias de su *self government*, que llevan hasta la terquedad, de modo que siempre hay hombres nuevos que llegan al poder, y las mujeres acabarán por entrar en el Parlamento. Los alemanes deberían disciplinar una casta dominante, y el judío es un ingrediente indispensable á una raza que haga política mundial.

Lo interesante es la unidad de Europa. El verdadero propósito de los hombres profundos de amplias miras en el siglo XIX, ha sido preparar esa síntesis y anticipar en una especie de ensayo el *européo* del porvenir; sólo en sus horas de debilidad y en su vejez es cuando recaían en las estrecheces nacionales y se hacían «patuolas»; piénsese en hombres como Napoleón, Goethe, Beethoven, Stendal, Heine, Schopenhauer, quizá hasta Wagner.

Un gran hecho económico acompaña á esa necesidad de

unidad; los Estados de la actual Europa acabarán por ser insostenibles, gracias á ese impulso general hacia los grandes cambios y las grandes relaciones que empujan nuestras fronteras sin cesar. Pero para entrar en lucha por el dominio del mundo con probabilidades de éxito (inútil es decir contra quién irá dirigida esa lucha) Europa tendrá probablemente necesidad de entenderse seriamente con Inglaterra, pues las colonias inglesas serán entonces un elemento de lucha tan indispensable á Europa como las colonias holandesas á Alemania. Nadie cree ya que Inglaterra pueda ser bastante fuerte para seguir representando durante cincuenta años más su antiguo papel. En suma: en eso, como en otras cosas, el siglo xx marchará sobre las huellas de Napoleón, el primer hombre de los tiempos modernos que haya sabido anticiparse.

Las condiciones de Europa durante el siglo xx formarán de nuevo virtudes viriles, porque se vivirá en medio de peligros perpetuos. La cuestión importante es el dominio del mundo. ¿Pertenece á los anglosajones? El elemento alemán es un buen fermento, pero no saben gobernar. Francia ocupa el primer rango de la civilización. Es preciso que Rusia se haga dueña de Europa y de Asia, que colonice y gane la China y la India. Europa se parecerá entonces á Grecia bajo el dominio de Roma.

Es inevitable: el poder está entre los eslavos y los anglosajones; pero el poder intelectual podía estar en manos de los europeos más típicos. Si Europa, sin embargo, cayera en manos del populacho, ¡adiós civilización europea! Asistimos á la lucha de los pobres contra los ricos, y hay que apartar todo lo que pueda salvarse. Después de todo, Europa es una mujer, y la fábula enseña que en ciertas circunstancias las mujeres se dejan arrebatadas por ciertos animales; en tiempo de los griegos fué un toro. Hoy... ¡el cielo nos guarde de nombrar el animal!

SUPERSTICIONES

LA FASCINACIÓN Ó MAL DE OJO.—En la *Revista Penitenciaria* prosigue Rafael Salillas el interesante estudio sobre la superstición del *mal de ojo* en España, de que dimos cuenta en el número anterior.

Para definir el mal de ojo, parte de dos indicaciones, una general y otra particular: el mal de ojo afecta á la paz de la familia, á la salud de las personas, á la pérdida de bienes materiales; pero también individualmente produce trastornos, como abortos, deformidades en el feto, retirada de la leche de la madre y hasta cambios de personalidad; tales son los casos citados por los alumnos de Maldonado, de Salamanca; según los cuales, una bruja á quien un vecino se negó á dar limosna se vengó secando los pechos á su mujer, recién parida, y dejando también seca á una burra que compró para amamantar á su hijo, teniendo el padre que dar una soberana paliza á la bruja para que la madre, el hijo y la burra recobrasen la salud; siendo más notable todavía el caso de aquel individuo de San Bartolomé (Ávila) que, según su familia, lo convirtió en gato la tía Clavelina, costando no poco trabajo volverle á su primitivo estado. Pero el hecho verdaderamente típico del aojamiento es el de que afecta especialmente á los niños de corta edad. Entonces son tan tiernos, que cualquier influencia les daña, y de ahí las preocupaciones andaluzas de no mirar al niño cuando duerme, porque se le revienta la hiel; de no tenderlo boca arriba sobre una mesa, de que lo vista una sola persona, de no mecer la cuna vacía, etc. La endeblez del niño, por un lado, y la mala intención ó la envidia de los que le miran, por otro, son los determinantes del mal de ojo.

La causante del mal de ojo es generalmente la mujer; sólo por excepción lo es el hombre; las aojadoras, atendiendo á los resultados estadísticos de la información, pueden clasificarse del siguiente modo:

1.º Por la clase de personas.	{	Brujas.....	65
		Gitanas.....	20
		Extrañas.....	8
		Indeterminadas.....	18
2.º Por el estado fisiológico.	{	De embarazo.....	3
		De menstruación.....	1
		De menopausia.....	2
3.º Por caracteres anómalos.	{	Pelo rojo.....	1
		Vena en el entrecejo.....	1
		Entrecejo cerrado.....	1
		Ojos anormales.....	2
		Bizcos.....	7
		Tuertos.....	5
4.º Por el estado pasional...	{	De envidia, malquerencia.....	15
		De mirar con fijeza, con pasión..	4
		De alabanza.....	2

Según el informe de D. Eugenio Carrizo, las que hacen mal de ojo son de tres clases: las *ab-origine*, por haber tenido *agoyaoses* en su familia; las *a nativitate*, como las *biliesgas* (bizcas), y las que adquieren tal condición á fuerza de envidiar los hijos y bienes ajenos. En parte coincide con esta opinión la del Dr. Bethencourt, que *dice que los ojeadores* lo son unos por ley de herencia, otros por bien querer y otros por envidia; no siendo peligrosos los segundos, porque cuando notan que tienen esa facultad, la anulan persignándose y diciendo todas las mañanas: «Lo que he visto y he de ver—bendígalo Dios; amén».

A los de *ojo rabioso* se les conoce en la fijeza de la mirada, con repiqueteo de las pestañas. Su fuerza es muy variable, llegando algunos á matar aves al vuelo, tirar á tierra las bestias y hacer caer á los conejos como heridos por el rayo; pero en general no llegan más que á producir enfermedades.

El origen de las brujas, según la tradición de Segovia, es curioso. Cuando antiguamente se reunían las mujeres para hilar, sintieron una vez varias viejas ganas de beber al terminar su labor; no teniendo vino, y no queriendo beber agua, inventaron unos *untos verdes* que, aplicados al sobaco, tenían la virtud de convertirlas en perros, gatos, ratones, hormi-

gas, etc.; hecha la transformación, bajaban á las bodegas y allí bebían hasta alegrarse, corriendo, brincando y bailoteando después montadas en escobas y por el aire, ó haciendo alguna jugarreta á cualquier prójimo, sacándolo de la cama en paños menores y haciéndole dar algún porrazo dejándolo caer desde lo alto. Según Bethencourt y la tradición canaria, se llega á bruja por dos caminos: ó por herencia del *ovillo*, *novelo* ó *muñeco*, que pone la madre paciente ó amiga, que no puede morir sin entregarlo antes, ó por petición de la interesada al Peno grande: en el primer caso, la inician en los misterios y la hacen dueña del ovilleo y el unguento para volar; y en el segundo, basta que diga con toda su alma «quiero ser bruja», para que en el acto se le presente un elegante caballero, con el que celebra su contrato, firmándolo con sangre de la vena del corazón del brazo izquierdo, recibiendo el unguento y el muñeco y pudiendo desde entonces transformarse en cualquier otro sér, animado ó inanimado, oír todas las conversaciones y averiguar los más ocultos secretos, trasladarse súbitamente de un lugar á otro, hacer enfermar á las personas que se les antoja, chupar la sangre de los niños, etc.

El tipo de la bruja está caracterizado por la vejez, la fealdad, la suciedad y la pobreza. Es un tipo representativo, la atribución á una persona de ciertas condiciones por la voz popular; la bruja no nace ni se hace, sino que la hacen; para que una persona sea bruja es preciso que la *conceptúen*, la *tengan*, la *crean*, la *consideren* ó la *señalen* como bruja, en virtud de reunirse en ella los caracteres que las preocupaciones del vulgo y la tradición han asignado á la bruja.

IMPRESIONES Y NOTAS

EL ALMA ESPAÑOLA. — Manuel Ugarte publica en *La Revue* un artículo dedicado á pintar «el alma española». En el artículo hay de todo: notas exactas y exageraciones, atisbos felices y paradójicas afirmaciones. Recogeremos de todo un po-

co para ofrecerlo al lector, á fin de que forme juicio propio.

En España no se reclama nada, no se desea nada, pero se espera todo. No se cree en la eficacia del trabajo, pero se cree en la lotería. Los españoles están siempre dispuestos á dejarse seducir por lo que viene de fuera. El alma española es pasiva, y no activa; admite, pero no busca; recibe, pero no solicita; comprende, pero se abstiene de investigación. El espíritu revolucionario es la inyección Brown-Séquard con que trata de reanimarse; pero todo movimiento revolucionario implica una abulia, y se traduce frecuentemente por travesuras pueriles, como la de detener los tranvías.

El viajero que llega á España cree vivir en un país quimérico; nada es allí más lógico que lo absurdo: los fanáticos que se pasan el día en las iglesias, vomitan injurias contra la Virgen y los santos á la menor contrariedad. El patriotismo y la vanidad se colocan bajo la invocación del santo á quien se sirve, lo que prueba que en España no hay fe ni religión, sino fanatismo. El café es para el español lo que el caparazón para la tortuga: muchos de los que pasan en Madrid por escritores no lo son sino porque han sabido elegir á tiempo una mesa en Fornos.

El chiste resume toda la vida española: razón, derecho, justicia, todo depende de un juego de palabras. El español vive bajo el terror de dos cosas: el contrabando y el duro falso. El español se burla del teatro francés, que, según él, sólo gira en torno de un problema: el adulterio; olvidando que su propio teatro sólo gira en torno de otro problema: el matrimonio. París tiene en España un prestigio inmenso; los que sueñan con el premio gordo, se dicen siempre: «si nos sale, iremos á París». Pero nada se hace en España por imitar á París; el alma nacional está hecha de recuerdos, y hay muchos anarquistas que niegan la familia, pero que evitan hacer alusiones á la Iglesia.

Cuando se quiere uno librar en España de una reclamación, ó hacer aceptar algo, se recurre al argumento supremo: «es la

costumbre»; la costumbre es para el español un hecho superior á la humanidad y á la vida, algo eterno é indefectible que hace inútil todo razonamiento. Por eso lo espera todo del Estado, y todo español aspira á ocupar un puesto en la administración pública; es la costumbre. El comercio no conduce á nada: un hidalgo puede recibir un socorro anual por hablar y fumar en una oficina; pero su honor no le permite abrir una tienda, fabricar un producto, ganar realmente su dinero. El madrileño, sobre todo, es de una pereza insigne: en sus discursos de café lo construye y lo derriba todo; pero que le inviten á poner en práctica lo que acaba de decir, y se recusaría. Las gentes llegan en España á simplificar sus necesidades de un modo prodigioso: la nación esta anémica porque se come poco y mal. Todo está sumergido en un marasmo que tiene sin duda el atractivo del opio, pero que es fatal á la colectividad.

Fuera de esto y de otros muchos defectos del alma española, Ugarte reconoce que el español es político, cortés, amable, deferente, dócil, recto y sincero; pero nada de eso, añade, basta para asegurar el porvenir de una nación; como cualidades fundamentales, como músculos del pueblo, no encontramos en él sino el apego al territorio y la sobriedad; pero con eso solo no puede un país defender su posición en el mundo. Por eso puede decirse que la decadencia de España no es resultado de sus derrotas históricas; es debida al alma nacional, perezosa, inconsistente y romántica.

*
* *

EL FIN DE LAS ESCUELAS LITERARIAS. — Las escuelas literarias se han acabado, dice Jorge Pellissier. No hablemos de la escuela romana, de la decadente, de la suprarrealista ó de la evolutivo-instrumental; pero el naturalismo y el parnasismo, el psicologismo y el simbolismo, ¿á qué corresponden hoy? Son ya términos arcaicos, sin relación con nada viviente y actual. Pasemos revista á la novela, el teatro y la poesía, y nos venceremos de ello.

En la novela, ¿qué autor puede hoy llamarse naturalista ó psicologista? Zola mismo últimamente celebraba su visión del ideal, y sus novelas son verdaderos poemas líricos ó épicos; en cuanto á Bourget, representa ahora personajes, tipos y tesis sociales más bien que análisis psicológicos. En el teatro estaban antes la escuela de Dumas hijo y la del teatro libre; tras un violento conflicto, ambas escuelas se han hecho mutuas concesiones, y los autores de hoy, libres de toda teoría arbitraria, sólo se preocupan de escribir obras inspiradas en la verdad. En la poesía, simbolistas y parnasianos se disputaban al público; pero hoy tan pronto se es de una escuela como de otra, ó, por mejor decir, no se es de ninguna; y poetas como Samain, Regnier, Rivoire y Greg no pertenecen en realidad á ninguna escuela.

Y es que las escuelas se forman por lo que tienen de exclusivo, y perecen por sus propias negaciones. Zola estudia que el arte era «la naturaleza vista á través de un temperamento»; pero, truncando la naturaleza, sólo pintó sus miserias y fealdades, la parte bruta de la humanidad, é hizo brotar así la escuela psicológica, que sólo veía en el hombre el organismo cerebral; así cada una mutilaba á su modo á la naturaleza, y al abrirse paso la verdad, ambas escuelas desaparecen.

No es fácil que se forme ninguna escuela nueva: para ello se necesitaría una fórmula, y todas las fórmulas están gastadas. Cada escuela ha dejado, por otra parte, en las obras maestras que ha producido su parte de influencia y de poder, que se ha transmitido á las escuelas siguientes, ensanchándose así cada vez más el campo de las doctrinas y de la técnica literaria; hoy es tan rica y tan variada la herencia que nos han dejado las generaciones pasadas, que no se siente la necesidad de admitir ninguna nueva doctrina exclusiva, faltando por lo mismo la base para la fundación de nuevas escuelas.

*
* *

EL LATÍN, LENGUA UNIVERSAL.—La necesidad de una lengua universal, dice *L'Aurore*, se hace sentir cada vez más. Si ha de creerse al Dr. Colombo, sólo una lengua muerta tiene alguna probabilidad de vivir, y la más viable es el latín. Por de pronto, esta lengua está ya hecha, se la enseña en todos los países; diez millones de hombres la hablan (según el articulista) ó pueden hablarla (en lo cual todos estamos conformes); más sintética que ninguna otra, es por excelencia la lengua del telégrafo, y por lo tanto la que mejores servicios puede prestar á todo el mundo.

Se dirá que el latín es difícil, lo que es cierto si se trata del latín literario, por lo cual los periódicos que se imprimen en esta lengua en Boston, en Leipzig, en Berlín y en Roma, reclutan sus suscriptores exclusivamente entre los sabios; pero si se trata del latín comercial, es la lengua más sencilla del mundo; los marinos, las legiones y los comerciantes de Roma lo habían enseñado sin trabajo á los bárbaros del Sena, del Támesis, del Rhin, del Nilo y del Eufrates.

El Dr. Colombo declara que ha encontrado ese latín comercial entre las cenizas de Pompeya. No tiene verbos deponentes; la pasiva entera está construída con el auxiliar *sum*; emplea las palabras más cortas con una Gramática muy reducida y sin anfibologías. Es la claridad misma, y un niño de doce años la aprende en algunas lecciones. Adóptese como lengua universal, y los años que pierden en los Institutos tantos niños aprendiendo latín se convertirán en tiempo útilmente empleado.

*
* *

IMPRESA SIN TIPOS.—Tres compañías, una de ellas con diez millones de duros de capital, están ya dispuestas, según afirma *El Progreso Industrial y Mercantil*, para lanzar al mercado el último invento tipográfico: la tipografía sin tipos; una verdadera paradoja.

La cosa, según parece, es sencillísima. En una máquina

corriente de escribir se pone una tira de papel sin fin, y se escribe lo que se quiere publicar por medio de perforaciones, semejantes á las de los rodillos automáticos de música de las pianolas. Estos rodillos pasan á una máquina de imprimir, y con ellos se imprime, ya justificado y listo, el contenido del rodillo, en columnas ó en hojas; luego con estas impresiones se hacen otras en planchas de aluminio ó de zinc delgadísimas, que se colocan en prensas de cama ó de cilindro, empleando una fuerte presión, y así se han llegado á sacar hasta 164.000 ejemplares de una de estas planchas sin que se note el menor desgaste. El principio del invento está en que el agua y la grasa no se mezclan; el texto se imprime con tinta grasa, y al pasar los rodillos por la superficie de la plancha metálica sólo depositan tinta en la parte escrita, pues los blancos y espacios entre las letras están cubiertos de agua por otro rodillo que se hace pasar antes y que no permite que la tinta se adhiera.

Muy de celebrar es que se lleve á cabo tan gran adelanto en el arte de imprimir, que ha de producir una verdadera revolución si llega á generalizarse, haciendo cambiar por completo la actual organización de las imprentas y cambiando radicalmente al obrero tipógrafo; pero mucho tememos que la perfección del trabajo hecho en esas condiciones llegue á igualar á la producida por medio de los tipos movibles, con sus contornos perfectamente definidos y su exacta justificación.

*
* *

EL SERVICIO DOMÉSTICO.—De un interesante artículo que publica en *La Revue* J. Hudry-Mescos sobre el servicio doméstico, tomamos los siguientes curiosos datos:

No hay profesión más favorable á la salud y á los intereses de las mujeres que el servicio doméstico, y sin embargo, cada vez son más las mujeres que se resisten á dedicarse á él, y mayores las exigencias y pretensiones de las mismas. En los Es-

tados Unidos, el servicio doméstico atraviesa por una verdadera crisis, y en el campo, sobre todo, es casi imposible asegurárselo cuando no se tiene más que una criada, ni aun haciendo concesiones que en Europa parecen inauditas, pues para retener á tan exigentes criaturas las amas de casa llegan á concederlas periódicos y revistas, libros, lecciones, las noches, salón para recibir á sus visitantes sin intervención alguna, uso del cuarto de baños, caballo ó coche para ir á la iglesia si está lejos de la casa, y puesto en la mesa de los señores si no hay convidados, con más ciertas horas fijas libres cada semana y vacaciones anuales con ó sin salario, según los casos.

En Europa estamos, afortunadamente, muy distantes todavía de tales extremos; pero de día en día las dificultades aumentan por la repugnancia que se siente á desempeñar el papel de criado, aunque en realidad el nombre lo hace todo, pues tan servidor es un criado de su amo como un aprendiz de su maestro de taller. En Francia, los salarios oscilan entre 20 y 80 francos mensuales, siendo raras las plazas de cocineras á 100 francos y de doncellas á 80; los hombres ganan de 20 á 30 francos más que las mujeres, aunque hay algunos que cobran salarios crecidísimos, lo mismo que los cocheros; pero son excepciones, y el promedio es de 90 á 150 francos.

En los Estados Unidos, el promedio del salario para la mujer es de 65 francos mensuales; la mejor pagada es la cocinera, que gana 70 francos por término medio, llegando á 126 y excepcionalmente á 270 francos; una criada puede ganar 94 francos, llegando rara vez á 200; y una doncella, de 60 á 70 francos. Los hombres ganan de 90 á 156 francos al mes.

En Inglaterra, los precios ordinarios son los mismos que en Francia; pero los excepcionales son más frecuentes y mucho más elevados. El duque de Northbrook, por ejemplo, da á su lacayo 1.500 francos anuales; pero este lacayo saca además, de las propinas de los huéspedes y convidados, de 10.000 á 12.500 francos al año.

En Alemania, los salarios son muy reducidos, bajando á 12 francos y llegando rara vez á 40. En cambio, los criados de ambos sexos suelen recibir insultos y bofetadas, sin que puedan por eso abandonar la casa sin previo aviso; pues, según una sentencia del Tribunal de apelación de Berlín, «un criado no puede dejar á su amo sin previo aviso, aunque haya recibido del mismo alguna ligera corrección corporal», entendiéndose por tal, por ejemplo, «cuatro bofetones que no pongan en peligro la vida del sujeto». Allí se comprende perfectamente que sea popular la cantinela: *Ich will nicht mehr Diener sein* (no quiero ya ser servidor).

Si se comparan los salarios apuntados con los que ganan las obreras de los diversos oficios, no se comprende—sino por el amor á la independencia y á la libertad, al que todo se sacrifica—la preferencia que dan las mujeres á cualquier oficio sobre el servicio doméstico. En París, para no citar más que un ejemplo, las modistas sombrereras ganan de 50 á 60 francos al mes, trabajando desde las ocho de la mañana hasta las siete de la noche, y en días de apuros hasta las doce y la una de la madrugada; las planchadoras ganan de 1,50 á 2,75 francos diarios, de siete de la mañana á siete de la noche; las obreras tipógrafas, con doce horas de trabajo, siempre de pie, sólo perciben de 1,75 á 3 francos; las costureras, de ocho á ocho, y en tiempo de urgencias hasta las diez ó las doce de la noche, ganan, después de dos ó tres años de aprendizaje, desde 75 céntimos hasta 3 y 4 francos, llegando á 5 francos las cortadoras hábiles.

Hudry-Mescos cree que con el tiempo dejará de existir el servicio doméstico, tal como hoy lo conocemos, y no habrá *amos ni criados, sino empleantes y empleados.*

FERNANDO ARAUJO

INDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Madrid en 1833</i> , por Rodrigo Amador de los Ríos.....	5
<i>La concordancia gramatical en el Quijote</i> , por Julio Cejador....	30
<i>Los émulos de Moratín</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	41
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	58
<i>Los judíos españoles de Oriente</i> , por Benito F. Alonso	71
<i>Influencia española sobre la Literatura inglesa</i> , por Martín Hume.	81
<i>Yang-Hun-Tsy</i> (el diablo extranjero), por Wenceslao Sieroszewski.	103
<i>Crónica literaria (El homenaje á Echegaray)</i> , por E. Gómez de Baquero.....	162
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	173